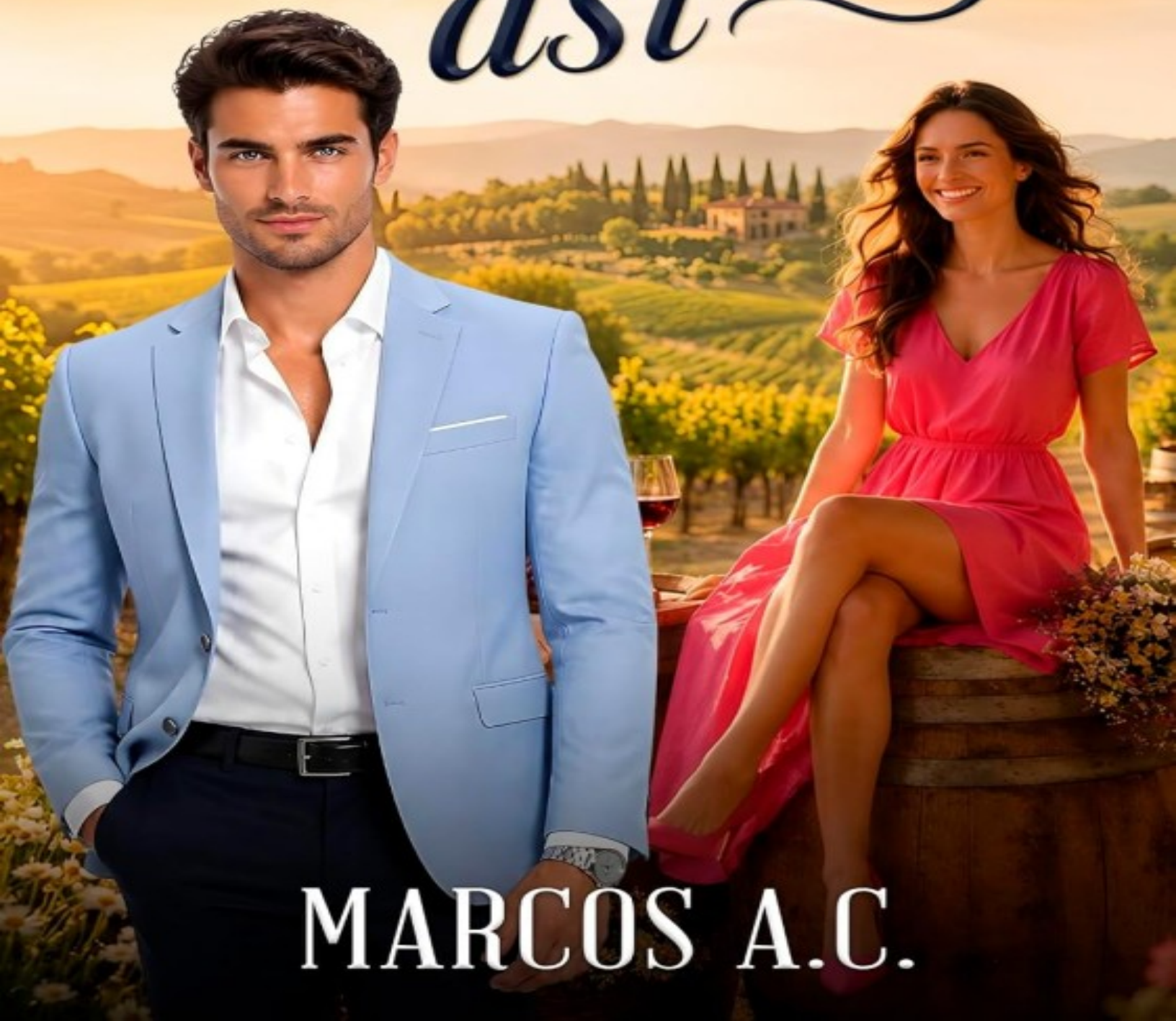
Si vuelves a mirarme así



MARCOS A.C.

Si vuelves a mirarme así

MARCOS A.C.

Primera edición.
Si vuelves a mirarme así ©Marcos A.C.
©junio, 2026
©imágenes por Magnific Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



Limpiar aquel ventanal era casi una condena. No porque fuera difícil, sino porque medía más que el salón de muchos pisos y porque, cuando terminaba un extremo, el sol de Jerez encontraba la forma de señalar alguna huella en el otro.

Aun así, me ofrecía voluntaria para trabajar en la cocina.

Era la estancia más viva de toda la finca Montealto.

No voy a negar que fuera una tarea ardua, pero tampoco diré que me disgustara del todo. Desde allí se veían los viñedos extendiéndose en líneas perfectas, el camino de albero que llegaba hasta la entrada principal, los patios blancos del cortijo y, más allá, las naves antiguas de Bodegas Montealto, donde durante décadas el apellido Alcázar había pesado tanto como una firma estampada en oro sobre una etiqueta de vino exquisito.

La finca era enorme, elegante, antigua sin mostrar signos de vejez, llena de buganvillas, arcos, suelos hidráulicos, puertas de madera oscura y ese olor particular que mezclaba cocina, tierra caliente, flores recién regadas y barricas al fondo. Para cualquiera que llegara de fuera, Montealto debía de parecer un lugar de postal. Para mí era bastante más complicado que eso, porque no solo trabajaba allí: había nacido allí.

Mi madre, María Suárez, había entrado en la casa de los Alcázar siendo muy joven y siguió trabajando en ella incluso después de quedarse embarazada de mí. Desde pequeña me contó la verdad, sin adornos y sin esa delicadeza que los adultos usan a veces para suavizar lo que no tiene arreglo: mi padre se quitó de en medio cuando supo que iba a tener una hija. Durante años imaginé que quizás volvería, que tal vez habría una explicación menos fea, una carta perdida, una culpa antigua, cualquier cosa que convirtiera su ausencia en algo menos vulgar. Pero nada.

Luego crecí, dejé de esperar milagros y entendí que algunas personas no necesitaban grandes motivos para marcharse. Mi madre me crio en Montealto, entre los turnos del servicio, las meriendas robadas en la cocina, los veranos interminables, las carreras por los patios y la vida de una familia que nunca fue la mía y que, sin embargo, marcó cada rincón de mi infancia.

Cuando ella murió a causa de una cruel enfermedad, yo acababa de terminar Bachillerato y no tenía ni idea de qué iba a hacer con mi vida. Me quedé sin madre, sin casa propia y sin un plan que no se derrumbara al pensarlo dos segundos.

Ignacio Alcázar, dueño de la finca y de las bodegas, pudo haberme ayudado durante unos meses y luego dejar que siguiera mi camino, pero no lo hizo. Me ofreció quedarme en el puesto de mi madre y, aunque aquello no era exactamente el futuro con el que una sueña con dieciocho años, en ese momento fue una tabla en mitad del océano.

Ignacio siempre había tratado bien al servicio. Era un hombre serio, educado, de esos que saludaban por el nombre y preguntaban por la familia sin que pareciera una cortesía vacía. Había enviudado muchos años antes de Blanca, su primera esposa, una mujer buena a la que todos recordábamos con cariño y que era la madre de Lucía Alcázar, mi mejor amiga desde que ambas éramos dos niñas con las rodillas llenas de arañazos y la cabeza llena de planes disparatados.

Lucía nunca me trató como la hija de una empleada. Ni de pequeñas, cuando jugábamos a escondernos entre las cortinas del salón noble y ella acababa metiéndome en líos que después yo intentaba explicar fatal; ni de mayores, cuando la diferencia entre nuestras vidas se volvió demasiado evidente para fingir que no existía.

Ella era una Alcázar, la hija de Ignacio, heredera de un apellido que abría puertas antes incluso de llamar. Yo era Aitana Suárez, la hija de María, la chica que limpiaba habitaciones, preparaba bandejas y conocía mejor que nadie las normas no escritas de una casa donde todo el mundo tenía un sitio asignado, aunque nadie lo dijera en voz alta.

Aun así, Lucía seguía entrando en la cocina para buscarme, seguía contándome sus problemas, seguía defendiéndome cuando Beatriz, la segunda esposa de Ignacio, decidía que humillar a alguien del servicio era una forma aceptable de entretenerse cuando estaba aburrida.

Beatriz llevaba años casada con Ignacio, pero jamás consiguió que la casa la quisiera. Delante de su marido se mostraba impecable, correcta, casi dulce cuando le convenía; en cuanto Ignacio salía de una habitación, su voz cambiaba lo justo para recordarnos a todos quién mandaba.

Sus hijos no llevaban el apellido Alcázar, porque ella los aportó a su segundo matrimonio tras pasar por un divorcio en el que debió hacer que al padre de sus hijos le doliera la cabeza. Pero eso no le impedía hablar de su hijo Jaime (el menor de los dos) como si fuera el único candidato ideal para heredar la fortuna de su marido.

Jaime trabajaba con Ignacio en las bodegas y ocupaba un puesto importante pese a no haber cumplido los treinta. Alto, de pelo castaño, de sonrisa fácil y ropa impecable llevada con esa despreocupación de quien nunca ha tenido que preguntarse si algo era demasiado caro, se movía por la finca con la seguridad de los que han crecido sabiendo que nadie les cerraría una puerta. Tenía los ojos oscuros y un encanto que usaba casi sin darse cuenta, aunque eso no lo hacía menos efectivo. Yo estaba enamorada de él hasta un punto que me daba vergüenza reconocer incluso a solas.

Lo nuestro, si podía llamarse "lo nuestro" sin pecar de ingenua, era clandestino. Llevábamos meses viéndonos a escondidas, cruzando mensajes tarde, robando besos en rincones donde nadie pasaba y fingiendo delante de todos una distancia que a mí me costaba más de lo que debería. Y, a todo esto, ya habíamos compartido cama.

Solo Lucía, Irene y Sonia lo sabían. Lucía porque me conocía demasiado bien y porque había visto a Jaime salir una noche por la puerta equivocada con la camisa mal abrochada y cara de no saber mentir; Irene, porque en aquella casa no ocurría nada importante sin que ella acabara enterándose; y Sonia porque también era mi amiga y porque, aunque parecía más parada que yo, tenía ojos para rato.

Irene, el ama de llaves, fue el mejor apoyo de mi madre y trató de ocupar el vacío que su marcha dejó en mi interior. Me reñía por trabajar de más, por dormir poco, por confiar en quien no debía y por hacer bromas en momentos poco oportunos, que según ella eran casi todos.

Rodolfo, el mayordomo, era distinto: discreto, elegante, más serio en apariencia, pero con un corazón enorme y una paciencia que ni los santos de las capillas antiguas del cortijo.

Sonia, en cambio, era mi refugio de cada día, una doncella joven, dulce y prudente, tan capaz de guardar un secreto como de mirarme con cara de "te lo dije" cuando me empeñaba en meterme sola en un jardín con espinas.

Aquella mañana, mientras repasaba el cristal con el paño, Irene entró en la cocina con una bandeja y me miró por encima de las gafas, que llevaba colgadas de una cadenita dorada pese a no necesitarlas casi nunca para ver de lejos.

"Aitana, cariño, si frotas un poco más acabarás sacándole brillo al paisaje", comentó, y Sonia, que acababa de aparecer con una caja de copas, se rio por lo bajo antes de añadir que llevaba tres días limpiando con cara de anuncio de perfume.

Les saqué la lengua porque la dignidad, en según qué mañanas, estaba sobrevalorada, y seguí con mi tarea fingiendo que no sabía a qué se referían.

La noche anterior Jaime me había escrito hasta tarde y me confesó que quería verme a solas, que tenía algo importante que contarme. Desde entonces mi cabeza barajó mil teorías distintas, todas emocionantes, todas imprudentes y todas destinadas a hacerme parecer una idiota si resultaban no ser ciertas.

Sonia me observó con una sonrisa pequeña mientras ordenaba las copas sobre la mesa auxiliar, e Irene suspiró de esa forma suya que mezclaba cariño y advertencia. Ninguna mencionó el nombre de Jaime, pero en la cocina flotó igualmente, pegado a mi piel con una fuerza que me habría delatado ante cualquiera con un mínimo de atención.

Seguí limpiando porque necesitaba hacer algo con las manos y porque mirar demasiado mis propias ilusiones nunca había sido buena idea. Desde el ventanal vi moverse a un par de trabajadores cerca de las bodegas, un camión entrando por el camino secundario y a Rodolfo cruzando el patio con paso firme, probablemente camino del salón donde Beatriz habría pedido alguna cosa imposible solo por comprobar si alguien era capaz de cumplirla.

La mañana estaba marcada por ese ritmo de casa grande que nunca se detiene: puertas que se abrían, vajilla colocándose, voces lejanas, el rumor de la finca despierta bajo el sol. Entonces apareció el coche de Jaime por el camino principal y mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Sonreí. No pude evitarlo.

El coche avanzó despacio sobre el albero y se detuvo frente a la entrada, justo donde los invitados importantes bajaban sin mancharse los zapatos. Durante un segundo pensé en la noche, en su mensaje, en aquello importante que quería contarme, y sentí una alegría tonta, privada, casi infantil. Después vi que no venía solo.

Patricia bajó del asiento del acompañante con un vestido claro, unas gafas de sol de lo más pijas y ese aire de niña bien que parecía recién salida de una reunión de señoritas en un club privado, aunque fueran poco más de las once de la mañana.

La había visto varias veces en eventos de Montealto, siempre rodeada de gente con apellidos compuestos, joyas de precios estratosféricos y conversaciones sobre viajes, caballos o inversiones.

Jaime rodeó el coche y ambos se quedaron hablando junto a la puerta. Desde la cocina no podía oírles, pero no necesitaba hacerlo para entender la familiaridad con la que Patricia le tocó el brazo, ni la manera en que él inclinó la cabeza hacia ella con una confianza que no se parecía en nada a la de dos simples conocidos. Intenté buscar una explicación razonable, un encuentro entre amigos, una visita, una tontería sin importancia; mi mente empezó a trabajar a toda velocidad, ofreciéndome salidas para no tener que mirar de frente lo que estaba viendo.

Entonces Patricia se acercó un poco más y Jaime no se apartó.

El beso fue breve, apenas un roce, tan rápido que cualquiera habría podido restarle importancia si no hubiera estado enamorada del hombre que lo recibía. Para mí, en cambio, bastó. Bastó para que el paño se me quedara inútil entre los dedos, para que la luz de la cocina pareciera demasiado fuerte, para que la voz de Sonia se perdiera al fondo y para que todas las frases de Jaime, todos sus mensajes, todas sus promesas dichas a media voz en rincones escondidos, cambiaran de forma en mi memoria.

Patricia lo miró con sonrisa satisfecha y Jaime se quedó unos segundos mirándola antes de que ambos entraran en la casa con total parsimonia.

Me aparté del cristal tarde, torpe, intentando que nadie notara nada, pero las lágrimas ya me habían alcanzado la barbilla y Sonia dejó las copas sobre la mesa sin hacer ruido.

Irene no preguntó. No hizo falta que lo hiciera; esta vez supe que lo había entendido todo por la forma en que se acercó despacio y me quitó el paño de la mano. El ventanal quedó reluciente, abierto al paisaje perfecto de Montealto, mientras yo permanecía allí, en mitad de una cocina que había sido mi hogar durante veinticinco años, comprendiendo que a veces una podía conocer cada rincón de una casa y aun así no saber nada del hombre al que había dejado entrar en su vida.

Capítulo 2

El resto del día fue una tortura.

No ocurrió nada extraordinario. De hecho, si alguien me hubiera preguntado al anochecer cómo transcurrió la jornada en Montealto, probablemente habría respondido que igual que cualquier otra. Irene organizó al personal, Rodolfo supervisó varias entregas para las bodegas, Beatriz encontró tres motivos distintos para quejarse de asuntos que no tenían la menor importancia y la finca continuó funcionando con la precisión de siempre. Sin embargo, para mí todo había cambiado en el instante en que vi a Patricia darle a Jaime aquel beso.

Intenté trabajar. Lo intenté de verdad. Me refugié en tareas que normalmente hacía sin pensar, convencida de que mantener las manos ocupadas impediría que mi cabeza siguiera dando vueltas a lo mismo. No funcionó.

Cada vez que me quedaba sola unos minutos volvía a aparecer la misma imagen. Patricia sonriendo. Jaime admitiendo lo que iba a pasar. Aquel gesto breve que para cualquiera podría haber parecido insignificante y que para mí fue suficiente para convertir una mañana feliz en un verdadero suplicio.

Lo más doloroso era que me había permitido ilusionarme.

Durante meses viví pendiente de los mensajes que me enviaba, de los ratos robados entre una obligación y otra, de las promesas que dejaba caer cuando hablábamos a solas. Me convenció de que lo nuestro era real. Quizás por eso el golpe resultó tan fuerte.

Cuando terminó la cena y pude retirarme a mi habitación, sentí cierto alivio. Necesitaba estar sola. Necesitaba ordenar todo aquello antes de enfrentarme a nadie. Traté de relajarme, me senté sobre la cama y abrí un libro por pura inercia. No leí una sola línea.

Unos golpes suaves en la puerta me hicieron levantar la cabeza.

No necesité preguntar quién era.

Su voz llegó apenas un segundo después.

—Aitana, necesito hablar contigo —murmuró Jaime.

Cerré los ojos. Aquello era exactamente lo que no quería. O lo que creía no querer.

Porque una parte de mí deseaba escucharlo. Deseaba que existiera una explicación capaz de borrar lo que había visto por la mañana. Otra parte, mucho más herida, prefería mantener la distancia y conservar intacta la indignación.

—No tengo ganas de hablar con nadie —le respondí al fin.

Al otro lado de la puerta se hizo un breve silencio.

—Entonces sal al jardín cuando se te pase el enfado. Voy a estar junto a la fuente y no pienso moverme de allí hasta que vengas.

Supe que hablaba en serio. Lo conocía demasiado bien. Era testarudo y obstinado como él solo.

Tardé casi veinte minutos en bajar. Veinte minutos durante los que intenté convencerme de que no debía hacerlo. Veinte minutos durante los que imaginé todas las explicaciones posibles y descarté la mayoría por absurdas. Cuando finalmente abandoné mi habitación y crucé los pasillos silenciosos de la casa, ya no estaba tan enfadada como al principio. Seguía dolida, seguía confundida, pero sobre todo necesitaba respuestas.

La noche había caído sobre Montealto y el jardín parecía otro lugar completamente distinto al de la mañana. Las luces exteriores dibujaban caminos dorados entre los árboles y el sonido del agua de la fuente acompañaba el silencio. Encontré a Jaime exactamente donde había dicho que estaría.

Me observó acercarme sin moverse. No sonreía. No parecía relajado. Al menos, cabía la posibilidad de que aquel niño pijo pudiera figurarse en parte mi dolor.

De hecho, por primera vez desde que lo conocí, tuve la sensación de que estaba realmente preocupado.

Me detuve frente a él y crucé los brazos.

—Supongo que ya sabes por qué estoy aquí.

Jaime asintió despacio.

—Lo sé. Y también sé que llevas todo el día sufriendo por algo que no tiene nada que ver con la realidad. Te he visto el ceño fruncido durante horas. Y ya te adelanto que te estás equivocando.

Su respuesta consiguió irritarme de nuevo.

—Curiosa forma de describir lo que vi esta mañana. Serás caradura…

—Lo que viste esta mañana fue a Patricia haciendo algo que lleva intentando hacer desde hace años.

Lo miré con incredulidad.

Él dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza.

—Aitana, escucha. Mi madre adora a Patricia. Lleva media vida intentando emparejarme con ella porque encaja perfectamente en el mundo que tiene planeado para mí. Es hija de una familia amiga, tiene el apellido adecuado, las amistades ideales y todas esas cosas que la vuelven loca. Patricia lo sabe y lleva aprovechándose de eso desde que éramos adolescentes.

Quise interrumpirlo, pero no me dejó.

—¿Crees de verdad que, si estuviera interesado en ella, pasaría meses escondiéndome para verte a ti? ¿Crees que me complicaría la vida de esta manera teniendo una opción mucho más fácil delante?

Reconozco que me hizo dudar. Porque era una buena pregunta. Demasiado buena.

—Te besó.

—Sí. Es cierto. Pero eso no significa nada, apenas fue un roce de labios.

—Es que no hace falta que a uno le metan la lengua hasta la campanilla para que se llame "beso", ¿te enteras? Y encima ni te inmutaste, anda que la rechazaste o algo.

—Porque apenas me dio tiempo a reaccionar.

Sus ojos permanecieron fijos en los míos. No había nerviosismo. No había culpabilidad. Solo una especie de resignación que me dio que pensar.

—Lo que ocurrió esta mañana fue exactamente eso: un beso tonto. Un beso que no esperaba y que no significó absolutamente nada. Si no monté una escena fue porque bastante complicada es ya mi relación con mi madre como para darle otro motivo más para organizar una guerra.

—No digas eso, anda... Quien lo lleva fatal con ella es tu hermano Hugo, que no aparece por aquí ni amarrado. Ese no vuelve de Estados Unidos ni aunque lo deporten. Pero tú… tú eres el ojito derecho de Beatriz, no te hagas el mártir.

—Y aun así, mi madre es una mujer difícil. Es verdad lo que dices, pero ni a mí me pone las cosas fáciles. A menudo me tengo que tomar una pastilla para soportarla.

—Y ya salió de nuevo el mártir. Si tuvieras que aguantarla como jefa, entonces sí que sabrías lo que vale un peine.

—Un peine vale bien poco, no como tú, que vales un imperio.

—No me hagas la rosca.

—No digo más que la verdad.

Bajé la vista unos segundos.

La rabia empezaba a perder fuerza.

—Entonces... ¿De verdad no la quieres?

Cuando volví a mirarlo, descubrí una expresión tan descarada que me desarmó mucho más que cualquier declaración.

—Aitana, la única mujer que me importa eres tú. Tú sí que no te enteras…

Aquellas palabras llegaron tan claras que durante unos segundos me quedé sin saber qué responder.

Porque no había dobles sentidos. Solo se trataba de una afirmación sencilla y directa. Y que coincidía exactamente con lo que mis oídos deseaban escuchar.

El alivio me recorrió de golpe. Y también cierta vergüenza. Porque llevaba todo el día imaginando escenarios catastróficos.

—Eres un idiota.

Jaime terminó sonriendo.

—Probablemente.

—Y podrías haberme evitado doce horas de sufrimiento.

—Eso puede que sea mi culpa.

Una pequeña risa escapó de mis labios antes de que pudiera impedirlo. Eso pareció relajarle.

—Ahora que hemos aclarado eso —continuó—, puedo contarte lo que quería decirte desde anoche.

La curiosidad regresó de inmediato.

—Empiezo a pensar que no existe ninguna noticia importante.

—Existe.

—Pues habla de una vez o calla para siempre, puñetero.

Jaime dio un paso más cerca y bajó la voz.

—La semana que viene me voy a Asturias.

La decepción debió reflejarse en mi cara porque se echó a reír.

—Espera, impaciente. No he terminado.

Entonces me explicó que Ignacio quería que revisara varios asuntos relacionados con una finca familiar que tenían allí. Nada especialmente emocionante. Lo emocionante llegó después.

Porque, según me contó, llevaba días insistiendo en que necesitaba llevar personal de confianza durante aquella estancia. Había discutido con su madre más de una vez por ese asunto y, contra todo pronóstico, terminó consiguiendo permiso.

Tardé unos segundos en entender por dónde iba.

Y cuando lo asumí, me quedé completamente inmóvil.

—No puede ser.

—Sí puede.

—Jaime...

—Te vienes conmigo, preciosa.

La noticia consiguió borrar definitivamente todo lo ocurrido durante el día.

Pasar una semana entera con él. Sin prisas. Sin encuentros robados de unos minutos. Sin la sensación constante de estar escondiéndonos.

Parecía demasiado bueno para ser real.

—Si tu madre llega a sospechar el motivo por el que lo haces, va a odiarme todavía más.

—Eso ya lo hace gratis. Además, está demasiado centrada en sí misma como para percatarse de nuestra historia.

Volví a reír. Y aquella vez lo hice de verdad. Me gustó ese "nuestra historia" que salió de sus labios.

Jaime aprovechó el momento para acercarse todavía más. Sus dedos buscaron los míos con naturalidad y los entrelazó despacio antes de mirar hacia la casa para asegurarse de que nadie andaba cerca.

Cuando comprobó que seguíamos solos, volvió a centrar toda su atención en mí.

—¿Ya me has perdonado?

Lo observé unos segundos. Después asentí. Y apenas tuve tiempo de hacerlo porque, al instante siguiente, sus labios encontraron los míos.

El beso fue lento, intenso. Muy distinto al que me había destrozado aquella mañana.

Y cuando se separó apenas unos centímetros, apoyó la frente contra la mía durante un instante y sonrió.

—Ven conmigo.

—¿Adónde?

—A mi habitación. Ya sabes dónde.

Aquella vez no hubo dudas, enfado o miedo.

Solo la felicidad absurda y luminosa de quien unas horas antes creía haber perdido algo importante y acababa de descubrir que seguía teniéndolo entre las manos.

Así que lo seguí hacia la casa, convencida de que aquel era el mejor final posible para un día horrible.

Capítulo 3



Nunca había tardado tanto en preparar una maleta. Probablemente porque en mi joven vida no tuve muchas oportunidades de viajar y como que no estaba acostumbrada a lidiar con el equipaje.

Llevaba más de una hora sentada sobre la cama, rodeada de ropa doblada, zapatos, neceseres y una montaña de dudas tontas que no dejaban de aparecer en mi cabeza. Cada vez que cerraba la cremallera, volvía a abrirla para comprobar que no olvidaba nada. Después recordaba otra cosa, la añadía y volvía a empezar. A esas alturas estaba convencida de que, si el viaje duraba dos meses más, terminaría llevándome media finca Montealto a Asturias.

Lo peor era que ni siquiera estaba nerviosa por la escapada. Bueno, sí. Pero no por Asturias. Y eso que no tenía la suerte de conocerla.

Estaba nerviosa porque iba a pasar una semana entera con Jaime. Una semana. La cifra seguía pareciéndome irreal y me generaba una ilusión brutal.

Hasta hacía unos días nuestros encuentros dependían de horarios imposibles, excusas improvisadas y rincones donde nadie pudiera descubrirnos. Ahora iba a compartir siete días completos con él.

Siete.

El número sonaba tan bien que tuve que sonreír sola.

—Qué cara de enamorada más preocupante.

Levanté la vista justo cuando Lucía entraba en mi habitación sin molestarse en llamar, como llevaba haciendo prácticamente toda la vida.

Rubia, de ojos claros exactamente iguales a los que había heredado de Blanca, su madre, atravesó la estancia y se dejó caer sobre mi cama sin la menor ceremonia. Siempre me había parecido preciosa. No de esa belleza fría y perfecta que intimidaba al resto de la gente, sino de la que invitaba a acercarse. Quizás porque debajo del apellido Alcázar seguía estando la misma niña que compartió meriendas, secretos y trastadas conmigo desde que nació, unos años después que yo.

—No tengo cara de enamorada.

—No, qué va. Ahora resulta que tengo mucha imaginación.

—Desbordante.

—Aitana, desbordada estás tú por esta escapada que se te ha presentado.

—Escapada será para ti, que estás acostumbrada a levantarte aquí y tomar el *brunch* en Londres, guapita de cara. Esta para mí es la aventura de mi vida.

—Ya, pero no solo por el destino, que ya te adelanto que te va a fascinar. Pero claro, no será eso solo lo que te fascine.

No pude evitar reírme.

—Ya me extrañaba que no vinieras a darme caña.

—Es mi deporte favorito, no me lo perdería por nada del mundo.

—Pues ten cuidado, porque puede convertirse en un deporte de riesgo —le advertí mientras le tiraba un almohadón, iniciando una inevitable guerra.

Cuando por fin terminamos, Lucía se acomodó entre los cojines y observó el desastre que habíamos montado en el dormitorio.

—Por cierto, vengo de soportar a Beatriz durante tres cuartos de hora interminables.

—Mis condolencias.

—Gracias.

—¿Ha sobrevivido alguien más?

—Por poco. Ha conseguido discutir con el mozo de cuadras, con Rodolfo y hasta con una maceta con la que se ha dado en el dedo meñique.

—No se lo habrá partido, porque cualquiera la aguanta.

—No, no ha habido suerte. Pero sus maldiciones han sonado en distintos idiomas.

—Nunca decepciona.

—Jamás.

Ambas pusimos los ojos en blanco, pues esa mujer era insufrible. Aquella era una de las pocas cosas buenas de Beatriz: el material infinito que proporcionaba para burlarse de ella.

Cuando la risa fue apagándose, Lucía me observó durante unos segundos.

—Me alegro mucho por ti, ¿sabes?

—¿Por el viaje?

—Por todo.

Bajé la vista hacia la ropa que seguía desperdigada por la cama.

—Todavía no me creo que vaya a pasar.

—Pues créetelo.

—¿Y si sale mal?

—Qué quieres que te diga, lo habrás vivido. Sabes que a mí no me gusta un pelo "el heredero", pero si tú estás loquita por él…

—No lo llames así, que tiene nombre.

—Es que prefiero no recordarlo.

—No seas mala, no me hagas sufrir —le pedí porque sabía de sobra que ella no lo tragaba. La diferencia de caracteres siempre los separó, desde que se conocieron. Y tampoco ayudaba que Beatriz siempre lo pusiera por las nubes delante de su padre.

Sin embargo, la expresión divertida desapareció poco a poco de su rostro.

—Solo te voy a pedir una cosa.

—¿Qué?

—No bajes la guardia del todo con Jaime.

—¿Otra vez con eso? No, por favor, que eres muy cargante...

—Sí, otra vez con eso.

—Lucía...

Ella suspiró.

—No digo que sea mala persona. No lo es. Pero a veces le veo cosas que no me encajan.

Fruncí el ceño.

—Porque no eres un puzle, eres una pija.

—Solo digo que tengas cuidado.

—Y yo digo que estás equivocada. Punto final. No vamos a discutir.

La verdad era que conocía perfectamente el motivo de aquella insistencia. Lucía llevaba años protegiéndome, pese a ser menor que yo. En mi caso, tampoco quería que le diera ni el viento. Siempre fuimos uña y carne.

—Además, si fuera como dices, no estaría coladita por él. Y sabes que lo estoy, a ti no te puedo engañar.

—Para mi desgracia y, aparte, ese argumento no tiene ninguna base científica.

—Tiene toda la base científica del mundo, pero tú eres de letras…

—Sí, solo te falta decir que soy *"letrasada"* —bromeó.

Después se hizo un silencio agradable mientras ella observaba la habitación y yo terminaba de guardar algunas cosas en la maleta.

Era de esos que solo existen entre personas que se conocen demasiado bien.

Finalmente dejé una camiseta doblada sobre la cama y la miré.

—Gracias.

Lucía parpadeó.

—¿Por qué?

—Por tratarme siempre como una amiga.

Su expresión cambió de inmediato.

Como si aquella idea le pareciera completamente absurda.

—Claro que te trato como una amiga.

—No todo el mundo lo hace en esta casa.

—Beatriz no cuenta. Ella no es una Alcázar y no lo será nunca.

Me señaló con un dedo.

—Y tú… tú eres mi mejor amiga.

Sentí un nudo extraño en la garganta.

Se levantó de la cama y me rodeó con los brazos antes de que pudiera protestar.

—Y tú eres mi niña. La niña con los ojos claros más bonitos del mundo…

—Sí, de portada de revista son ahora, no te digo…

—Mucho más, tontuela. Mucho más.

Le devolví el abrazo riéndome.

—Pásatelo bien en Asturias.

—Lo intentaré.

—No. Pásatelo muy bien.

—Vale.

—Y llámame.

—Que sí. Cada día…

—Y si Jaime hace alguna tontería...

—Lucía.

—...lo entierro entre barricas.

Aquello terminó de arrancarme una carcajada.

Cuando se separó de mí, seguía sonriendo.

Y mientras la veía salir de la habitación, comprendí que, pasara lo que pasara en Asturias, siempre tendría un hogar esperándome en Montealto.

Y también una amiga capaz de declararle la guerra a medio mundo si alguien se atrevía a hacerme daño.

El viaje comenzó mucho mejor de lo que había imaginado.

Cuando Jaime apareció delante de la casa principal de Montealto al volante de un deportivo descapotable negro que probablemente costaba más que todas mis pertenencias presentes y futuras juntas, tardé varios segundos en reaccionar. Me había imaginado una berlina elegante, un coche de empresa o cualquier cosa razonable para recorrer media España.

Aquello no era razonable.

Aquello era una fantasía con ruedas.

—No me mires así —se rio mientras colocaba mi maleta en el maletero—. Llevo años queriendo hacerme con un coche como este y ya era hora.

—Y yo llevo años queriendo una isla privada y me temo que me voy a quedar chafada.

—Bueno, igual un día tú y yo nos largamos a una.

—Venga ya, farsante, tú formas parte de esta tierra. No te irías de aquí jamás. Eres más jerezano que vuestros viñedos. A quién querrás engañar…

—A ti desde luego que no, preciosa. Monta ya, que nos vamos.

—Ni que fuera a montar a caballo.

—Tardaríamos demasiado, pero por ti haría el camino incluso andando.

—Sí, el Camino de Santiago harías tú desde aquí, como no eres pijo ni nada…

—Ya estamos…

A medida que dejábamos atrás Jerez y los paisajes conocidos de Andalucía, la sensación de aventura fue creciendo dentro de mí. El sol acompañó buena parte del recorrido y el techo permaneció abierto durante horas. El viento me revolvía el pelo constantemente y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que no tenía ninguna obligación pendiente, ningún pasillo que limpiar ni ninguna mirada vigilante de Beatriz esperando el menor error.

Solo estaba yo.

Bueno, y Jaime.

La música sonó durante prácticamente todo el trayecto. Él se empeñó en controlar la lista de reproducción al principio, pero semejante idea duró poco.

—Ni hablar. Llevas tres canciones seguidas eligiendo tú.

—Porque tengo mejor gusto.

—Eso es discutible.

—Imposible.

Cinco minutos después le había quitado el móvil de las manos y estaba buscando mis propias canciones.

Durante el viaje fueron sonando *Espresso*, de Sabrina Carpenter; *APT.*, de Rosé y Bruno Mars; *Mi ex tenía razón*, de Karol G; *Azizam*, de Ed Sheeran, y también varias canciones españolas que terminamos cantando a voz en grito, aunque ninguno de los dos afinara especialmente bien.

Al principio me dio vergüenza.

Después dejé de preocuparme.

Quizás porque Jaime tenía esa capacidad extraña para conseguir que todo pareciera fluir.

Las horas fueron pasando entre bromas, cafés en áreas de servicio, discusiones acaloradas sobre qué cantante era mejor y conversaciones que saltaban de un tema a otro sin ningún orden. Cuando cruzamos Castilla y el paisaje empezó a transformarse, me descubrí observando por la ventanilla casi todo el tiempo.

El cambio fue tan gradual que apenas me di cuenta al principio.

Los tonos secos desaparecieron.

La tierra comenzó a cubrirse de verde.

Aparecieron bosques.

Montañas.

Praderas.

Y una cantidad de vegetación que resultaba casi imposible para alguien acostumbrado al sur.

—Madre mía...

Jaime sonrió sin apartar la vista de la carretera.

—Lo sé.

—Es precioso.

—Todavía no has visto nada.

Y tenía razón.

Porque cuando finalmente entramos en Asturias sentí algo muy parecido al enamoramiento.

Todo parecía sacado de una fotografía.

Las montañas se elevaban cubiertas de árboles, las nubes se deslizaban sobre las cumbres y cada curva descubría un paisaje todavía más bonito que el anterior. Había vacas pastando en prados inmensos, pequeñas aldeas escondidas entre la vegetación y ríos que aparecían de repente junto a la carretera.

—No entiendo cómo existe un sitio así.

—Eso mismo pensé yo la primera vez.

—Quiero quedarme aquí para siempre.

—Llevas exactamente quince minutos en Asturias.

—Y ya he tomado una decisión.

Jaime soltó una carcajada.

—Qué peligro tienes.

Una hora después comprendí que aún no había visto lo mejor.

La finca apareció al final de un camino rodeado de árboles.

O más bien la casona.

Porque aquello no era exactamente una finca al estilo andaluz.

Era una enorme casona asturiana construida casi por completo en piedra y madera, con balcones llenos de flores, tejados inclinados y ventanales enormes orientados hacia las montañas. A pocos metros corría un río de aguas cristalinas que atravesaba la propiedad como si hubiera decidido instalarse allí para siempre.

Me quedé inmóvil.

Literalmente inmóvil.

—No puede ser.

—Sí puede ser, siento contradecirte, pequeña.

—Jaime...

—¿Qué?

—Esto es una locura —murmuré conmocionada ante tanta belleza.

A nuestro alrededor se extendían hectáreas y hectáreas de terreno verde. Había praderas cercadas, pequeños puentes de madera sobre el río y varios caballos pastando cerca de uno de los establos.

El sonido del agua llegaba incluso desde donde estábamos.

El aire olía a hierba húmeda.

Y el silencio era tan agradable que daba pena romperlo.

—Creo que acabo de enamorarme.

—Lo suponía.

—No hablo de ti.

—Eso ha sido cruel.

—Pero sincero.

Él negó con la cabeza mientras sonreía.

Cuando bajamos del coche y empezamos a caminar hacia la casa, algo llamó mi atención.

No había nadie.

Ni un jardinero.

Ni personal de mantenimiento.

Ni empleados entrando y saliendo.

Nada.

Fruncí el ceño.

—Espera un momento.

—¿Qué?

—¿Dónde está todo el mundo? Creí que al menos habría un par de personas.

La sonrisa de Jaime se volvió sospechosa.

Muy sospechosa.

—Bueno...

—Jaime.

—Digamos que exageré un poco algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Mi madre quería que viniera la mujer que normalmente se ocupa de supervisar la finca, junto con su marido y su hija.

—¿Y?

—Y esa mujer me cae fatal.

Me eché a reír.

—No te creo.

—Te prometo que es insufrible.

—Qué casualidad, como tu bendita madre. Seguro que fue ella quien la contrató.

—Pues no te puedo llevar la contraria. Y, además, tenías que venir tú.

Lo dijo con tanta naturalidad que tardé unos segundos en reaccionar.

Jaime se acercó un poco más.

—Así que aproveché la situación. Le expliqué a mi madre que necesitaba a alguien de absoluta confianza, que conociera perfectamente cómo funcionaban nuestras propiedades y que pudiera encargarse de cualquier imprevisto.

—Manipulador.

—Eficiente.

—Mentiroso.

—Selectivamente creativo.

Volví a reír.

Y mientras observaba aquella casona increíble, el río, los caballos y las montañas que parecían proteger toda la propiedad, comprendí que aquella semana prometía ser mucho más especial de lo que había imaginado.

Muchísimo más.

Y me sentí feliz.

Inmensamente feliz.

Capítulo 4



La primera noche en Asturias terminó siendo incluso mejor de lo que había sospechado durante el viaje.

Después de instalarme con él en la habitación principal, recorrer media casona con la emoción de una niña pequeña y asomarme a todos los ventanales posibles para admirar aquel paisaje imposible, terminé sentada frente a la chimenea del salón principal con una manta sobre las piernas y una taza de chocolate caliente entre las manos. Y eso que era primavera, pero menuda rasca que hizo al caer el sol.

La casa parecía sacada de otro siglo.

Las vigas de madera oscura cruzaban los techos, los suelos crujían suavemente al caminar y cada rincón parecía guardar una historia distinta. Fuera, la oscuridad había cubierto los prados y las montañas, aunque todavía podía escucharse el murmullo constante del río atravesando la finca.

—¿Lista?

Levanté la cabeza.

Jaime acababa de aparecer sonriendo de una forma que me dio que pensar.

—¿Qué se supone que debo contestar? Porque yo puedo estar lista, pero tú eres un listillo de manual.

—Confía en mí.

—Las últimas palabras de muchas víctimas.

—Qué dramática eres.

Dejé la taza sobre la mesa.

—¿Adónde vamos?

—Sorpresa.

—Espero no tener que arrepentirme.

Cinco minutos después caminábamos por un sendero iluminado por pequeñas farolas que serpenteaba entre los árboles. El aire era frío, pero agradable, y el cielo estaba tan despejado que podían verse cientos de estrellas.

—No sabía que aquí hubiera más edificios.

—Porque no los has visto todos.

—¿Y qué escondes exactamente?

—Paciencia.

Cuando la pequeña construcción apareció entre los árboles, me detuve en seco.

Era una cabaña de piedra y madera situada junto al río, con grandes ventanales iluminados desde el interior.

—¿Qué es eso?

La sonrisa de Jaime se amplió.

—Ven y lo descubrirás.

Nada más entrar comprendí por qué parecía tan satisfecho consigo mismo.

—No puede ser.

—Sí puede ser. Soy un hombre de recursos, lo que sucede es que no me valoras lo suficiente.

—Jaime...

—¿Qué?

—¿Hay un *spa* privado en mitad del bosque?

—Sí, pero no te creas que ha crecido salvaje, como las vides. Ignacio lo mandó construir.

—Muy ingenioso.

Me quedé mirando el interior.

Había una zona de relajación con sofás, una sauna, enormes ventanales orientados hacia el río y, en el centro, un jacuzzi espectacular rodeado de piedra natural y madera.

Durante los siguientes minutos nos dedicamos a recorrer cada rincón del lugar mientras mis ojos hacían chiribitas y pensaba que debía estar soñando, pues no me cuadraba poder disfrutar tanto en tan poco tiempo.

Comenzamos a bromear y terminé lanzándole una toalla.

Él se echó a reír.

Su risa era contagiosa.

Siempre lo había sido.

Cuando por fin encendió el jacuzzi y el vapor empezó a elevarse por la estancia, la sensación de estar viviendo dentro de un sueño se volvió todavía más intensa. Fuera solo existían los árboles, el río y la oscuridad de la noche asturiana. Dentro, todo era calidez, risas y aquella tranquilidad extraña que aparecía cuando el resto del mundo quedaba muy lejos.

Durante un rato hablamos de cualquier cosa.

De Lucía.

De Ignacio.

De las bodegas.

De los caballos que había visto al llegar.

De los planes para los próximos días.

Y también de nosotros.

Porque allí, lejos de Montealto y de todas las complicaciones que siempre parecían acompañarlos, resultaba mucho más fácil imaginar que podían ser simplemente una pareja normal.

Una pareja feliz.

En algún momento la conversación se fue apagando.

No de forma incómoda.

Simplemente ocurrió.

Jaime se acercó un poco más.

Yo también.

Y el resto pareció perder importancia.

Sus dedos encontraron los míos bajo el agua caliente mientras una sonrisa aparecía lentamente en su rostro.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Traerte aquí ha sido la mejor idea que he tenido en mucho tiempo.

No pude evitar sonreír de pura felicidad.

—Eso es porque tus ideas suelen ser bastante malas.

—Qué cruel.

Se inclinó para besarme.

Despacio.

Sin prisas.

Y durante unos segundos olvidé completamente dónde estábamos.

Solo existía él.

El sonido del agua.

La luz tenue reflejándose en los ventanales.

Y aquella felicidad luminosa que llevaba acompañándome desde que llegamos a Asturias.

El vapor dibujaba pequeñas nubes sobre la superficie del agua mientras el jacuzzi llenaba la estancia de un murmullo constante y relajante. El entorno me sobrecogió y me sentí la protagonista de una película erótica.

La tensión del viaje fue desapareciendo poco a poco. El agua caliente, el cansancio acumulado y la sensación de encontrarnos a cientos de kilómetros de Montealto contribuían a ello. Allí no existían los pasillos donde podíamos ser descubiertos, ni las miradas de Beatriz, ni las normas que parecían perseguirnos siempre.

Jaime se encontraba frente a mí, observándome con una sonrisa tranquila que conseguía ponerme nerviosa incluso después de tantos meses. El reflejo de la luz sobre el agua suavizaba sus rasgos y hacía que todo pareciera más íntimo, más cercano.

—¿Qué? —le pregunté al notar que no apartaba la vista.

—Solo estaba pensando que merece la pena haberse peleado con mi madre para traerte aquí.

—Eres imposible.

—Y tú preciosa, cuando te ríes.

Su comentario consiguió que desviara la mirada durante un instante. No porque no estuviera acostumbrada a sus halagos, sino porque seguían afectándome bastante.

Jaime se acercó un poco más. El espacio entre ambos se redujo despacio, sin prisas, mientras la conversación iba perdiendo protagonismo. Yo podía escuchar el agua, el viento moviendo los árboles al otro lado de los cristales y el latido acelerado de mi propio corazón.

Cuando él le apartó un mechón de pelo húmedo de mi cara, sonreí.

—¿Sabes qué es lo mejor de este sitio?

—Sorpréndeme.

—Que por una vez siento que podemos ser nosotros mismos.

La expresión de Jaime cambió ligeramente. Más suave. Más sincera.

—Yo también.

Después me besó.

No fue un beso apresurado ni impulsivo. Fue lento, cariñoso y lleno de esa complicidad que habíamos construido durante meses. Apoyé una mano sobre su hombro y cerré los ojos, disfrutando de aquel momento sin pensar en el día siguiente ni en nada que pudiera esperarnos al regresar.

La noche continuó entre besos, caricias suaves y promesas susurradas junto al agua caliente, mientras el mundo parecía quedarse muy lejos de aquella pequeña construcción perdida entre los bosques asturianos. Y tuve la sensación de estar exactamente donde quería estar.

Mucho después abandonamos el spa y regresamos caminando hacia la casona bajo un cielo lleno de estrellas. Jaime rodeó mis hombros con un brazo y yo apoyé la cabeza contra él mientras atravesábamos el sendero.

Y entonces pensé que estaba sintiendo eso que llaman “felicidad”.

Capítulo 5



No recordaba la última vez que había dormido tan bien.

Cuando abrí los ojos, tardé varios segundos en orientarme. Durante un instante me quedé inmóvil bajo las sábanas, observando el techo de madera de la habitación y escuchando el silencio que me rodeaba. No era un silencio vacío. Era uno de esos silencios agradables que están llenos de pequeños sonidos: el rumor lejano del río, algún pájaro escondido entre los árboles y el crujido ocasional de la vieja casona acomodándose al nuevo día.

Entonces comprendí dónde estaba.

Asturias.

La finca.

La casona.

Y una sonrisa apareció sola.

Lo primero que hice fue girarme buscando a Jaime.

La mitad de la cama estaba vacía.

La almohada conservaba todavía la forma de su cabeza, pero él ya no estaba allí.

Lo imaginé despierto desde hacía horas. Nunca había sido capaz de quedarse quieto demasiado tiempo. Y la noche anterior me comentó que debería ocuparse de sus asuntos desde temprano.

Apoyé la cabeza de nuevo sobre la almohada y me permití unos minutos más.

Esa era una rareza absoluta para mí.

En Montealto vivía pendiente del despertador. Desde que murió mi madre tenía la sensación constante de que, si me relajaba demasiado, algo acabaría saliendo mal. Siempre me acostaba pensando en la hora a la que debía levantarme, en las tareas del día siguiente o en la posibilidad ínfima de que la alarma no sonara.

Allí, en cambio, había dormido de un tirón.

Sin sobresaltos.

Sin preocupaciones.

Como cuando era niña.

Cuando por fin me levanté y abrí los ventanales, el paisaje volvió a dejarme sin palabras.

La luz de la mañana cubría los prados de un verde increíble. El río atravesaba la propiedad reflejando destellos dorados y una ligera neblina flotaba todavía sobre algunas zonas del terreno. A lo lejos se distinguían las montañas, enormes y tranquilas, vigilándolo todo.

—Es que esto no puede ser real —murmuré.

Después de una ducha rápida bajé a la cocina.

La casa seguía completamente vacía.

Eso me encantaba.

Durante toda mi vida había convivido con decenas de personas entrando y saliendo continuamente. Empleados, proveedores, invitados, directivos de las bodegas... Montealto rara vez permanecía en silencio.

Aquella finca asturiana era justo lo contrario.

Preparé un desayuno delicioso. Café, zumo de naranja, fruta, tostadas y algo de embutido que encontré en la nevera junto con otros manjares que alguien debió dejar allí antes de nuestra llegada. Luego lo llevé todo al porche principal.

Y allí me quedé.

Sentada.

Sin prisas.

Disfrutando de cada bocado.

El aire olía al rocío de la mañana.

Los pájaros parecían haber decidido ofrecer un concierto privado.

Y sentí algo parecido a la libertad.

Cuando terminé el desayuno, decidí explorar un poco más.

Seguí uno de los senderos que descendían hacia el río. A medida que caminaba iba descubriendo pequeños rincones que el día anterior no había tenido tiempo de ver. Había puentes de madera, bancos escondidos entre los árboles, zonas cubiertas de flores silvestres y pequeñas praderas donde pastaban varios caballos.

Me encontraba observando uno de aquellos prados cuando una voz apareció de repente detrás de mí.

—¡Buenos días!

El susto fue tan monumental que pegué un salto mortal.

La chica que acababa de aparecer se echó a reír de inmediato.

—Madre mía, perdón.

—Casi me da algo.

—Lo siento.

—No, no. Es culpa mía por estar en otro planeta.

Seguía riéndose cuando se presentó.

Se llamaba Nora.

Tendría más o menos mi edad y desprendía una energía contagiosa. Era rubia, llevaba una coleta alta y vestía ropa de campo que indicaba claramente que estaba mucho más acostumbrada que yo a moverse por aquellos terrenos.

Pronto descubrí que se encargaba de los caballos y de buena parte del mantenimiento exterior de la finca.

—¿Así que tú eres la famosa chica que ha venido con él desde Jerez?

—¿Famosa?

—Jaime me habló de ti cuando me dijo que os encontraría aquí.

Saberlo me hizo sonreír.

—Espero que bien.

—Bastante bien, la verdad.

Seguimos caminando juntas hasta llegar a las cuadras.

Y ese recinto terminó de enamorarme del lugar.

El edificio era precioso. Piedra, madera oscura, flores en las ventanas y unos establos impecablemente cuidados. Varios caballos asomaban la cabeza curiosos mientras Nora me iba presentando a cada uno.

Parecía conocerlos mejor que a muchas personas.

—Este es Duque.

—Hola, Duque.

—Y esa diva que te ignora es Niebla.

—Creo que no le gusto.

—No le gusta nadie.

Acabé riéndome.

Poco a poco fui relajándome cada vez más. Acaricié varios caballos, ayudé a preparar algo de comida y escuché historias sobre la finca, sobre las montañas y sobre algunos animales que aparecían por la zona.

Entonces Nora me lanzó una mirada sospechosa.

—Una pregunta.

—Dime.

—¿Sabes montar?

—Hace años que no lo hago.

—Eso no responde.

—Sí. Creo que no se me habrá olvidado.

—Perfecto.

—¿Perfecto para quién?

—Para nosotras.

Un minuto después estaba subiendo a un caballo.

Lo cierto era que, una vez encima del animal, todo regresó con bastante facilidad. Los movimientos, la postura, la sensación de avanzar por senderos abiertos.

Muchas veces lo hice de niña en Montealto, junto a Lucía, pero la llegada de Beatriz acabó con esas costumbres nuestras.

Nora sonrió satisfecha.

—Ves como sí sabías.

—No me acostumbres demasiado.

—Demasiado tarde.

El paseo fue una maravilla.

Recorrimos praderas interminables, atravesamos pequeños bosques y seguimos varios caminos desde los que podían contemplarse las montañas en todo su esplendor. El viento me revolvía el pelo mientras el caballo avanzaba con tranquilidad y comprendí que aquel lugar estaba empezando a significar algo para mí.

No era solo bonito.

No era solo una finca espectacular.

Era la primera vez en mucho tiempo que sentía que podía respirar sin preocuparme por nada.

Y mientras cabalgaba junto a Nora bajo aquel cielo inmenso, tuve la sensación de que acababa de encontrar una versión de mí misma que llevaba años perdida.

Cuando Jaime regresó a la finca aquella tarde, yo seguía convencida de que Asturias era uno de los lugares más bonitos que había visto en mi vida. Y totalmente mágico.

Lo descubrí nada más verlo aparecer por el camino principal.

Venía caminando desde la zona de oficinas de la propiedad con una carpeta bajo el brazo y el móvil en la mano. Parecía cansado, pero en cuanto me vio junto a las cuadras, con Nora y uno de los caballos, su expresión cambió por completo.

—No puede ser, no me digas que has montado.

Me eché a reír.

—¿Qué pasa ahora?

—Que te dejo sola una mañana y te conviertes en amazona.

—Siempre he sabido montar.

—Pues no debiste dejar de hacerlo.

La frase salió tan rápida que ni siquiera pensé la respuesta.

—Eso se lo dices a la bruja de tu madre.

Durante dos segundos nos quedamos mirándonos.

Después Jaime soltó una carcajada tan fuerte que incluso Nora terminó riéndose.

—No es gracioso —se disculpó finalmente.

—No qué va, casi te revuelcas por la hierba del ataque de risa que te ha dado, pero gracia no tiene ni una pizca.

—No.

—Nada de nada. Estoy siendo víctima de una injusticia.

—Aitana, acabas de llamar bruja a mi madre con una naturalidad que asusta.

—Porque es una bruja.

—Ya imaginaba que no te bajarías del burro.

—No. Me he bajado del caballo. Y en cuanto a lo de tu madre, todo el mundo lo sabe.

—Vamos a dejarlo, anda.

La broma terminó con los tres riéndonos mientras yo intentaba fingir una dignidad que no era tal.

Un rato después Nora se marchó y Jaime me propuso salir.

—¿Salir adónde?

—A conocer territorio astur, evidentemente.

—¿Y tus reuniones importantísimas?

—Ya he terminado por hoy.

—Qué trabajador.

—Mucho. ¿O también eso lo vas a negar? Porque te recuerdo que forma parte de mi innegable encanto.

—No me hagas hablar…

Lo cierto era que tampoco necesitaba insistir demasiado.

Un rato después recorríamos algunas de las carreteras más maravillosas que había visto jamás.

La tarde estaba despejada y el paisaje parecía sacado de una postal. Atravesamos pequeños pueblos de piedra, carreteras rodeadas de montañas y praderas donde las vacas pastaban con una tranquilidad que se contagiaba.

Terminamos en una plaza llena de terrazas donde la gente hablaba, reía y disfrutaba del buen tiempo.

—Todo lo que veo me fascina.

—Y todavía no has probado la sidra.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una promesa.

Y resultó tener razón.

Nos sentamos en una mesa exterior bajo el sol suave de la tarde y pasamos más de una hora probando sidra, compartiendo platos y observando a la gente.

Yo seguía deslumbrada con la costumbre de escanciarla.

—Te juro que si lo intento termino bañando a media plaza.

—Pagaba por verlo.

—Qué poco me quieres.

—Al contrario. Me encantaría presenciar semejante espectáculo.

Acabé dándole un golpe en el brazo.

Después seguimos paseando.

Entrábamos en tiendas.

Salíamos.

Nos reíamos de cualquier tontería.

Era una sensación extraña.

Porque durante meses nuestra relación había estado condicionada por la clandestinidad.

Por las prisas.

Por el miedo a que alguien nos descubriera.

Allí, en cambio, podíamos caminar juntos sin preocuparnos de nada.

En una pequeña tienda de artesanía me detuve frente a un escaparate.

Había figuras de madera, cerámica pintada a mano y todo tipo de objetos tradicionales.

Pero algo llamó inmediatamente mi atención.

Un pequeño búho tallado en madera.

Era precioso.

—Mira eso.

Jaime se acercó.

—¿El búho?

—Sí.

—¿Y qué tiene de especial?

—La dependienta acaba de decir que trae suerte. Y es una monería, no me digas que no.

—Ah.

—Y buena falta me hace.

—¿Tan mal estamos?

—Jaime, tu madre lleva años intentando acabar conmigo. Y con el resto del servicio.

Él soltó una carcajada.

—Exagerada.

—Estoy convencida de que le ha dado una poción a Ignacio, que es el único que no ve quién es esa mujer.

—¿Una poción?

—Sí.

—¿Para qué exactamente?

—Para que no se dé cuenta de que está casado con la jodida Cruela de Vil.

—Venga ya…

—Lo siento. Pero es la verdad. Hablo completamente en serio.

—Ya lo veo, ya.

—Seguro que tiene un caldero escondido.

—Aitana...

—Y un gato negro.

—Por favor.

—Y seguramente un laboratorio secreto donde prepara las jodidas pociones de amarre para segundos maridos.

Las lágrimas aparecieron en los ojos de Jaime de tanto reír.

—No puedo contigo.

—Porque sabes que tengo razón.

—Porque estás loca.

Terminamos comprando el búho.

O mejor dicho, lo compró él.

Intenté hacerlo yo.

No me dejó.

—Considéralo un regalo, pese a que has puesto a mi madre a caldo.

—Y lo volvería a hacer, a mí no me vas a callar con un simple búho.

—¿Ahora es un simple búho? Creía que era una monería que te volvería loca de felicidad. Bueno, loca ya estás, eso es innegable.

—Por tu culpa, por tu jodida culpa.

—O sea, que estás loca por mí.

—No he dicho eso.

—Se te ve en los ojos, estás perdida.

—Y tú eres un creído…

Guardé la pequeña figura con una sonrisa que no conseguí ocultar.

La tarde continuó entre paseos, cafés y más bromas de esas. Descubrimos miradores preciosos, caminamos junto a otro río y terminamos viendo cómo el sol comenzaba a esconderse detrás de las montañas.

Cuando regresamos a la finca ya era de noche.

Las luces de la casona brillaban entre los árboles.

Preparamos una cena sencilla, compartimos una botella de vino de Montealto que Jaime insistió en abrir, pese a tratarse de una botella de una añada especial que su padre guardaba como oro en paño, y terminamos acomodados junto a la chimenea.

El fuego crepitaba suavemente.

La casa permanecía en silencio.

Y el cansancio agradable de un día bien aprovechado comenzaba a aparecer.

—Ha sido uno de los mejores días de mi vida, te lo aseguro —le confesé feliz.

Jaime me observó durante unos segundos.

—El mío también.

Su respuesta puso mi corazón a dar saltos.

Porque sonaba sincera.

Completamente sincera.

Más tarde subimos a la habitación.

Hablamos un rato más.

Hicimos planes para el día siguiente.

Y acabamos tumbados juntos bajo las mantas mientras la lluvia empezaba a golpear suavemente los ventanales al tiempo que hacíamos el amor con verdadera hambre el uno del otro.

Al terminar, apoyé la cabeza sobre su pecho.

Escuché los latidos de su corazón.

Y cerré los ojos.

En aquel momento no pensé en Beatriz.

Ni en Montealto.

Ni en nada que pudiera esperarnos al regresar.

Solo en Asturias.

En el búho de la suerte que descansaba sobre la cómoda.

Y en la sensación maravillosa de estar exactamente donde quería estar.

Aquella noche me dormí convencida de que nada podía estropear lo que estábamos viviendo.

Y eso, precisamente, era lo que volvía aquellos recuerdos tan peligrosos.

La felicidad se instaló en mi interior de un modo que nunca había conocido. La suerte no fue, precisamente, mi compañera de viaje en la vida y, sin embargo, sentía ese viaje como un punto de inflexión, como un giro de tuerca…

Había amado en secreto a Jaime durante años antes de que él terminara posando sus ojos en mí y, de la noche a la mañana, estaba allí, a su lado. Y no era un sueño. Se trataba de la más deliciosa de las realidades.

Capítulo 6



Me desperté antes de que sonara ninguna alarma.

Tremenda novedad en mi vida.

Durante unos segundos permanecí inmóvil, mirando el techo de madera de la habitación mientras intentaba recordar cuándo había sido la última vez que había dormido tan profundamente. De veras que era una situación magnífica, todo un lujo. Lo normal es que durmiera a medias.

Aquella mañana no.

Aquella mañana abrí los ojos porque mi cuerpo decidió que ya había descansado suficiente.

Y nada más.

Giré la cabeza.

Jaime seguía dormido.

Una sonrisa apareció sola.

No sé cuánto tiempo me quedé observándolo. Quizás unos segundos. Quizás más. Lo cierto era que me gustaba aquella versión suya. La que no llevaba un teléfono sonando cada cinco minutos. La que no estaba pendiente de reuniones, informes o llamadas de las bodegas.

La que simplemente dormía.

Me levanté despacio para no despertarlo y crucé la habitación hasta el ventanal.

La vista volvió a dejarme sin palabras.

Las montañas aparecían cubiertas por una ligera niebla que empezaba a disiparse. El río brillaba entre los árboles y la hierba parecía recién pintada.

Nunca había visto tanto verde junto.

Jamás.

Apoyé una mano sobre el cristal.

Y sonreí.

Porque me sentía feliz.

Tan simple como eso.

Feliz.

Cuando me giré, descubrí que Jaime ya tenía los ojos abiertos.

—Se te va a quedar cara de panoli si sigues contemplando así el paisaje.

—Porque no me avisaste de que veníamos al mismo paraíso.

—Me alegra que te guste, pero no aspiro solo a que lo veas a través del ventanal. Hoy nos vamos de excursión.

—Vaya por Dios, y yo que he venido sin cantimplora.

—Muy graciosilla tú. Cuando veas lo que tengo ganas de enseñarte, te vas a quedar sin palabras. Se te quitarán las ganas de hacer chistes.

—Dime, por favor, que hablas del paisaje…

—Lo que yo diga, que no tienes tú guasa ni nada…

La cocina era enorme y acogedora al mismo tiempo. Preparé café, fruta, tostadas y varios bocadillos mientras Jaime fingía ayudar. Fingía, porque su aportación principal consistía en robar comida cada vez que yo me daba la vuelta. Digamos que no estaba muy familiarizado con esas labores.

—¿Puedes dejar de comerte el picnic?

—Estoy comprobando la calidad.

—Llevas cinco controles de calidad.

—Soy muy profesional.

—Eres un desastre.

—Y tú una tiquismiquis, ¿quieres relajarte? Que estamos de vacaciones.

—Será que, gracias a los Alcázar, no tengo yo muchas de esas.

—Ahora toda la culpa es de los Alcázar, siempre de los Alcázar —rio.

—No me quejo, que sé que el mercado laboral está de pena, pero tampoco es que mis condiciones laborales sean para tirar cohetes.

—Lo hablaré con Ignacio cuando regrese.

—Ni se te ocurra, que no quiero que los demás me vean como una enchufada.

—Pues entonces no te quejes…

—Ok, ok. Ya me ha quedado claro que mi futuro laboral es tan gris como esta… Iba a decir relación, pero soy una ilusa si pienso eso —medité en alto.

—No te me pongas ahora triste, ¿me oyes?

—Triste, no. Solo hago un ejercicio de realismo.

—Pues a mí me gusta más cuando haces otro tipo de ejercicios.

—Ya, sin ropa y mirando para Cuenca, no creas que me chupo el dedo.

—Pues podrías hacerlo, porque me parecerías de lo más sexi.

—De lo más pardilla te parecería. Mira, no me busques la lengua, hazme el favor.

—Eso sí que no puedo prometerlo.

Me guiñó el ojo y entendí a la primera que me la seguiría buscando, pero de otra manera. Y es que el beso que depositó en mi boca para hacerme callar provocó que nuestras lenguas se entrelazaran.

Terminamos desayunando en el porche mientras el sol terminaba de elevarse sobre las montañas.

Y entonces comenzó la excursión.

Los primeros kilómetros fueron maravillosos.

Los segundos también.

Los terceros empezaron a parecer eternos.

A mitad de mañana estaba convencida de que Jaime había decidido deshacerse de mí.

—Quiero que quede constancia de que esto no era una excursión.

—¿No?

—No.

—¿Qué es entonces?

—Un intento de asesinato cuidadosamente planificado.

—Claro.

—Llevamos caminando tres días.

—Llevamos una hora.

—Tres días.

—Aitana.

—No pienso cambiar mi versión. Es la que le daré al juez. Y menos mal que el tiempo es bueno, que si no… Si no podríamos vernos como la pobre gente esa de *La Sociedad de la Nieve* que pasaron las de Caín, pero que conste que, en este caso, sería yo quien te comería a ti.

—Yo sí que te voy a comer a ti enterita, pero viva…

—Eres algo que comienza por "s". Adivina.

—¿Un salido? No jodas…

—Eso también. Pero iba a decir un sádico.

—*Pack* completo.

—¡Bingo! Lo vas pillando…

—A ti sí que te voy a pillar por banda. Ven aquí, guapísima…

La verdad era que estaba disfrutando como una niña.

Las bromas y las muestras de cariño entre ambos eran constantes.

Y el entorno no podía acompañar más.

Cada curva del sendero mostraba un paisaje nuevo.

Bosques.

Praderas.

Pequeños arroyos.

Zonas donde el único sonido era el viento moviendo las hojas.

En algún momento dejamos de hablar.

Y ese silencio fue precisamente lo que más me sorprendió.

Porque normalmente siempre estaba pensando.

Siempre.

Incluso cuando parecía relajada.

Incluso cuando sonreía.

Mi cabeza nunca se detenía.

Allí sí.

Allí, caminando entre montañas, descubrí que podía simplemente existir.

Sin preocuparme por nada más.

Cuando alcanzamos una zona elevada desde la que podía contemplarse gran parte del valle, me quedé completamente paralizada.

—Madre mía...

La expresión se quedó corta.

Muy corta.

El paisaje era espectacular.

Las montañas parecían no terminar nunca.

Las nubes avanzaban lentamente.

Y el cielo ocupaba medio mundo.

—Ahora entiendo por qué insistías tanto. Es obvio que tienes buen gusto, pero tanto….

—Claro que tengo buen gusto. Para todo —murmuró mientras se relamía.

—Pues no te hagas ilusiones porque lo primero que haremos será comer. Me siento como si llevara medio mes en huelga de hambre. Así que ya me puedes ayudar. Sí, tú, no pongas cara de "no he hecho eso en mi vida", que no se te van a caer los anillos por tan poco.

Extendimos la manta sobre la hierba.

Y entonces llegó el momento del picnic.

La cara de Jaime fue cambiando poco a poco mientras iba sacando cosas de la mochila.

Primero los bocadillos.

Luego la fruta.

Después varios dulces.

El café.

Unas galletas.

Más fruta.

Y algunas exquisiteces más, dulces y saladas.

—Aitana.

—¿Qué?

—¿Piensas abrir un restaurante aquí arriba? Has traído comida como para dar de comer a todo el que pase por aquí.

—¿Y quién piensas que va a pasar? Si me has traído donde Cristo perdió la chancla, so chalado.

—Me encanta cuando me dices cosas tiernas.

—Tierno está este pan, mira. Tú más bien eres duro, duro de pelar…

—No soy duro, pero seguro que te encantará saber que tú me pones así, durísimo.

—Solo faltaba que fueras un pichafloja. Venga, a comer de una puñetera vez.

Terminó riéndose mientras aceptaba una de las tostadas.

Comimos despacio.

Sin mirar el reloj.

Sin prisas.

Sin ningún motivo para movernos de allí.

Y quizás fue entonces cuando me di cuenta de algo.

Porque mientras observaba el paisaje, mientras escuchaba a Jaime hablar de cualquier tontería relacionada con las bodegas o mientras me reía de alguna de sus bromas, comprendí que llevaba días evitando pensar en la vuelta.

No quería hacerlo.

No quería pensar en Montealto.

No quería pensar en Beatriz.

No quería pensar en la realidad.

—¿Sabes una cosa?

Jaime levantó la vista.

—Dime.

Jugué unos segundos con el vaso antes de responder.

—Creo que hacía años que no dejaba la mente en blanco.

—Pues también puedo hacer que se te queden los ojos en blanco, guapísima.

—Menos coña, que estoy hablando en serio.

Me observó con atención.

—¿Tan raro es eso para ti?

—Muchísimo.

—Joder, qué estrés, ¿no?

—Siempre estoy pensando en algo. En el trabajo. En los horarios. En lo que puede salir mal. En lo que viene después.

Hice una pausa.

—Aquí no.

Aquello pareció hacerlo sonreír.

—Me alegro. Porque solo de escucharte…

—Ya, que estreso tus oídos de pijo. Perdón por hablar de mí misma por una vez.

—Que no, tonta, si me encanta que lo hagas.

—Más te vale, porque pienso seguir haciéndolo.

Y era verdad.

No quería nada más.

Solo aquel momento.

Aquella montaña.

Aquella tranquilidad.

Aquella sensación de que el mundo entero se había quedado muy lejos.

Pasamos buena parte de la tarde allí arriba.

Tumbados sobre la manta.

Hablando a ratos.

Callando otros.

Mirando el cielo.

Observando las nubes.

Riéndonos de pamplinas.

Era una felicidad tan sencilla que casi daba miedo.

Porque sabía que no duraría para siempre.

Ninguna felicidad lo hacía.

No sé exactamente en qué momento decidimos unir nuestros cuerpos de nuevo.

Quizás fue mientras observábamos las nubes avanzar despacio sobre las montañas. Quizás mientras el viento movía la hierba que nos rodeaba Apoyé la cabeza sobre el hombro de Jaime y cerré los ojos unos segundos. Apartó un mechón de pelo que el viento había empujado sobre mi cara y sonrió de esa forma que siempre conseguía derretirme.

—Me gusta verte así.

—¿Así cómo?

—Feliz.

Por alguna razón, aquella palabra me emocionó a tope.

Porque era exactamente eso.

Feliz.

Sin complicaciones.

Sin matices.

Simplemente feliz.

Me acerqué para besarlo.

El beso comenzó igual que muchos otros, pero terminó convirtiéndose en algo distinto. Más íntimo. Más húmedo. Más lleno de todo aquello que ninguno de los dos parecía capaz de expresar con palabras.

Su mano se deslizó por mi espalda mientras me acomodaba junto a él y acabábamos tumbados sobre la manta, olvidándonos durante unos minutos de las vistas, del sendero y de cualquier intención de emprender el regreso.

El mundo parecía haberse reducido a aquella cima.

A la luz de la tarde.

Al sonido lejano del viento.

Y a nosotros.

Apoyé una mano sobre su pecho y cerré los ojos cuando noté sus labios junto a mi cuello. Ese gesto consiguió arrancarme una sonrisa involuntaria.

—Así no vamos a bajar nunca de la montaña.

—Es una posibilidad que estoy dispuesto a asumir.

—Lucía diría que eres una mala influencia.

—Lucía lleva años pensando eso.

—Y probablemente tenga razón.

Se echó a reír.

Aquella risa grave y tranquila que tanto me gustaba.

Después volvió a acercarse y me fue desnudando con lentitud, como si el paso del tiempo fuese ajeno a él.

No había prisa.

No había urgencia.

Solo esa sensación agradable de estar exactamente donde queríamos estar.

Su cercanía fue suficiente para que todo lo demás desapareciera.

No pensé en las montañas, ni en el camino de vuelta, ni siquiera en el paso de las horas. Solo en él.

En la forma en que me rodeó con los brazos y me atrajo despacio hacia su cuerpo, como si quisiera memorizar cada centímetro de distancia que dejaba de existir entre nosotros.

Cerré los ojos.

Sentía el calor de su piel.

La firmeza de su abrazo.

La seguridad extraña y maravillosa que siempre aparecía cuando estaba así, tan cerca.

Sus labios recorrieron mi frente, mi mejilla, la curva de mi cuello, con una lentitud que consiguió estremecerme mucho más que cualquier gesto apresurado. Una corriente cálida me recorrió de arriba abajo y terminé aferrándome a él, incapaz de evitar la sonrisa que apareció en mis labios.

Todo parecía más intenso allí arriba.

El roce de sus dedos sobre mi espalda.

La forma en que acariciaba mi cabello.

La sensación de sus manos recorriéndome despacio, sin prisas, provocando pequeños escalofríos que me obligaban a cerrar los ojos una y otra vez.

Me acerqué todavía más.

Si hubiera podido, me habría quedado así durante horas.

Simplemente disfrutando de su presencia.

De su olor.

De la forma en que me miraba.

De esa penetración que fundió nuestros cuerpos en uno solo.

Porque había algo en aquella mirada que siempre conseguía derribar todos mis muros por completo.

Algo que me hacía sentir especial.

Deseada.

Querida.

Importante.

Apoyé una mano sobre su pecho y sentí el latido firme de su corazón bajo mis dedos. Él sonrió levemente antes de besarme otra vez mientras sus embestidas iban subiendo de nivel.

Y otra.

Y otra más.

Besos lentos.

Cariñosos.

Llenos de una intimidad que iba mucho más allá de las palabras.

Al terminar, durante un largo rato permanecimos así, abrazados sobre la manta, dejando que el tiempo avanzara sin prestar atención a las agujas del reloj. La felicidad me envolvía de una forma tranquila, profunda, casi adictiva.

Yo había perdido completamente la noción de la hora.

Y también las ganas de recuperarla.

Porque allí arriba no existían los problemas.

Ni Montealto.

Ni Beatriz.

Ni las consecuencias que nos esperaban al regresar.

Solo existía aquella felicidad sencilla que me llenaba el pecho cada vez que lo miraba.

Y mientras permanecía entre sus brazos, contemplando las montañas iluminadas por la luz dorada de la tarde, tuve la sensación de que habría sido capaz de quedarme allí para siempre. Porque durante aquellas horas el mundo había desaparecido. Porque no existían las consecuencias ni los problemas. Porque, por una vez, el futuro podía esperar.

Cuando el sol empezó a descender, las montañas se tiñeron de tonos más dorados.

Y durante unos minutos todo pareció todavía más bonito.

Recogimos las cosas despacio.

Ninguno quería marcharse.

Pero tampoco teníamos elección.

La bajada resultó más tranquila.

Quizás porque estábamos cansados.

Quizás porque ambos intentábamos conservar un poco más aquel día.

Llegamos a la casona cuando ya empezaba a oscurecer.

Las luces brillaban en las ventanas.

El río seguía sonando entre los árboles.

Y el humo de la chimenea comenzaba a elevarse hacia el cielo.

Al verla, sentí algo parecido a regresar a casa.

Menuda pamplina.

Llevábamos allí muy poco tiempo.

Pero aun así fue exactamente lo que sentí.

Y mientras caminaba junto a Jaime hacia la entrada, con las piernas cansadas y el corazón sorprendentemente ligero, pensé que aquel había sido uno de los días más felices de mi vida.

Uno de esos días que permanecen contigo para siempre.

De los que recuerdas incluso muchos años después.

De los que siguen arrancándote una sonrisa cuando todo lo demás ha cambiado.

Capítulo 7



Me desperté convencida de que Jaime escondía algo.

No tenía ninguna prueba.

Ninguna.

Pero después de casi una semana entera juntos había aprendido a reconocer ciertas expresiones. Y la sonrisa que llevaba puesta durante el desayuno pertenecía a la categoría de "estoy tramando algo y me lo estoy pasando estupendamente viéndote sufrir".

—No me gusta esa cara —le aseguré, apuntándole con el cuchillo de untar mantequilla.

Jaime levantó la vista de la taza de café.

—¿Puedes dejar de apuntarme con ese cuchillo?

—¿Con este? Pero si corta menos que un martillo.

—Pero me puedes sacar un ojo con él.

—Y luego la tiquismiquis soy yo, hay que joderse… Larga ya lo que tengas que largar.

—Tiquismiquis e impaciente, las dos cosas.

—Y dale. Que no soy impaciente, lo único que pasa es que quiero que lo sueltes ya.

—Claro, claro, ¿quién va a pensar que eres impaciente por eso?

Llevaba toda la mañana intentando averiguar qué ocurría y no había conseguido absolutamente nada. Ni un hilo del que tirar.

Nada.

Lo único que sabía era que debía ponerme ropa cómoda y llevar una chaqueta.

Y eso podía significar prácticamente cualquier cosa.

Una hora más tarde seguía igual de perdida.

El coche avanzaba por una carretera estrecha rodeada de montañas mientras yo intentaba adivinar el destino observando cada cartel que aparecía.

—¿Vamos a alguna ruta?

—No.

—¿A un pueblo?

—No.

—¿A un mirador?

—No exactamente.

—Qué hombre más desesperante.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Para mí, sí, disfruto desesperándote.

—Y que lo digas. Me las pagarás.

Llegó un momento en que decidí rendirme.

Apoyé la cabeza contra la ventanilla y me dediqué a contemplar el verde paisaje que me conquistó desde nuestra llegada.

Asturias seguía empeñada en parecer irreal.

Bosques.

Montañas.

Praderas interminables.

Pequeñas aldeas escondidas entre la vegetación, como si fueran de cuento.

Parecía imposible que existiera tanta belleza concentrada en tan pocos kilómetros.

Finalmente abandonamos la carretera principal y tomamos un desvío que terminaba en una amplia explanada.

Al principio no entendí qué hacíamos allí.

Después levanté la vista.

Y me quedé sin palabras.

—No.

Jaime sonrió.

—Sí.

A unos metros de distancia, varios operarios trabajaban alrededor de un enorme globo aerostático que comenzaba a hincharse lentamente.

La tela de colores se elevaba poco a poco mientras los quemadores lanzaban grandes llamaradas hacia el interior.

Durante varios segundos fui incapaz de reaccionar.

—Jaime...

—¿Qué?

—¿Es lo que creo que es?

—Depende.

—¿Voy a subirme ahí?

—Exactamente.

—¡La madre que te parió!

—No, mi madre no viene.

—Gracias a Dios, porque me jodería el plan, ¡y es el mejor plan de mi vida!

Creo que nunca me había visto tan sorprendida.

Ni siquiera cuando descubrí la finca.

Ni cuando me llevó al spa.

Ni cuando apareció aquel deportivo descapotable.

Nada se acercaba a aquello.

—Estás completamente loco.

—Eso ya lo sabías y por eso te has enamorado de mí.

—Para el carro, que lo mío no es enamoramiento.

—Ya, ya…

No conseguía dejar de sonreír.

Y él tampoco.

El piloto se acercó poco después para explicarnos cómo transcurriría el vuelo. Era un hombre amable, con años de experiencia, que parecía tan acostumbrado a ver caras de emoción como la mía que sonreía constantemente.

Su modo de hablar me tranquilizó bastante.

No porque estuviera asustada.

Sino porque de repente comprendí que el plan era real.

Que iba a ocurrir de verdad.

Y que dentro de unos minutos estaría contemplando Asturias desde el cielo.

Cuando llegó el momento de subir a la cesta, mi corazón latía tan deprisa que parecía decidido a adelantarse al globo.

El despegue fue increíblemente suave.

Tanto que apenas me di cuenta.

Un momento estábamos en tierra.

Al siguiente ya no.

La sensación resultó imposible de describir.

No era como un avión.

No era como una montaña rusa.

No era como nada que hubiera experimentado antes.

Simplemente comenzamos a elevarnos.

Despacio.

Con tranquilidad.

Como si el mundo decidiera alejarse poco a poco de nosotros.

Y entonces apareció el paisaje.

Todo el paisaje.

Los valles.

Los bosques.

Los ríos.

Las montañas.

Las aldeas.

Kilómetros y kilómetros de naturaleza extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista.

Sentí un nudo en la garganta.

—Madre mía...

Fue lo único que conseguí decir.

Porque no existían palabras mejores.

Asturias desde arriba era todavía más bonita.

Muchísimo más.

Me apoyé sobre el borde de la cesta completamente fascinada.

El río parecía una cinta de plata serpenteando entre el verde.

Las carreteras se habían convertido en simples líneas.

Las casas parecían diminutas.

Y las montañas seguían dominándolo todo.

—¿Te gusta?

Giré la cabeza.

Jaime me observaba con una sonrisa tranquila.

—Creo que es la cosa más bonita que he visto nunca.

—¿Más que yo? Eso es imposible.

—Sigue así y tomas tierra antes de tiempo —le advertí.

Durante casi una hora flotamos sobre aquel paisaje.

Hubo momentos en los que hablamos.

Otros en los que simplemente contemplamos las vistas.

Y algunos en los que permanecimos completamente callados porque cualquier palabra habría estropeado el instante.

No recuerdo haberme sentido tan libre.

Tan ligera.

Tan feliz.

El viento nos empujaba suavemente mientras el sol iluminaba las montañas y yo tenía la sensación de estar observando el mundo desde una perspectiva completamente nueva.

Como si todo fuera más sencillo desde allí arriba.

Más pequeño.

Menos amenazante.

Cuando el piloto anunció que comenzaríamos el descenso sentí una punzada de pena.

No quería bajar.

No quería que terminara.

No quería despedirme de aquel último día.

Porque sabía lo que ocurriría después.

La vuelta.

Montealto.

La realidad.

Sin embargo, también comprendí algo.

No importaba.

Porque nadie podría quitarme aquella semana.

Ni aquellos recuerdos.

Ni aquella sensación de felicidad que había descubierto en Asturias.

El aterrizaje fue tan suave como el despegue.

Y cuando volvimos a tocar tierra permanecí unos segundos inmóvil, observando el globo mientras los operarios comenzaban a recogerlo.

Jaime apareció a mi lado.

—¿Ha merecido la pena?

Lo miré.

Después volví a mirar el cielo.

Y terminé abrazándolo con fuerza.

—Ha sido el mejor último día que podrías haberme regalado.

Por una vez no hizo ninguna broma.

Simplemente me rodeó con los brazos.

Y durante unos segundos permanecimos allí, bajo el enorme cielo asturiano, contemplando el globo que se alejaba poco a poco mientras yo intentaba guardar aquel momento para no olvidarlo jamás.

Y durante unos segundos, conocí la felicidad en toda su plenitud.

Capítulo 8



Regresamos a la finca cuando el sol ya se había escondido detrás de las montañas.

Todavía llevaba una sonrisa pegada a la cara.

No conseguía quitármela.

Ni siquiera quería intentarlo.

Aquel vuelo en globo había sido una de las experiencias más excitantes de mi vida y, aunque Jaime intentaba fingir normalidad, sabía perfectamente que estaba encantado consigo mismo por haber acertado de pleno.

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Como si acabaras de descubrir que soy la bomba. Al fin y al cabo, eso ya lo sabías…

—Eso está todavía en estudio.

—Mentira. Eres un mentiroso.

—Pero soy tu mentiroso preferido, di que no.

—No tengo otro, no quieras llevarte el mérito, que estás tú muy engreído.

Él soltó una risilla mientras aparcaba junto a la casona.

Lo que no sabía era que yo llevaba toda la tarde tramando algo.

Nada tan espectacular como un globo aerostático.

Era imposible competir con eso.

Pero sí algo que pudiera convertir aquella última noche en Asturias en un recuerdo especial.

Uno de esos que se quedan contigo para los restos.

Por suerte, Jaime tuvo que revisar unos correos y hacer unas llamadas relacionadas con las bodegas. Aproveché aquella hora para ponerme manos a la obra.

El porche de la casona era un sueño.

Y perfecto para lo que tenía en mente.

Lo primero que hice fue buscar velas.

Después flores.

Después una de las mantas bonitas del sofá.

Y cuando terminé de transformar la parte cubierta en una especie de restaurante improvisado para dos personas, di un paso atrás y contemplé el resultado.

No estaba nada mal.

Nada mal.

Luego llegó la parte complicada.

La cena.

Recordaba perfectamente cuál era el plato favorito de Jaime porque se lo había visto comer muchas veces en Montealto.

Solomillo a la pimienta.

Muy él.

Con patatas caseras.

Y una buena botella de Montealto para acompañar.

Cuando escuché sus pasos acercándose, estaba colocando los últimos detalles.

—Aitana...

Me giré.

La expresión de sorpresa en su cara compensó todo el esfuerzo.

—¿Qué es esto?

—Tu cena.

—¿Mi cena? Y yo que creí que lo mejor sería el postre…

—Y lo es —le aseguré guiñándole el ojo—. Pero antes tendrás que recuperar fuerzas.

—Sí, porque te garantizo que el desgaste será brutal.

—Brutal… Un poco bruto sí que eres cuando estás en la cama, para qué nos vamos a engañar.

—Nunca se me han quejado, la verdad.

—Ya, y eso que habrán sido muchas las que hayan desfilado por ella.

—Me parece que le haces demasiado caso a Lucía.

—Lucía me quiere bien… Y tú… tú ni siquiera sé si me quieres.

—O sea, que esta es la típica encerrona para forzarme a que diga las palabras mágicas.

—¿Las palabras mágicas? Te recuerdo que la única bruja que conozco es tu madre…

—Ya tardaba en salir de nuevo el chiste.

Durante los siguientes minutos nos sentamos a cenar mientras la noche se instalaba sobre las montañas.

Las velas iluminaban suavemente el porche.

El río seguía sonando a lo lejos.

Y el aire era agradable.

Mucho más templado que otros días.

—Tengo una pregunta.

Levanté la vista.

—Dispara.

—¿Cuándo has preparado todo esto?

—Mientras tú trabajabas.

—¿Y no se suponía que estabas descansando?

—Esto es descansar.

—Has estado partiéndote el lomo.

—Es a lo que estoy acostumbrada, ¿o te recuerdo de qué trabajo en Montealto?

—Buen argumento.

La cena transcurrió entre bromas constantes.

Como prácticamente toda la semana.

Hablamos de Nora.

De Lucía.

De Ignacio.

De los caballos.

Del globo.

Y también de aquella teoría mía según la cual Beatriz llevaba años administrando algún tipo de sustancia extraña a su marido.

—Sigo convencida.

—No existe ninguna poción.

—No puedes demostrarlo.

—Aitana.

—Es una explicación mucho más razonable que el amor, porque Ignacio no puede estar enamorado de tu señora madre.

Jaime casi se atragantó de la risa.

—Qué mala eres.

—Realista.

Terminamos riéndonos a mandíbula batiente.

Otra vez.

Como llevábamos haciendo durante días.

Y quizás fue entonces cuando me di cuenta de que aquella era la parte que más iba a echar de menos.

Las montañas eran preciosas.

La finca era increíble.

El paisaje parecía sacado de una película.

Pero lo mejor de aquella semana había sido lo fácil que resultaba todo cuando estábamos solos.

Sin secretos.

Sin prisas.

Sin interrupciones.

Sin el peso constante de Montealto sobre nuestras cabezas.

Más tarde recogimos juntos.

Después entramos en la casa.

Y acabamos en el enorme cuarto de baño de la planta superior.

Aquello terminó exactamente como era de esperar.

Empapándome.

Porque Jaime tenía la madurez emocional de un niño de diez años cuando había agua de por medio.

—¡Jaime!

—Ha sido un accidente.

—Te voy a asesinar.

—No puedes.

—¿Por qué?

—Porque estás loca por mí.

Aquello me hizo reír tanto que tuve que apoyarme en el lavabo.

—No es un argumento jurídico válido y además no tienes la certeza de que sea así.

—Como si no me lo revelaran tus ojos.

—¿Y no te revelan también que ahora mismo estoy a punto de asesinarte?

—Más bien me revelan que te mueres porque vuelva a hacerte mía.

—¿No ha sonado un poquito posesivo? No soy de nadie, que lo sepas.

—Tomo nota, pero te gusta sentirte mía.

—¡Que te calles ya, bocachancla!

La ducha acabó convirtiéndose en el escenario de una guerra que ninguno de los dos ganó y en el que hicimos el amor como fieras.

Y precisamente por eso fue perfecta.

Cuando por fin nos metimos en la cama ya era bastante tarde.

La habitación permanecía a oscuras salvo por la luz tenue que entraba desde el exterior.

Me acomodé junto a él.

Escuchando el río.

Escuchando el silencio.

Escuchando aquella paz que tanto me había costado encontrar.

Durante varios minutos ninguno habló.

Y descubrí que no quería dormir.

No porque no tuviera sueño.

Sino porque sabía lo que ocurriría después.

La mañana.

Las maletas.

La despedida.

La vuelta.

—¿En qué piensas?

La pregunta llegó en voz baja.

Sonreí.

Porque sabía que terminaría notándolo.

Siempre lo hacía.

—No quiero dormirme.

—¿Por qué?

Me quedé observando el techo unos segundos.

Después giré la cabeza hacia él.

—Porque cuando me despierte, el hechizo se habrá terminado.

Mi frase sonó más triste de lo que pretendía.

Mucho más.

Durante unos segundos ninguno dijo nada.

Noté cómo sus dedos buscaban los míos bajo las mantas.

—También podemos hacer otra escapada.

—Sí, claro, como si no me hubieras puesto ya bastante en el punto de mira con esta.

—No digas bobadas, nadie sospecha de nadie.

—Eso espero, porque no quiero que tu madre me pique para hacer albóndigas.

—No le gustan las albóndigas, por esa parte puedes quedarte tranquila.

—Cierto, a ella todo lo que no sea carne *wagyu* le parece una vulgaridad…

—¿Podemos dejar a mi madre fuera de esta cama?

Quizás tenía razón.

Quizás sí.

Pero eso no cambiaba la sensación que tenía en ese momento.

La sensación de estar a punto de despedirme de algo que había sido maravilloso.

Me acerqué un poco más y apoyé la cabeza sobre su hombro.

—Ha sido la mejor semana de mi vida, Jaime. Esa es la verdad.

La confesión salió de muy dentro de mí.

Sin pensarlo.

Sin adornos.

Solo la verdad.

Jaime permaneció unos segundos en silencio.

Y cuando habló, su voz sonó extrañamente emocionada.

—La mía también.

Cerré los ojos.

Y durante un rato seguimos despiertos.

Hasta que el cansancio terminó ganando la partida.

Y mientras me quedaba dormida entre el rumor del río y el calor de sus brazos, pensé que, pasaran los años que pasaran, siempre recordaría aquella última noche en Asturias.

Capítulo 9



Volver a Montealto fue como subirme a un potro de tortura imaginario.

No me gustaba sentirme así, pero es lo que tiene haber rozado la libertad con la punta de los dedos y estar a punto de perderla de nuevo, aunque esa libertad hubiera tenido mucho más de ficticia que de real.

Durante el viaje de regreso había intentado convencerme de que no pasaba nada. Al fin y al cabo, seguía siendo mi casa. Había crecido allí. Conocía cada rincón del cortijo, cada sendero entre los viñedos, cada patio, cada puerta y cada escalón. Sin embargo, a medida que nos acercábamos a Jerez, empecé a tener la sensación de que regresaba de un lugar que me había cambiado más, de un modo irreparable.

Asturias me había hecho bien.

Muchísimo bien.

Por primera vez en años no experimenté ese sentido de la pertenencia a un lugar ni tampoco el peso del deber.

Y, sobre todo, había tenido a Jaime para mí sola.

Aunque último seguía pareciéndome un milagro.

Cuando las puertas de Montealto aparecieron finalmente ante nosotros, sentí una mezcla extraña de tristeza y nostalgia.

—¿En qué piensas? —me preguntó Jaime mientras avanzábamos por el camino principal.

Observé los viñedos extendiéndose a ambos lados.

Después la casa.

Después el patio.

—En que voy a echar de menos Asturias.

—Yo también.

—Y en que seguramente tu madre estará escondida detrás de alguna cortina esperando nuestro regreso, en plan La vieja del visillo, ya sabes.

—Mi madre no es vieja…

—A ver, de chasis está perfecta, pero es que con tanto retoque… Se va a quedar como un colador de tanto pinchazo, eso es lo que dice Irene. Joder, qué bocazas, se me ha escapado… Pero que yo pienso lo mismo, ¿eh? Así que puedes poner el comentario en mi boca.

—En tu boca lo único que pienso poner es esto —murmuró antes de darme un besazo de tuerca que me humedeció a tope.

Su beso me hizo temblar.

—Tienes una obsesión preocupante con mi madre, eso sí tengo que decírtelo.

—Tengo instinto de supervivencia, guapo. Que no todos hemos nacido con una flor en el culo como tú.

—Tu culo es precioso, no le hace falta ninguna flor.

—Y hablando de obsesiones, ¿tú no estás un poquito obsesionado también con él?

No me dio tiempo a añadir nada más.

La puerta principal se abrió de golpe y, al llegar a la altura de la casa, me bajé del coche a la estampida, como si temiera que Beatriz pudiera intuir más de la cuenta si nos veía juntos.

Entonces una figura rubia salió prácticamente disparada hacia mí.

—¡Aitana!

Su voz me alegró el alma.

—¡Lucía!

Mi querida niña me abrazó con tanta fuerza que casi me hizo perder el equilibrio.

No nos veíamos desde hacía apenas una semana.

Pero cualquiera habría pensado que llevaba años desaparecida.

—Madre mía, qué ganas tenía de verte.

—Lo dice la que se va de vacaciones cada dos por tres. Para una vez que me voy yo…

—Tampoco me voy tanto.

—Qué va, solo tienes una agenda como la de una ministra, niña. Entonces, ¿me has echado de menos?

—No sabes cuánto… Estoy loca por contarte todo lo que se cuece por aquí.

Cuando por fin me soltó, dio un paso atrás y me observó de arriba abajo.

Aquello nunca era buena señal.

Nunca.

—¿Qué?

Lucía entrecerró los ojos.

—No sé.

—¿Qué no sabes?

—Hay algo raro.

—Lucía...

—No, espera.

Se llevó una mano a la barbilla como si estuviera resolviendo un caso policial especialmente complejo.

—Vienes cambiada.

—¿Qué tontería es esa?

—Lo digo muy en serio, pareces otra.

—Sí, sí, he ido a un programa de esos de la tele en los que te hacen un cambio que no te conoce ni la madre que te parió. Y aquí está el resultado —bromeé mientras daba una vuelta sobre mí misma.

—Aitana, pareces feliz.

—Sí, sí, eso también lo han hecho ellos. Cambio radical de chapa y pintura, por dentro y por fuera.

—Eres más tonta…

Volvió a observarme.

—Estoy convencida de que por el camino alguien ha secuestrado a Jaime y tú te has largado con otro distinto, porque el artífice de esto no puede ser él.

—Calla, que te va a escuchar.

—Pues que me escuche, ¿crees que le temo o algo?

—Tú no temes a nadie, fierecilla. Eso me consta, pero no quiero ser objeto de polémica.

La sensación de volver a ver a Lucía consiguió aliviar de golpe gran parte de la tristeza que arrastraba desde la noche anterior. Era imposible estar mucho tiempo deprimida cerca de ella.

Demasiado imposible.

Jaime desapareció con la excusa de que Ignacio quería verlo para hablar de varios asuntos relacionados con las bodegas. Yo aproveché para ir a mi habitación, dejar la maleta y cambiarme de ropa.

Apenas había terminado cuando escuché unos golpes en la puerta.

Mentira.

Lucía nunca llamaba.

Entró a continuación. Solo lo hizo por despistar, sin esperar mi contestación.

—Tenemos que hablar.

—Que estás equivocada, que he estado todo el tiempo con Jaime, niña… Tiene sus cosas buenas, aunque tú no lo sepas.

—Como la canción que me gusta… Y la versión de Clara Lago, es que la clava.

—Hablando de clavar, no veas qué noches hemos…

—¿Me vas a hablar de tus polvos con Jaime? Es que te mato…

—Vale, vale. Siéntate.

Se dejó caer sobre la cama exactamente igual que había hecho cientos de veces a lo largo de los años.

Yo ocupé el sillón que había junto a la ventana.

Y entonces sonrió.

Aquella sonrisa.

La de "tengo información".

—¿Qué has roto?

—Nada.

—Entonces es grave.

—Es mejor que grave.

Me crucé de brazos.

—Habla.

—Tengo dos bombazos.

—Empieza por el primero. Y dime que Beatriz no me está esperando en algún rincón con una escopeta de caza.

—Si lo hiciera, ya te adelanto que nos dispararía a las dos. Yo no me iría de rositas…

—No, no le conviene. Eres la hija de su marido, la única Alcázar de pura cepa que hay en estas tierras, por mucho que le joda que sus hijos no lo sean.

Lucía intentó mantener una expresión seria.

Duró exactamente tres segundos.

—Vale, vale. Eso es verdad, pero lo que voy a contarte no tiene nada que ver con la bruja esa. Estoy saliendo con Jacobo.

La noticia me sonó a música celestial.

—¡¡Ole!! —chillé mientras me levantaba de un salto y me ponía a taconear.

Su boca se abrió.

—Mírala, si parece la flamenca del WhatsApp.

—Si es que llevo años sabiéndolo, ¿cuántas veces te lo he dicho?

—Millones.

—Y me he quedado corta. Por favor, todas queremos que nos miren como Jacobo te mira a ti. Ese niño te quiere desde antes de ser una erección de su padre.

—Estás loquísima, te lo juro.

—Y él más loco todavía por ti. Vas a ser la chica más feliz del globo. Sabía de sobra que eso no se quedaba en una amistad, cuánto amor se habría perdido el mundo de ser así.

—Los amigos también se quieren.

—Sí, pero no babean como él babea contigo, preciosa.

Aquello consiguió que ambas termináramos riéndonos.

Porque era verdad.

Absolutamente verdad.

Jacobo llevaba enamorado de Lucía desde tiempos inmemoriales.

Y Lucía llevaba fingiendo no darse cuenta prácticamente el mismo tiempo.

Se dejó caer dramáticamente sobre las almohadas.

—Bueno, pues ya está.

—¿Ya está? No, no…

—Sí.

—¿Y cómo ha pasado? A mí no me dejes así. Quiero hasta el último detalle.

Sus ojos se entornaron y su expresión se transformó.

Más suave.

Más sincera.

—Pues resulta que el señorito decidió que esperar otros diez años quizás era excesivo.

—Ha tenido una idea brillante. De otro modo, igual se te hubiera declarado ya en la residencia de ancianos.

—Deja, deja…

—Pues que ha hecho muy bien de abalanzarse sobre ti, tonta del culo…

—Tampoco se me abalanzó, que no es un animal.

—No es tan malo que se te abalancen —murmuré pícara.

—No me digas que Jaime es una fiera en la intimidad porque aparecerán imágenes en mi mente que ni mil sesiones de psicólogo podrán borrar.

—Esos son problemas de ricos, los pobres tenemos que resetear la mente a pelo, sin divanes de por medio.

—No digas eso, que tú no eres pobre.

—Qué va, echa un vistazo a mi cuenta corriente y lo debatimos. Pero eso no importa. A ver. Cuéntamelo bien.

Y me lo contó.

Con detalles.

Con todos los detalles.

Resultó que Jacobo llevaba semanas insistiendo en que hablaran seriamente y ella había seguido evitando la conversación porque, según sus propias palabras, era una cobarde emocional. Y por eso ni siquiera me lo contó, porque sabía que la hubiera empujado a la fuerza.

La conversación había terminado exactamente como cualquiera con dos ojos funcionales podía prever.

Con un beso.

Y con ambos admitiendo algo que llevaban años sabiendo.

Que estaban enamorados.

—Por cierto —añadió de repente—. Creo que no te he contado la mejor parte.

—¿Hay mejor parte?

—Mucho mejor.

—A ver.

Lucía adoptó una expresión solemne.

Ridículamente solemne.

—Mi chico se llama Jacobo de Alcunia y Valcárcel.

Parpadeé.

—Eso suena fatal, pero ya lo sabía. Llevo aprendiendo apellidos así desde que nací. Sois una raza aparte, muy rarita.

—No lo estás entendiendo.

—Oye, bonita, que no he hecho carrera, pero que tan tonta no soy. Son apellidos de pijo, como todos los vuestros.

—Y en su caso, también de marqués. Los suyos son apellidos de la nobleza. Resulta que un tío suyo, que no tiene hijos, le va a legar el título a su fallecimiento.

Sin decir palabra, me levanté e hice una reverencia exagerada.

Y bajé la cabeza.

—Mil disculpas, señora marquesa.

Lucía soltó una carcajada tan fuerte que terminó doblándose sobre la cama.

—Idiota.

—Vuestra excelencia.

—Voy a tirarte algo.

—Yo solo intento adaptarme al protocolo, señorita Escarlata.

—Oye, que esto no es *Lo que el viento se llevó.*

—Pues con tanta pamplina, va camino de serlo.

Cuando por fin conseguimos calmarnos, Lucía se acomodó mejor sobre la cama.

Y entonces su expresión cambió.

Solo un poco.

Lo suficiente para que yo lo notara.

—¿Y el segundo bombazo?

La sonrisa desapareció lentamente.

—Ah, eso. Es verdad. Te vas a quedar fría.

Su reacción consiguió llamar mi atención de inmediato.

—¿Qué pasa? ¿Beatriz dejará de ponerse Botox?

Lucía se incorporó.

—No, no es eso. Hugo vuelve.

Tardé varios segundos en procesarlo.

Porque aquel nombre no aparecía nunca en Montealto.

Porque llevaba años viviendo en Estados Unidos.

Porque casi se había convertido en una especie de fantasma familiar.

Siempre mencionado.

Nunca presente.

—¿Hugo? ¿El hijo mayor de Beatriz?

Ella asintió.

—Sí.

—¿El hermano de Jaime?

—El mismo. ¿Quién va a ser, si no? ¿Necesitas un croquis?

—Pensé que no le veríamos más el pelo, después del rifirrafe que tuvo con su madre.

—Sí, pensaba lo mismo. Pero se ve que todo pasa, yo qué sé. Igual ha decidido darle una segunda oportunidad.

—O darle en toda la cara con algo, qué sé yo.

—Hugo no es así.

—Pero Beatriz le hizo mucho daño con lo de Belén.

—Igual ya se le ha pasado. Belén se casó, ¿te dije que me la encontré en un catering? Ella estaba poniendo copas y me lo dijo.

—Ya, es lo que tenemos los pobres. Copas por poner a los ricos.

Belén había sido el primer amor de juventud de Hugo. La conoció en un local de comida basura en el que la chica, con todo el desparpajo del mundo, se hizo con su corazón mientras le servía un helado con todos los toppings que Hugo pudo pedir para alargar el tiempo a su lado. Se enamoraron, comenzaron a salir, Beatriz se enteró, montó en cólera, les hizo la vida imposible y Hugo terminó cursando un máster en Estados Unidos para que la sociedad de Jerez no se enterara de que su madre y él no se dirigían la palabra.

Por su parte, Belén se cansó de que Beatriz la tratara como una colilla y le echó en cara a Hugo que no hubiera luchado lo suficiente por ella. Y cuando él cogió ese avión, la relación se rompió para siempre. Hugo era muy joven entonces y, probablemente, ella tenía algo de razón en que no luchó del todo para salvar lo suyo. En fin, que el corazón de ambos quedó hecho añicos y Beatriz tan satisfecha, aunque eso supusiera tener a su hijo mayor a miles de kilómetros y sin querer saber de ella. Antes muerta que sencilla.

Con semejante panorama, entenderéis que la historia se había repetido conmigo y con Jaime. Y que, visto lo visto, no me cabía ninguna duda de que, si Beatriz se enteraba de lo nuestro, trataría de estrangularme con sus propias manos. ¿Cuál podría ser la solución? Misterio absoluto.

La habitación quedó en silencio unos instantes.

No incómodo.

Solo sorprendido.

—¿Y cuándo llega?

Lucía soltó aire despacio.

—En unos días, como te lo cuento.

La miré.

Ella me miró.

Y algo me dijo que aquella noticia iba a traer bastantes más problemas de los que ninguna de las dos imaginaba todavía.

Muchísimos más.

Capítulo 10



Aquella noche me costaría muchísimo dormirme.

Había regresado a Montealto convencida de que echaría de menos la casona y la compañía de Jaime, pero no esperaba sentir aquella especie de tristeza instalada en el pecho desde que había cruzado las puertas de la finca.

Todo seguía exactamente igual que cuando me marché. Los viñedos continuaban extendiéndose hasta el horizonte, el patio principal estaba tan impecable como siempre y las paredes de la casa conservaban el mismo aspecto señorial de toda la vida. Sin embargo, yo ya no me sentía exactamente igual.

Quizás porque Asturias había sido la primera vez, desde la muerte de mi madre, que me había permitido bajar la guardia por completo.

Quizás porque había pasado una semana entera sintiéndome libre.

O quizás porque había disfrutado de Jaime sin esconderme todo el rato.

Fuera cual fuera el motivo, me encontraba sentada sobre la cama, terminando de ordenar algunas cosas de la maleta, con la sensación de que la realidad acababa de alcanzarme otra vez.

Por eso, cuando escuché abrirse la puerta de golpe, ni siquiera levanté la cabeza al principio.

—Lucía, te juro que algún día voy a poner una cerradura porque me vas a matar de un infarto.

La frase se quedó suspendida en el aire.

Porque la persona que acababa de entrar no era Lucía.

Era Beatriz.

Y bastó una sola mirada para comprender que algo iba terriblemente mal.

Nunca la había visto así. Ni siquiera en los peores momentos. Beatriz siempre había sido una mujer de apariencia impecable, elegante hasta cuando estaba enfadada. Incluso sus desprecios solían venir envueltos en una sonrisa educada a la par que afilada o en comentarios cuidadosamente calculados. Aquella noche no había nada de eso. Toda la sofisticación habitual había desaparecido. Solo quedaba la rabia.

Una rabia inmensa.

Sus ojos estaban clavados en mí con una intensidad que me puso el estómago del revés. Los labios permanecían tensos y cada músculo de su cuerpo parecía estar haciendo un esfuerzo enorme por contener una explosión que amenazaba con producirse en cualquier momento.

Durante varios segundos ninguna habló.

Yo seguía junto a la cama.

Ella permanecía de pie junto a la puerta.

Y el silencio empezó a volverse insoportable.

—Señora Beatriz...

—No te hagas la tonta. Es que no se te ocurra hacértelo porque no respondo, ¿me oyes? ¿Me oyes o no me oyes, estúpida?

Aquellas palabras bastaron para que sintiera un escalofrío recorriéndome la espalda. Ella nunca me había insultado directamente.

Además, su voz sonó tan fría que casi parecía ajena a ella.

Beatriz cerró la puerta con lentitud y avanzó unos pasos hacia el interior de la habitación. No levantó la voz. No gritó. Y precisamente por eso resultó mucho más aterradora.

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí, niñata.

Sentí cómo el corazón comenzaba a latirme cada vez más deprisa.

Porque lo comprendí al instante.

Porque ya no había forma de fingir.

Porque la expresión de triunfo que apareció brevemente en sus ojos confirmó lo que ya sospechaba.

Lo sabía.

De algún modo lo sabía.

—Llevo meses observando cosas que no quería ni creerme —continuó—. Miradas. Excusas. Ausencias. Comportamientos que empezaban a repetirse demasiado. Y después llegó la excusa de mi hijo, todo por llevarte por delante.

Me costaba respirar.

No por la acusación.

Sino porque comprendí que estaba completamente sola frente al peligro.

—¿De verdad pensabas que no iba a darme cuenta? ¿De verdad me tomas por una ingenua? ¿Crees que no tengo ojos en la cara?

No respondí.

No encontraba ninguna respuesta que pudiera mejorar la situación.

Beatriz soltó una breve risa sin humor.

—Qué desgraciada.

Se cruzó de brazos y me observó de arriba abajo con un desprecio tan evidente que me hizo daño.

—No sé qué clase de fantasía te has construido en la cabeza, pero voy a dejarte una cosa muy clara. Eres una empleada de esta casa. Una doña nadie, exactamente.

La frase cayó como una piedra.

—Y Jaime es mi hijo.

Aquellas palabras no eran nuevas. Llevaba años escuchando versiones más suaves del mismo mensaje. Siempre había existido una línea invisible entre nosotros y ellos. Una línea que Ignacio ignoraba muchas veces y que Lucía directamente despreciaba, pero que Beatriz se encargaba de recordar constantemente.

Aquella noche la estaba dibujando con fuego.

—Jamás consentiré algo así. Ya lo hice una vez y es que no puedo ni creerme que la historia se repita. Y justo ahora, ahora que mi hijo mayor vuelve, probablemente porque es consciente de que lo único que hice al apartarlo de esa harapienta fue velar por su futura.

—Belén no era eso que usted dice. Ella estuvo aquí alguna vez, la conocí. Era una chica común y corriente —me atreví a decirle porque la comparación dolía en partes de mí que no sabía ni que existieran.

—Una andrajosa, eso es lo que era. Y no paré hasta dispararla con una catapulta, bien lejos de Montealto. Atrévete a sacar los pies del tiesto, y correrás la misma suerte. No volverás a pisar esta finca.

—No puede decidir eso.

Aquello fue un error.

Lo supe inmediatamente.

Los ojos de Beatriz se estrecharon.

—Ten muchísimo cuidado con lo que dices.

La amenaza llegó envuelta en una calma que daba miedo.

—Muchísimo cuidado.

Después se acercó un poco más.

No demasiado.

Lo justo para que comprendiera que hablaba completamente en serio.

—Voy a darte una única oportunidad para terminar esto. Lo dejas. Inmediatamente.

Mi garganta se cerró.

Porque en aquel momento comprendí que no estaba intentando asustarme.

No.

Estaba advirtiéndome.

Y aquello resultaba mucho peor.

—Si no lo haces —continuó—, te aseguro que lamentarás haber tomado esta decisión.

Sus ojos no abandonaron los míos ni un segundo.

—Puedo echarte de esta casa.

Noté cómo se me encogía el estómago.

—Puedo asegurarme de que no vuelvas a trabajar para nadie relacionado con nosotros.

Las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos.

—Y puedo hacerte la vida tan difícil que terminarás deseando no haber conocido nunca a mi hijo.

Aquello fue lo que más me dolió.

No las amenazas.

No el desprecio.

Aquello.

Porque comprendí hasta qué punto estaba dispuesta a llegar.

Nos observamos unos segundos interminables.

Y entonces ocurrió algo todavía peor.

Sonrió.

Una sonrisa pequeña.

Satisfecha.

Cruel.

Como si estuviera convencida de haber ganado.

—Aléjate de Jaime o en esta casa nos olvidaremos de que, si sigues aquí, es porque has vivido siempre bajo este techo. La lástima es que seas tan ingrata de darnos este disgusto, sintiéndote digna de alguien como mi hijo. Y da gracias a Dios de que no te eche esta misma noche a patadas, que es lo que tengo ganas de hacer.

Después se dio la vuelta y abandonó la habitación.

El portazo resonó por toda la planta.

Y yo me quedé inmóvil.

Sentada sobre la cama.

Temblando.

Después, apenas dormí.

Cada vez que cerraba los ojos volvía a escuchar sus palabras. Volvía a sentir aquel miedo que me había acompañado desde que salió de la habitación. Porque Beatriz no era una mujer que lanzara amenazas vacías. Si decía algo, lo hacía convencida de poder cumplirlo.

Y eso era precisamente lo que me aterraba.

A la mañana siguiente bajé a la cocina con una sensación horrible instalada en el pecho. Irene estaba preparando café cuando entré. Bastó una sola mirada para que dejara inmediatamente lo que estaba haciendo. Me conocía mejor que yo misma y entre nosotras no había secretos.

Y supo que algo iba mal antes incluso de que abriera la boca.

Un poco después, Sonia también estaba sentada con nosotras mientras yo terminaba de contar lo ocurrido. La indignación fue creciendo poco a poco en sus rostros. Sonia no dejaba de negar con la cabeza. Irene permanecía más callada, pero la dureza de su mirada decía mucho más que cualquier comentario.

—Esa mujer ha perdido completamente el juicio —murmuró Sonia.

—Juicio no ha tenido nunca —respondió Irene.

Yo jugueteaba con la taza entre las manos.

—¿Y si lo hace?

Las dos me miraron.

—¿El qué?

—¿Y si me echa?

Aquella era la verdadera pregunta.

La que llevaba toda la noche atormentándome.

Irene se levantó de su silla y se sentó junto a mí. Después me tomó una mano exactamente igual que hacía mi madre cuando algo me preocupaba.

—Escúchame bien.

Su voz era firme.

Tranquila.

Protectora.

—No va a pasarte nada.

—Pero...

—Nada.

Negó con la cabeza.

—Tu madre trabajó aquí toda su vida. Y te prometo que no te pasará nada.

Fue entonces cuando apareció Lucía.

Entró en la cocina como un vendaval y bastó una sola mirada para que comprendiera que algo ocurría. Cuando terminó de escuchar la historia, el color desapareció de su rostro.

—La mato.

—Lucía...

—Lo digo completamente en serio.

Irene suspiró.

—A tu madrastra no le gusta verte aquí sentada con nosotras.

—Pues que se fastidie.

—Lucía.

—No pienso moverme. Que venga a liármela a mí también, a ver si tiene valor.

Y cumplió su palabra.

Se sentó a mi lado.

Me rodeó los hombros con un brazo.

Y apoyó la cabeza contra la mía.

—No estás sola, Aitana. No pienso permitir que te suceda nada malo. No estás sola.

Aquellas tres palabras consiguieron emocionarme más que cualquier otra cosa.

Porque sentí que quizás Beatriz no tenía tanto poder como ella creía.

Porque seguía teniendo una familia dentro de aquellas paredes.

Aunque no compartiéramos apellido.

Los dos días siguientes los viví como una pesadilla.

No ocurrió nada especialmente grave. Nadie volvió a amenazarme. Beatriz ni siquiera se cruzó conmigo más de un par de veces y, cuando lo hizo, mantuvo aquella sonrisa impecable que utilizaba delante del resto del mundo. Sin embargo, precisamente por eso todo resultó todavía peor.

Porque Jaime desapareció.

Simplemente desapareció.

La mañana siguiente a nuestro regreso se marchó de viaje por asuntos relacionados con las bodegas. Eso fue lo que escuché comentar a Rodolfo durante el desayuno. Nadie me dio más explicaciones. Nadie me dijo cuánto tiempo estaría fuera. Y, lo que más me dolió, él tampoco.

Ni una llamada.

Ni un mensaje.

Ni una explicación.

Nada.

Al principio intenté convencerme de que existiría algún motivo razonable. Quizás había surgido un problema urgente. Quizás todo había ocurrido demasiado deprisa. Quizás estaba intentando solucionar algo antes de hablar conmigo.

Pero las horas fueron pasando.

Después un día entero.

Después otro.

Y el silencio seguía allí.

Pesando cada vez más.

Aquella tarde me encontraba sentada junto a Lucía en uno de los bancos del jardín trasero. La primavera jerezana era calurosa y el sol calentaba bastante, aunque yo apenas le prestaba atención. Tenía una taza de café entre las manos y llevaba más de diez minutos mirando el mismo punto sin verlo realmente.

—Sigues esperando que aparezca.

La voz de Lucía me sacó de mis pensamientos.

Suspiré.

Se acomodó mejor en el banco y me observó durante unos segundos.

—Aitana, han pasado dos días.

—Sé contar, cariño.

—Y ni siquiera te ha llamado ni escrito. Nada.

Aquellas palabras me escocieron.

Porque eran verdad.

Una verdad imposible de discutir.

—Ya lo sé.

—Entonces deja de buscarle excusas.

Bajé la vista hacia el café.

—No le estoy buscando excusas.

—Sí lo haces.

Quizás tenía razón.

Porque una parte de mí seguía intentando justificarlo.

Intentando entender por qué no contactaba conmigo.

Era lo que más me estaba rompiendo por dentro.

—A lo mejor simplemente no quiere enfrentarse a ella —murmuré.

Lucía soltó aire despacio.

—Y si es así tampoco te merece.

La miré.

—No digas eso.

—Lo digo completamente en serio.

Su tono era suave, pero firme.

—Aitana, si de verdad te quiere, debería estar aquí.

No respondí.

Porque una parte de mí pensaba exactamente lo mismo.

Y otra se negaba a aceptarlo.

Lucía apoyó una mano sobre la mía.

—Quizás deberías olvidarte de Jaime.

Su idea me hizo levantar la cabeza de golpe.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí lo sé.

—No. No lo sabes.

Noté cómo la emoción empezaba a cerrarme la garganta.

—Tú no entiendes esto.

—Claro que lo entiendo.

—No, Lucía.

Negué con la cabeza.

—No lo entiendes.

Durante unos segundos ninguna habló.

Y cuando volví a hacerlo, mi propia voz sonó mucho más vulnerable de lo que me habría gustado.

—¿Tú ves cómo quieres a Jacobo?

Lucía se quedó inmóvil.

—Pues yo le quiero igual a él.

Me miró compasiva.

—No es un capricho.

No era una frase para convencerla.

Era la verdad.

—No es una aventura ni una tontería pasajera. Yo también tengo recuerdos, Lucía. Yo también he construido cosas con Jaime. Yo también tengo momentos que significan algo.

Noté cómo los ojos comenzaban a escocerme.

—Tengo Asturias. Tengo todas las conversaciones. Tengo todos los días que hemos pasado juntos. Tengo las veces que me ha hecho reír cuando pensaba que no podía más. Tengo los planes. Los secretos. Los recuerdos.

Tragué saliva.

—Y ahora me pides que lo olvide como si fuera tan fácil.

La expresión de Lucía se suavizó inmediatamente.

Porque comprendió que ya no estaba hablando de Jaime.

Estaba hablando del dolor.

Del miedo.

De la sensación de haber sido abandonada.

—Aitana...

—Y encima, si lo dejo, será exactamente lo que quiere Beatriz.

Aquello salió cargado de rabia.

—Será darle la razón.

—No.

Lucía negó despacio.

—No sería darle la razón.

—Claro que sí.

—No.

Su voz se volvió más firme.

—Sería protegerte.

Aparté la mirada.

Porque no quería escuchar aquello.

Porque no quería plantearme siquiera la posibilidad.

—Y además —continuó—, sinceramente creo que mereces algo mejor que un hombre que desaparece por las buenas en el peor momento y te abandona a tu suerte.

Aquella idea me atravesó.

Porque era injusta.

Porque era dolorosamente lógica.

Y porque no encontré ninguna respuesta capaz de rebatirla.

Capítulo 11



Los días posteriores a la marcha de Jaime se me hicieron larguísimos, así que cuando aquel mediodía escuché cierto revuelo en la finca, agradecí la distracción. Llevaba demasiado tiempo encerrada en mi propia cabeza, demasiado tiempo preguntándome por qué no había llamado, por qué no había enviado ni un mensaje y por qué parecía haberse evaporado justo cuando más lo necesitaba.

Intentaba no pensar en ello, pero era imposible.

Cada vez que sonaba un teléfono cerca de mí levantaba la cabeza.

Cada vez que escuchaba un coche entrar en la propiedad sentía una pequeña sacudida de esperanza.

Y cada vez que comprobaba que no era él, la decepción resultaba un poco más difícil de ignorar.

Aquella mañana estaba ayudando a Sonia en una de las despensas cuando Rodolfo apareció anunciando que Hugo acababa de llegar a Montealto.

La noticia recorrió la casa como un incendio.

En apenas unos minutos parecía que todo el mundo tenía algo que hacer cerca de la entrada principal.

Y cuando digo todo el mundo, era literalmente todo el mundo.

Empleados, jardineros, personal de mantenimiento e incluso algunos trabajadores de las bodegas que casualmente se encontraban por allí.

No tardé en comprender que aquello no tenía nada de casual.

Beatriz llevaba días preparando el regreso de su hijo mayor.

Días.

Probablemente semanas.

Y estaba dispuesta a convertirlo en el acontecimiento social del año.

Cuando salí al patio principal junto a Sonia e Irene, me encontré con una escena digna de una película. Los jardines parecían recién estrenados, no había una sola hoja fuera de sitio y varias personas iban y venían con flores, bandejas o cualquier cosa susceptible de parecer importante.

—Madre mía —murmuré.

—Eso mismo he dicho yo —respondió Sonia.

Lucía apareció en ese momento a mi lado.

—Te juro que si coloca una alfombra roja no me sorprendería.

Su comentario consiguió arrancarme una sonrisa.

Una pequeña.

Pero sonrisa al fin y al cabo.

Nos quedamos observando el camino principal mientras el ruido de un motor comenzaba a acercarse desde la entrada de la finca.

El coche apareció unos segundos después.

Negro.

Elegante.

Impecable.

Y en cuanto se detuvo frente a la casa, el silencio se extendió entre todos los presentes.

La puerta se abrió.

Y entonces apareció Hugo.

La última imagen que conservaba de él era la de un chico atractivo y algo distante de veintitantos años cuando se marchó a Estados Unidos.

El hombre que acababa de bajar del coche no tenía absolutamente nada que ver con aquel recuerdo.

Era alto.

Más que Jaime.

Más que Ignacio.

Con los hombros anchos, el cabello oscuro no demasiado corto y unos ojos claros que destacaban incluso desde la distancia. Vestía con elegancia, pero sin aparentar esfuerzo alguno. No llevaba nada especialmente llamativo y, aun así, resultaba imposible apartar la vista de él.

Lucía soltó aire con lentitud.

—Vale.

—¿Qué?

—Retiro todas mis quejas sobre la espera.

La miré.

—Lucía.

—Estoy siendo objetiva.

—Tú tienes novio, recuérdalo. Y además es tu…

—Mi sangre no la lleva. Te lo recuerdo. Pero Jacobo me tiene obnubilada, también te lo digo. Parece haberme rociado con un spray anti resto de tíos buenos —murmuró con una sonrisilla—. Eso sí, ojos tengo. Y Hugo parece un modelo de portada de revista.

Mientras tanto, Hugo observó la finca durante unos segundos. No parecía emocionado. Tampoco incómodo. Más bien transmitía la sensación de alguien que regresaba a un lugar que conocía perfectamente, pero respecto al que ya no sabía exactamente qué sentir.

Entonces apareció Beatriz.

Y la diferencia entre ambos fue tan evidente que hasta resultó chocante.

Ella prácticamente corrió hacia él.

Con los brazos abiertos.

Con una sonrisa enorme.

Con una emoción tan ensayada que nos asqueó.

Lo abrazó inmediatamente.

Le acarició la cara.

Le habló sin darle tiempo a responder.

Y, sin embargo, la reacción de Hugo fue mucho más contenida.

Educada.

Pero claramente contenida.

Respondió levemente a su abrazo.

La saludó.

Sin embargo, había cierta distancia en cada gesto.

Una barrera invisible que no terminaba de desaparecer.

Y eso me llamó la atención inmediatamente.

Porque no parecía enfadado.

Pero tampoco parecía feliz de verla.

La siguiente persona que se acercó fue Ignacio.

Y entonces sí ocurrió algo diferente.

Algo auténtico.

El dueño de Montealto avanzó hacia él con una sonrisa enorme y lo estrechó contra su pecho con una fuerza que hizo sonreír incluso a varios empleados.

—Hijo.

Aquella palabra llegó perfectamente hasta donde estábamos.

Y por primera vez desde que había bajado del coche vi desaparecer parte de aquella contención.

Hugo le devolvió el abrazo.

De verdad.

Sin reservas.

Sin distancia.

Durante unos segundos dejó de parecer un hombre sofisticado y volvió a parecer simplemente alguien que echaba de menos a una persona importante.

—Me alegra verte.

La sonrisa de Ignacio se amplió todavía más.

—Y a mí tenerte en casa.

Lucía me dio un codazo.

—Ya tengo aquí más competencia.

La miré sin entender.

Ella señaló discretamente hacia Hugo.

—Míralo.

—No voy a seguirte el juego.

—Cobarde.

—Ridícula.

—Realista.

El intercambio de palabras terminó con las dos aguantando la risa como pudimos.

Mientras tanto, Hugo comenzó a saludar a distintas personas de la finca. Y eso fue probablemente lo que más me sorprendió.

Recordaba nombres.

Muchos nombres.

Preguntaba por familiares.

Por hijos.

Por problemas de salud.

Por gente que llevaba años trabajando allí.

No actuaba como alguien que se considerara superior al resto.

Todo lo contrario.

Parecía sinceramente interesado.

Rodolfo recibió un abrazo.

Irene dos besos y una pregunta sobre su rodilla.

Incluso varios jardineros terminaron sonriendo al comprobar que los recordaba.

Eso provocó que me cayera mejor en apenas cinco minutos.

A Lucía la cogió en volandas y le hizo varios comentarios sobre lo bonita y mayor que estaba.

En cuanto a mí, se acercó y me aseguró que lamentaba muchísimo la pérdida de mi madre, mientras me daba un sincero abrazo. No lo esperaba y las lágrimas de emoción afloraron a mi rostro. No pude contenerlas y le di unas sentidas gracias.

A Beatriz, que me tenía en el punto de mira, no le hizo ni pizca de gracia la escena y miró a su marido con la clara intención de volver a acaparar a su hijo.

Entonces Ignacio decidió intervenir.

—En unos días celebraremos una gran fiesta.

Los comentarios encantados no tardaron en aparecer.

Pero a Hugo no pareció entusiasmarle la idea. En absoluto.

—No hace falta, Ignacio.

—Claro que hace falta —insistió el patriarca.

—De verdad que no. Me sentiría mejor si mi vuelta a casa quedase en eso simplemente.

Beatriz apareció inmediatamente a su lado y le tomó del brazo antes incluso de que terminara de protestar.

—Todo Montealto está deseando celebrarlo. No creo que quieras hacerle ese feo. Te recuerdo que has vuelto a Andalucía, y que aquí se celebra todo, ¿o es que lo has olvidado?

La sonrisa de Hugo se volvió extraña.

Como si no estuviera ya acostumbrado a aquella clase de situaciones.

De todos modos, actuó como si hubiera renunciado a discutir ciertas cosas con su madre.

—Mamá...

—No se diga más. A Ignacio y a mí nos alegra el alma que estés aquí y queremos compartir esa alegría con nuestra gente, hijo. No veo qué puede haber de malo en ello.

Y, dicho aquello, comenzó a conducirlo hacia el interior de la casa prácticamente a rastras.

Ignacio los siguió riéndose.

Los empleados empezaron a dispersarse.

Y yo me quedé observando cómo desaparecían tras la puerta principal.

No sabía exactamente por qué.

Pero tuve la sensación de que la llegada de Hugo iba a poner patas arriba muchas más cosas de las que cualquiera de nosotros imaginaba.

Los días siguientes transcurrieron envueltos en una extraña mezcla de actividad y melancolía. Montealto parecía haberse transformado de repente en una especie de hormiguero. Todo el mundo corría de un lado para otro preparando la gran fiesta que Beatriz había decidido organizar para celebrar el regreso de Hugo. Llegaban flores constantemente, los cocineros no hablaban de otra cosa que del menú y hasta los jardineros parecían trabajar el doble para que no hubiera una sola hoja fuera de sitio cuando aparecieran los invitados.

Yo intentaba mantenerme ocupada entre todo aquel movimiento porque, sinceramente, no sabía qué otra cosa hacer.

Cada vez que me quedaba quieta, pensaba en Jaime.

Y ese pensamiento empezaba a doler demasiado.

Al principio me había repetido una y otra vez que existiría alguna explicación. Un problema urgente. Cualquier cosa. Sin embargo, los días seguían pasando y el teléfono continuaba completamente en silencio.

Nada.

Y cuanto más lo pensaba, más difícil me resultaba entenderlo.

Precisamente por eso terminé agradeciendo que Hugo se convirtiera en una especie de entretenimiento involuntario para toda la finca.

La primera vez que apareció por la cocina fue tan inesperada que todos nos quedamos mirándolo como si hubiera entrado un extraterrestre.

Yo estaba ayudando a Irene a preparar varias bandejas cuando escuché una voz detrás de mí.

—Buenos días.

Al girarme, me encontré con Hugo apoyado en el marco de la puerta.

Sonriendo.

Con toda la naturalidad del mundo.

Durante unos segundos nadie reaccionó.

No porque fuera desagradable.

Todo lo contrario.

Era porque aquello no ocurría.

Los miembros de la familia no aparecían por la cocina a charlar.

Lucía sí.

Lucía llevaba haciéndolo toda la vida.

Pero nadie más.

Hugo, sin embargo, entró como si aquello fuera lo más normal del mundo. Saludó a todos de un modo afectuoso. No daba la impresión de estar haciendo un esfuerzo por resultar simpático.

Simplemente era así.

El Hugo que se marchó años atrás de Jerez era una persona más introvertida. Los años en Estados Unidos, lejos de la familia, parecían haberle venido bien, muy bien.

Cuando se marchó, unos minutos después, tras preguntar qué se almorzaría, Sonia fue la primera en romper el silencio.

—Qué tío más guay.

Y la verdad era que todos pensábamos lo mismo.

Lo sorprendente fue descubrir que aquello no era una excepción, pues siguió apareciendo por distintas partes de la finca. A veces entraba en la cocina para tomar café. En otras ocasiones se detenía a hablar con los jardineros o con los trabajadores de las bodegas. Incluso vi a Rodolfo conversando con él durante casi media hora en el despacho de administración mientras revisaban unas facturas.

Poco a poco, todo el servicio empezó a comentarlo.

Esa tarde, mientras ayudaba a colocar centros florales para la fiesta, terminé comentándolo precisamente con Lucía. Estábamos a solas en uno de los salones principales, rodeadas de cajas, cintas decorativas y flores por todas partes, cuando la conversación derivó inevitablemente hacia el recién llegado.

—Tu hermano está revolucionando al personal.

Lucía soltó una carcajada mientras colocaba unas hortensias dentro de un jarrón.

—¿Hugo?

—Sí, no va a ser "el desaparecido".

—Te refieres a "el heredero en paradero desconocido".

—No quiero hablar de él, me hace daño.

—Vale, vale. En fin, que Hugo es un encanto, sí. Me siento una hermana menor mimada, le doy un 11 sobre 10.

Seguimos trabajando unos segundos más antes de que volviera a hablar.

—Me he enterado por mi padre de que Beatriz llevaba bastante tiempo queriéndolo traer de vuelta.

—Eso me lo imagino. Tu madrastra es más tonta que una caída de espaldas y nadie se tragaba que la relación entre ellos estuviera intacta cuando lo cierto es que Hugo no volvía por aquí ni aunque se lo mandara el médico.

Lucía soltó otra risa.

—No, no te haces una idea de lo que ha insistido. Llamadas, correos, propuestas de trabajo, invitaciones, chantaje emocional... Esa arpía ha probado absolutamente todo.

—¿Y cómo lo ha conseguido finalmente? ¿Ha logrado ablandarlo?

Por primera vez, Lucía pareció pensarlo antes de responder.

—Nueva York.

Dejé unas flores sobre la mesa.

—¿Qué pasó exactamente?

—La empresa donde trabajaba.

Yo sabía que Hugo había hecho carrera en Estados Unidos y poco más.

—Pensaba que era director general.

—Lo era. CEO de una firma financiera enorme.

—Entonces no entiendo nada.

Lucía dejó el jarrón y se sentó sobre el borde de una mesa.

—Por lo visto, el fundador de la empresa llevaba años manipulando balances y ocultando pérdidas millonarias. Utilizaba sociedades pantalla, movía dinero entre fondos y maquillaba las cuentas para que pareciera que todo funcionaba perfectamente.

Me quedé mirándola.

—Hasta que la ha pifiado a lo grande.

Lucía asintió.

—Cuando las autoridades empezaron a investigar, todo explotó por los aires. La empresa terminó hundiéndose y hubo juicios por todas partes.

—¿Y Hugo?

—No tuvo nada que ver. De hecho, colaboró desde el principio con la investigación. Pero cuando una empresa así cae, cae para todos.

Lo que me contaba tenía bastante sentido.

—Y entonces Beatriz jugó sus cartas.

—Exacto. Llevaba años esperando una oportunidad. Cuando vio que Hugo estaba libre, sin un proyecto inmediato y algo cansado de todo aquello, decidió que era el momento perfecto para recuperarlo.

Me acerqué a una de las ventanas.

Desde allí podía verse parte de los jardines donde estaban montando la enorme carpa para la fiesta. Todo Montealto parecía girar alrededor de Hugo aquellos días.

Y, sin embargo, la persona en la que yo seguía pensando era otra.

Porque mientras llegaban flores y preparativos, Jaime continuaba desaparecido. Cada mañana me despertaba esperando encontrar alguna explicación. Cada noche me acostaba sin haber recibido ninguna.

Y por mucho que intentara convencerme de lo contrario, empezaba a tener la sensación de que aquel silencio estaba diciendo más cosas que cualquier conversación.

Capítulo 12



La noche de la fiesta llegó mucho antes de lo que me habría gustado.

Llevábamos días preparándola y, aun así, cuando aquella tarde terminé de colocar las últimas bandejas junto al equipo de catering, tuve la sensación de que todo había ocurrido de repente.

Montealto parecía otro lugar.

Los jardines, que normalmente ya eran impresionantes, se habían transformado en algo digno de una miniserie. La enorme carpa blanca ocupaba buena parte de la explanada principal y estaba iluminada por cientos de pequeñas luces cálidas que colgaban entre los árboles. Habían colocado arreglos florales por todas partes, centros de mesa espectaculares y una iluminación cuidadosamente diseñada para que cada rincón pareciera sacado de una película.

Incluso las fuentes estaban iluminadas.

Y los viñedos que rodeaban la finca aparecían bañados por una luz suave que convertía el paisaje en algo casi mágico.

Mientras ayudaba a revisar una de las mesas de aperitivos, no pude evitar mirar varias veces hacia la entrada principal.

Buscándolo.

Aunque sabía perfectamente que era inútil.

Porque Jaime seguía sin aparecer.

Y lo peor era que ya ni siquiera sabía qué pensar.

Si estaba enfadado.

Si estaba evitándome.

Si realmente había decidido desaparecer de mi vida.

O si, simplemente, estaba permitiendo que su madre ganara aquella batalla.

Fuera cual fuera la respuesta, empezaba a doler demasiado.

—Como sigas mirando hacia la entrada, vas a hacerle un agujero a la puerta.

La voz de Lucía me sacó de mis pensamientos.

Me giré.

Y durante unos segundos olvidé completamente cualquier otra preocupación.

—Cielo santo, cariño, qué bonita estás.

Lucía sonrió.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

Aquello arrancó una carcajada de su garganta.

Estaba espectacular.

Llevaba un vestido largo de color azul noche que realzaba todavía más sus ojos claros. El tejido caía con elegancia sobre su figura y el cabello rubio aparecía recogido parcialmente en un peinado sofisticado que dejaba varios mechones sueltos alrededor del rostro.

Parecía una princesa.

Lucía giró sobre sí misma con teatralidad.

—¿Crees que Jacobo sobrevivirá?

—No.

—Yo tampoco.

—Aunque reconozco que el pobre hombre lleva años entrenando para esto.

—Eso también es verdad.

Las dos nos echamos a reír.

Fue entonces cuando mi mirada se desplazó hacia el interior de la carpa.

Y comprendí que aquella noche iba a ser uno de los acontecimientos sociales más importantes que Montealto había organizado en años.

Prácticamente toda la élite de Jerez estaba allí.

Empresarios.

Bodegueros.

Propietarios de fincas.

Abogados.

Políticos.

Familias conocidas de toda la provincia.

El murmullo constante de las conversaciones llenaba el ambiente mientras los camareros comenzaban a circular entre los invitados con bandejas de champán y aperitivos.

Los hombres lucían impecables.

Muchos llevaban esmoquin negro, aunque varios de los más jóvenes habían optado por versiones blancas que resultaban especialmente elegantes bajo la iluminación de la carpa.

Jacobo era uno de ellos.

Alto, atractivo y perfectamente peinado, parecía sacado de una campaña publicitaria de relojes caros. Lucía lo observó durante unos segundos y después fingió aburrimiento.

—No está mal, mi chico, ¿eh?

—Ve hacia él, que aquí hay mucha lagarta que te lo intentará robar.

—¿Y crees que alguna lo conseguirá?

—Desde luego que no…

—Pues entonces.

—*Es lo que tienen las guapas*, como canta Alejandro Sanz.

—Lo dices como si tú no lo fueras, Aitana.

—Vas a compararme contigo… Estoy monísima con la mierda de cofia esta que Beatriz nos hace ponernos como parte del uniforme.

—Es lo que tienen las madrastras crueles de cuento, sí. Que no tratan bien a nadie…

—Mal rayo la partiera. Perdona, que se me ha escapado.

—¿Qué tengo que perdonarte exactamente? Porque lo iba a decir yo misma. Me lo has quitado de la boca, ladronzuela.

—Sí, tú dale ideas a Beatriz para que me eche de aquí.

—Que tu contrato está blindado, tonta, como el de los futbolistas.

—Sí, y vengo a cobrar más o menos lo mismo.

—Eso no, vale, pero que está blindado, lo está. Te lo aseguro. Mi padre sabe que no le perdonaría que permitiera que Beatriz te echase.

—Qué buena eres conmigo, Lucía.

—Y tú qué tonta, si piensas que tienes que agradecérmelo. Somos amigas, amigas de verdad.

Muy cerca de Jacobo se encontraba Hugo.

Y entendí inmediatamente por qué acaparaba todas las miradas femeninas.

El esmoquin blanco resaltaba el tono bronceado de su piel y la seguridad tranquila que transmitía resultaba casi magnética. Sin embargo, seguía existiendo algo contenido en él. Una especie de distancia que aparecía incluso cuando sonreía.

No parecía desear alejarse de allí.

Pero tampoco parecía disfrutar especialmente siendo el centro de atención.

—Le están presentando a media Andalucía —murmuré.

—Y está deseando escapar.

—Eso parece.

—Porque es inteligente, aunque no lo suficiente para haberse mantenido lejos de su madre más tiempo.

Lucía tomó una copa de una bandeja cercana.

Mi mirada buscó automáticamente a Beatriz.

No tardé en encontrarla.

Era imposible no hacerlo.

Vestida con un elegante traje de noche color burdeos, se movía entre los invitados como una reina supervisando su reino. Saludaba, sonreía y recibía felicitaciones por la vuelta de Hugo con una satisfacción que en absoluto intentaba ocultar.

Entonces sus ojos encontraron los míos.

Solo fue un segundo.

Un instante.

Pero bastó.

La sonrisa desapareció.

Y aquella mirada fría, afilada y cargada de advertencias regresó exactamente igual que la noche que había irrumpido en mi habitación.

Después continuó caminando.

Como si nada hubiera ocurrido.

Como si yo ni siquiera existiera.

Noté cómo se me encogía ligeramente el estómago.

—Ni caso.

La voz de Lucía llegó inmediatamente.

—Lo intento.

—No. Lo haces porque te estás viniendo abajo y te vas a terminar consumiendo.

Sus palabras me hicieron sonreír.

Porque Lucía siempre tenía aquella habilidad.

La de impedir que me hundiera demasiado.

Mientras tanto, los invitados continuaban llegando y la carpa comenzaba a llenarse por completo.

Fue entonces cuando Lucía me reveló lo que ocurriría.

—Por cierto, aún no sabes la mejor parte.

—¿Cuál?

—Mi padre va a anunciar una nueva línea de vinos.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿Y tiene algo que ver con Hugo?

Lucía sonrió.

—Todo. La idea ha sido de la pamplinosa de su madre.

Se acercó un poco más.

—La nueva colección se llamará Renacer.

—Bonito nombre.

—La idea es lanzar una gama prémium inspirada en las grandes bodegas internacionales. Mi padre llevaba años trabajándola en secreto y ha decidido presentarla aprovechando el regreso de Hugo.

—Tiene sentido. Mi madre siempre decía que Ignacio no da puntada sin hilo.

—Es cierto. Quiere que sea el símbolo de una nueva etapa.

Y por alguna razón pensé inmediatamente en Jaime.

En el enorme vacío que había dejado.

En su silla vacía aquella noche.

Porque, por muy impresionante que fuera la fiesta, por muy espectacular que resultara la presentación o por muy elegante que pareciera todo el mundo, había una ausencia imposible de ignorar.

Al menos para mí.

La música descendió poco a poco de volumen cuando Ignacio avanzó hacia la pequeña plataforma situada en el centro de la carpa.

Las conversaciones fueron apagándose hasta convertirse en un murmullo casi inexistente. Los invitados ocuparon sus lugares, los camareros dejaron de circular por unos instantes y todas las miradas comenzaron a dirigirse hacia el propietario de Montealto.

Yo permanecía cerca de una de las mesas del catering junto a Sonia, observando la escena desde cierta distancia.

Ignacio sonreía.

Se le veía feliz.

Orgulloso.

Aquella noche era importante para él.

Quizás más de lo que muchos imaginaban.

Y durante unos segundos conseguí olvidarme de todo lo demás.

De Jaime.

De Beatriz.

De las amenazas.

De las semanas horribles que acababa de vivir.

Solo durante unos segundos.

Porque entonces ocurrió.

Justo cuando Ignacio abrió la boca para comenzar a hablar, el sonido de un motor atravesó el silencio.

Todo el mundo giró la cabeza automáticamente.

La verja principal acababa de abrirse.

Un coche oscuro avanzó por el camino iluminado que conducía hasta la carpa y terminó deteniéndose a pocos metros de los invitados.

La extrañeza se extendió por el jardín.

Algunos comenzaron a murmurar.

Otros intercambiaron miradas.

Y yo sentí una sacudida extraña en el pecho.

Una sensación que no supe identificar hasta que la puerta del conductor se abrió.

Después ya no fui capaz de pensar.

Porque era Jaime.

Durante un segundo completo creí que estaba imaginándolo.

Mi corazón dio un vuelco tan fuerte que me mareé.

Habían pasado demasiados días.

Demasiadas noches.

Demasiadas preguntas sin respuesta.

Y allí estaba.

Con un esmoquin blanco impecable.

Más guapo que nunca.

Más lejano que nunca.

Sin darme cuenta avancé varios pasos.

No fui consciente de ello hasta después.

Solo sé que me moví.

Porque necesitaba verlo mejor.

Porque necesitaba comprobar que era real.

Y no fui la única.

Beatriz prácticamente salió disparada hacia él.

La sonrisa que apareció en su rostro fue inmediata.

Desbordante.

Casi histérica.

Sin embargo, en su precipitación no calculó bien la distancia.

O quizás simplemente no me vio.

Porque chocó conmigo.

Todo ocurrió en una fracción de segundo.

Noté el golpe.

Perdí el equilibrio.

Ella también.

Y la siguiente imagen que recuerdo es a Beatriz en el suelo.

Con el vestido de alta costura manchado de tierra.

Delante de toda la élite de Jerez.

El silencio que se extendió por el jardín fue absoluto.

Sepulcral.

Nadie respiraba.

Nadie se movía.

Durante unos instantes nadie pareció comprender qué acababa de pasar.

Beatriz sí.

Porque se levantó casi inmediatamente.

Y cuando lo hizo, la expresión de su cara era la de una persona a punto de explotar.

—¡¿Pero tú eres idiota?!

El grito resonó por toda la carpa.

Varios invitados dieron un respingo.

Otros bajaron la vista.

Yo me quedé muda.

—¡¿No ves por dónde caminas?!

Lo suyo ya no era enfado.

Era humillación.

Rabia.

Y algo más.

Algo que llevaba demasiado tiempo acumulándose.

—¡Siempre igual!

Sus ojos brillaban.

Y por primera vez tuve la sensación de que estaba perdiendo completamente el control.

—¡Siempre estorbando! ¡Siempre en medio! ¡Siempre sin saber cuál es tu lugar!

Noté que me ardían las mejillas.

No porque me cogiera de sorpresa que me hablara así.

Sino porque había cientos de personas observándonos.

Porque estaba convirtiéndome en un espectáculo.

Porque me sentía pequeña.

Ridículamente pequeña.

Ignacio dio un paso hacia ella.

Pero no llegó.

Porque Hugo intervino primero.

Y lo hizo con una tranquilidad que resultó casi admirable.

—Mamá. Ya está bien, ¿no te parece? Ha sido un accidente. Aitana no se merece que le hables así. Es una persona leal a la familia desde su nacimiento. Se acabó.

Nada más.

Sin levantar la voz.

Sin dramatismo.

Sin tensión.

Simplemente unas palabras que yo no esperaba.

Beatriz se volvió hacia él.

—Hijo, no quiero discutir contigo. Pero tengo mis razones para…

—Pues guárdatelas para ti. Porque no vamos a montar un circo aquí.

Su objetivo era calmar a Beatriz.

Y, sorprendentemente, parecía estar funcionando.

Hugo le tomó el brazo.

—Ven.

—Hugo...

—Ven conmigo.

Hugo se la llevó.

Y entonces volví a mirar hacia Jaime.

Y vi algo que me destrozó.

La puerta del acompañante acababa de abrirse.

Y Patricia descendía del coche.

Elegante.

Perfecta.

Con una sonrisa suave.

Como si perteneciera exactamente a aquel lugar.

Como si llevara allí toda la vida.

Sentí que algo se rompía dentro de mí.

No físicamente.

Mucho peor.

Porque de repente todo encajó.

Los días desaparecido.

Las llamadas que nunca llegaron.

El silencio.

La distancia.

Todo.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí allí.

Quizás unos segundos.

Quizás más.

Solo recuerdo que me di la vuelta.

Y empecé a caminar.

Después a correr.

Y que terminé refugiándome en la cocina.

Porque era el único lugar donde quería estar.

El único lugar donde todavía me sentía segura.

Cuando Irene me encontró ya estaba llorando.

No pude evitarlo.

Ni siquiera lo intenté.

Ella no hizo preguntas.

No al principio.

Simplemente me abrazó.

Y me dejó llorar.

Como había hecho tantas veces cuando era pequeña.

Como había hecho mi madre antes que ella.

No sé cuánto tiempo pasó.

Quizás diez minutos.

Quizás quince.

Hasta que la puerta volvió a abrirse.

Y apareció Lucía.

La expresión de su rostro fue suficiente para que supiera que algo iba todavía peor.

Muchísimo peor.

—Aitana...

Su voz sonó rota.

Me limpié las lágrimas.

—¿Qué pasa?

Lucía permaneció sin saber qué decir unos segundos.

Como si buscara las palabras adecuadas.

Como si deseara no tener que pronunciarlas.

Y entonces comprendí que lo mío no era una sospecha.

Era una certeza.

—Mi padre me acaba de decir que hay más cosas que anunciar esta noche.

El miedo volvió a instalarse en mi pecho.

—¿Qué cosas?

Lucía bajó la mirada.

Y aquello me bastó.

Porque ya lo sabía.

Antes incluso de que hablara.

Antes incluso de escuchar las palabras.

Ya lo sabía.

Noté cómo se me cerraba la garganta.

—Lucía...

—Lo siento.

Su voz se quebró.

—De verdad que lo siento.

Durante unos segundos ninguna fue capaz de hablar.

Hasta que finalmente pronunció la frase.

La frase que terminó de romperme.

—Después de la presentación de la nueva línea de vinos... van a anunciar el compromiso de Jaime y Patricia.

La cocina quedó completamente en silencio.

Y por primera vez en muchos años sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

Capítulo 13



Me desperté convencida de que todo había sido una pesadilla.

Durante unos segundos permanecí quieta, observando el techo de mi habitación mientras intentaba recordar por qué tenía aquella sensación de angustia clavada en el pecho. La luz de la mañana se filtraba por las cortinas y todo parecía demasiado normal. El silencio de la casa era el de cualquier otro día. Los pájaros seguían cantando en los jardines. Algún trabajador ya debía de estar recorriendo los viñedos. Montealto seguía en su sitio.

Y durante un instante ridículo, muy ridículo, seguí pensando que quizás había soñado todo lo ocurrido la noche anterior.

Que Jaime no había aparecido con Patricia.

Que no había existido ningún anuncio.

Que Lucía no había entrado en la cocina con aquella cara de funeral.

Que el compromiso no era real.

Después me incorporé lentamente.

Y vi el uniforme doblado sobre la silla.

Vi las flores que habían sobrado de la fiesta.

Vi las marcas del maquillaje que había intentado limpiar antes de acostarme.

Y recordé.

Todo.

El peso regresó de golpe.

Me dejé caer otra vez sobre la almohada y cerré los ojos.

Ni siquiera había presenciado el anuncio.

Pasé el resto de la noche refugiada en la cocina junto a Irene, limpiando, recogiendo y fingiendo que tenía algo útil que hacer. Mientras tanto, fuera, Ignacio había presentado la nueva línea de vinos. Los invitados habían brindado. Los fotógrafos habrían hecho fotografías. Y, en algún momento, delante de todo el mundo, Jaime y Patricia se habían convertido oficialmente en una pareja prometida.

La sola idea me revolvía el estómago.

La mañana transcurrió despacio.

Demasiado despacio.

Intenté trabajar. De verdad que lo intenté. Pero apenas era capaz de concentrarme. Me equivocaba constantemente, olvidaba cosas sencillas y tenía la sensación de estar caminando dentro de una niebla espesa.

Al mediodía salí de la casa para llevar unas cajas al almacén.

Necesitaba aire.

Necesitaba alejarme un poco de todo.

Y fue entonces cuando lo vi.

Estaba esperándome.

No apareció por casualidad.

No me encontró por accidente.

Me estaba esperando.

Sentí que el corazón daba un salto tan brusco que casi me hizo daño.

Durante una fracción de segundo quise correr hacia él.

Durante otra, quise salir corriendo en dirección contraria.

Al final hice lo único que me permitió el orgullo.

Seguí caminando.

Como si no existiera.

—Aitana.

Su voz me alcanzó inmediatamente.

No respondí.

—Aitana, por favor.

Continué avanzando.

Entonces noté sus dedos cerrándose alrededor de mi muñeca.

Me giré tan rápido que incluso él pareció sorprenderse.

—Suéltame.

—Necesito hablar contigo.

—Y yo necesito que me sueltes.

Intentó acercarse.

No se lo permití.

—Te lo digo completamente en serio. Si no me sueltas ahora mismo, te voy a cruzar la cara.

Mi amenaza consiguió que aflojara la presión.

No del todo.

Pero sí lo suficiente.

Nos quedamos observándonos unos segundos.

Y fue horrible.

Porque seguía siendo Jaime.

Seguía siendo el hombre del que me enamoré como una pipiola.

Y al mismo tiempo parecía un desconocido.

—Cinco minutos.

—No.

—Aitana.

—Vete con Patricia.

El golpe fue evidente.

Lo vi en su cara.

Pero no me produjo ninguna satisfacción.

Porque yo también estaba sufriendo.

—Por favor.

Su voz sonó cansada.

Bastante.

Y aquello terminó siendo peor que si hubiera sonado arrogante.

Finalmente lo seguí.

No porque quisiera escucharle.

No porque estuviera preparada para perdonarlo.

Sino porque necesitaba respuestas.

Necesitaba entender cómo habíamos pasado de Asturias a aquello.

Terminamos detrás de las bodegas, junto a una antigua construcción de piedra donde nadie podía escucharnos.

Durante unos segundos ninguno habló.

Yo fui la primera en romper el silencio.

—¿Cuánto tiempo?

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—Patricia.

Mi voz salió más fría de lo que esperaba.

—¿Cuánto tiempo llevabas con ella?

—Nunca he estado con ella hasta ahora.

Solté una carcajada amarga.

—¿Y pretendes que me lo crea?

—Es la verdad.

—Dime cuánto tiempo llevas engañándonos a las dos.

—Te juro que te equivocas.

Negué con la cabeza.

—¿Sabes qué es lo peor?

No esperé respuesta.

—Que intenté justificarte.

Me señalé el pecho.

—Intenté convencerme de que existía una explicación razonable. Pensé que estarías ocupado. Pensé que habría ocurrido algo. Pensé que, en algún momento, sonaría el teléfono.

Mi voz empezó a temblar.

—Y nunca llamaste. Normal. Si estabas la mar de entretenido jugando a los compromisos.

Jaime bajó la mirada.

—Mi madre lo descubrió todo, ya lo sabes.

Negó lentamente.

—No sabes hasta dónde llegó.

Entonces me contó lo ocurrido.

Cómo Beatriz había presionado a Ignacio.

Cómo llevaba semanas intentando apartarlo de determinadas decisiones en las bodegas.

Cómo había utilizado la imagen de la familia, los inversores, las relaciones comerciales y el futuro de Montealto como argumentos.

Y cómo, finalmente, había terminado lanzándole un ultimátum.

Mientras hablaba, yo permanecía inmóvil.

Porque una parte de mí sabía perfectamente que Beatriz era capaz de hacerlo.

Era exactamente el tipo de persona que utilizaba el cariño como un arma.

—Me dijo que si seguía contigo acabaría convenciéndolo.

Su voz sonaba derrotada.

—Que terminaría apartándome de las bodegas. Me quedaría sin trabajo y sin el brillante futuro que me espera.

—¿Y?

—Aitana...

—¿Y?

Por primera vez elevé la voz.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Todo.

—No.

Negué con fuerza.

—Tiene que ver contigo.

Aquello lo dejó callado.

Y seguí hablando.

Porque ya no podía parar.

—Tiene que ver con lo que tú elegiste.

Mis lágrimas empezaron a caer.

Pero ya no me importaba.

—Porque al final renunciaste a mí, como era de esperar.

—No es tan sencillo.

—Claro que lo es.

Lo miré directamente.

—¿La amabas de antes?

—No, ya te lo he dicho. No te miento.

—¿La amas ahora?

—Tampoco.

—Entonces sí que es sencillo.

—No entiendes la presión.

Sonreí sin humor.

—Lo que no entiendo es… Déjalo, no mereces ni que malgaste mi tiempo contigo.

El silencio se hizo enorme entre nosotros.

—Aitana, sé que ahora no me crees y que debí decírtelo desde el principio, pero no te cases.

Y entonces pronuncié las palabras que llevaban varios minutos quemándome por dentro.

—Pues entonces no te cases.

Jaime levantó la cabeza.

—¿Qué?

—No te cases.

Di un paso hacia él.

—Fuguémonos.

Por primera vez pareció perder completamente el control de la situación.

—Aitana...

—Lo digo en serio.

Las lágrimas corrían ya libremente.

—Nos fugamos. Hoy. Ahora. A cualquier sitio.

Lo señalé directamente.

—Si me quieres, vámonos de aquí.

Aquello era lo más valiente que había hecho en mi vida.

Y también lo más humillante.

Porque vi la respuesta antes incluso de que hablara.

La vi en sus ojos.

En la duda.

En el miedo.

En todo aquello que pesaba más que yo.

—No puedo.

Dos palabras.

Solo dos.

Pero bastaron.

Retrocedí un paso.

Después otro.

Y de repente todo estuvo claro.

Dolorosamente claro.

—Ya entiendo.

—Aitana...

—No.

Negué despacio.

Ya no lloraba por rabia.

Ni siquiera por tristeza.

Lloraba por decepción.

Y aquella vez no intentó discutirlo.

Porque ambos sabíamos que era verdad.

Porque una persona puede quererte.

Puede quererte muchísimo.

Y aun así no quererte lo suficiente.

Y yo acababa de descubrir cuánto pesaba mi amor frente a Montealto, las bodegas, la familia y el apellido.

Mucho menos de lo que habría deseado.

Capítulo 14

Después de dejar a Jaime junto a las bodegas, seguí caminando sin saber muy bien adónde iba. Necesitaba moverme. Necesitaba sentir que avanzaba hacia algún sitio, aunque fuera mentira. Lo único que tenía claro era que no quería volver todavía a la casa principal. No quería cruzarme con nadie. No quería soportar miradas de pena ni preguntas bienintencionadas.

El camino terminó llevándome hasta una zona de los viñedos donde apenas pasaba gente. Allí las cepas se extendían en largas hileras perfectamente alineadas, y el silencio solo se veía interrumpido por el sonido del viento moviendo las hojas. Normalmente, aquel lugar me transmitía calma. Aquel día, sin embargo, ni siquiera el paisaje conseguía aliviar el nudo que llevaba dentro.

Me apoyé sobre una de las vallas de madera y cerré los ojos unos segundos. La conversación con Jaime seguía repitiéndose una y otra vez dentro de mi cabeza. Su expresión. Sus dudas. Su incapacidad para dar el paso que yo le había pedido.

Sobre todo eso.

Porque podía entender el miedo.

Podía entender la presión.

Lo que no conseguía aceptar era que hubiera elegido vivir sin mí antes que vivir sin Montealto.

—Empiezo a pensar que nadie tiene buenas noticias hoy.

La voz me hizo abrir los ojos.

Al girarme, vi a Hugo acercándose por el camino de tierra con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Ya no llevaba el traje impecable de la fiesta. Había cambiado el esmoquin por una camisa blanca remangada y unos pantalones oscuros mucho más sencillos. Aun así, seguía transmitiendo aquella seguridad tranquila que parecía acompañarlo constantemente.

Intenté recomponerme antes de que llegara hasta donde estaba.

No funcionó demasiado bien.

Porque bastó una mirada para que comprendiera que algo iba mal.

—Creo que es peor de lo que esperaba —comentó cuando llegó a mi altura.

Apoyó los antebrazos sobre la valla y observó los viñedos unos segundos antes de volver la cabeza hacia mí.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Depende.

—¿Tu pena obedece a algo más que a la reacción de mi madre anoche?

La respuesta debió de reflejarse en mi cara.

Porque soltó aire despacio y negó con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba.

Durante unos segundos permanecimos contemplando el paisaje. No había prisa en su forma de estar allí. No parecía alguien que viniera buscando explicaciones por simple curiosidad. Más bien daba la impresión de que estaba intentando entender algo.

Finalmente fue él quien rompió el silencio.

—Por cierto, no hace falta que me des las gracias —murmuró sin ningún tono de reproche.

—¿Sabes que iba a hacerlo?

—Sí. Se intuye en el ambiente. Y no es necesario.

Negó ligeramente con la cabeza y añadió con naturalidad: —No hice nada extraordinario. Mi madre se portó como una auténtica energúmena delante de tropecientas personas y tú no te lo merecías en absoluto. Cualquiera habría intervenido.

—No estoy tan segura.

—Es lo menos que podría hacer. Tu madre siempre fue un pilar fundamental en esta casa, alguien de confianza para nosotros. Aunque solo fuera por eso, ella debería… En fin, qué tontería, eso a la mía se la trae al pairo.

La conversación podría haber terminado ahí. De hecho, durante unos segundos pensé que terminaría ahí. Sin embargo, Hugo siguió observándome con atención, como si estuviera intentando encajar piezas que todavía no terminaban de formar una imagen completa.

—Y ahora, ¿me contarás el resto?

Aquella frase me hizo tensarme.

—¿El qué? —disimulé.

—Lo que te dolió de verdad.

No apartó la mirada de mí mientras hablaba.

—Déjalo, no puedo hablar de ello.

Soltó una breve risa sin humor.

—Ni siquiera lo has intentado.

Bajé la vista.

Porque sabía exactamente a qué se refería.

—¿Por qué te odia mi madre? ¿Tienes algo con mi hermano? Vi cómo miraste hacia Jaime.

Durante unos segundos jugué con una de las tablas de la valla. Pensé en inventar una excusa. Pensé en cambiar de tema. Pensé en decirle que no era asunto suyo.

Pero estaba cansada.

Demasiado cansada.

Y, por alguna razón, sentía que él merecía conocer la verdad.

Así que terminé contándoselo.

Lo hice despacio. Sin dramatismos. Empezando por el principio. Le hablé de Jaime y de mí. De cómo había comenzado todo. De los meses escondiéndonos. De Asturias. De la noche en que Beatriz irrumpió en mi habitación. De las amenazas. Del ultimátum. Y, finalmente, de la conversación que acababa de mantener con su hermano.

Mientras hablaba, Hugo permaneció completamente callado.

No interrumpió una sola vez.

No hizo preguntas.

Simplemente escuchó.

Y cuanto más avanzaba el relato, más evidente resultaba que algo estaba cambiando en él.

Cuando terminé, tardó varios segundos en responder.

—No me lo puedo creer.

Aquella vez sí había rabia en su voz.

Una rabia contenida.

Controlada.

Pero real.

Se apartó de la valla y comenzó a caminar unos pasos por el sendero antes de detenerse de nuevo.

—Bueno, no. Claro que puedo creérmelo.

Se pasó una mano por el cabello y soltó una carcajada amarga.

—Porque es exactamente el tipo de cosa que haría.

—Hugo...

—No.

Negó con firmeza.

—Lo siento, pero no.

Durante unos instantes pareció debatirse consigo mismo. Como si estuviera intentando decidir cuánto contar y cuánto callar.

Al final terminó hablando.

—¿Sabes qué es lo peor?

Esperó a que levantara la vista.

—Que esta historia me resulta demasiado familiar.

La sonrisa que apareció en sus labios fue triste.

De esas que esconden muchas más cosas de las que muestran.

—Porque mi madre lleva toda la vida intentando decidir qué personas son adecuadas para nosotros y cuáles no.

La decisión apareció en su voz de repente.

Clara.

Firme.

Sin espacio para discusiones.

—Déjalo en mis manos. Hablaré con Jaime. No quiero que él cometa el mismo error que cometí yo. No luché lo suficiente por la persona que amaba y lo pagué caro. Muy caro.

—Pero yo no quiero que hagas nada. Tu hermano ya ha tomado una decisión. Y mi orgullo me impide…

—Si mi hermano te ama de verdad, deja de lado ese orgullo, Aitana. Es mi consejo.

—No servirá de nada.

—Eso ya lo veremos.

—Hugo, él ya ha elegido. Se ha quedado con Montealto.

Aquello hizo que me mirara directamente.

—Quizás.

Su respuesta llegó tranquila.

—O quizás ha pasado tanto tiempo escuchando la voz de mi madre que ha terminado confundiéndola con la suya propia.

Durante unos segundos ninguno habló.

El viento volvió a mover las hojas de los viñedos a nuestro alrededor mientras yo intentaba asimilar aquellas palabras.

Entonces él añadió algo más.

Algo que terminó quedándose conmigo.

—Hay personas que creen que el dinero protege de todo.

Bajó la vista un instante antes de continuar.

—Pero el dinero no te abraza cuando estás roto, no construye recuerdos contigo y tampoco se sienta a tu lado cuando las cosas van mal.

Levantó la cabeza.

—Las personas, sí.

Sentí que los ojos volvían a escocerme.

Y quizás él lo notó.

Porque dio un paso hacia mí y me rodeó con los brazos.

Fue un abrazo sencillo.

Sincero.

Sin segundas intenciones.

El abrazo de alguien que entendía perfectamente lo que significaba perder algo importante.

—Gracias —murmuré.

—Todavía no.

Sonrió ligeramente al separarse.

—Primero déjame intentarlo.

Más tarde encontré a Lucía en la biblioteca y le conté toda la conversación. Mientras hablábamos, ella permaneció sentada en uno de los sofás con las piernas recogidas bajo el cuerpo, escuchándome sin interrumpir apenas. Solo cuando terminé opinó.

—Hugo se lo está currando, desde luego que sí. Qué sorpresa. Además, es tío con principios. No creas que todo es bueno.

Una sonrisa divertida apareció en su rostro.

—Cuando cree que algo es injusto, se vuelve absolutamente insoportable.

—¿Insoportable?

—De un modo terrible.

Se echó a reír.

—Y además lleva años enfrentándose a Beatriz. Créeme, si alguien puede intentar hacer entrar en razón a Jaime, a mi padre y al resto del universo, probablemente sea él.

Su certeza consiguió arrancarme una pequeña sonrisa.

La primera sincera en mucho tiempo.

Y aunque seguía sin saber cómo terminaría aquella historia, sentí que no estaba luchando completamente sola.

Capítulo 15



Unos días después, Jaime volvió a buscarme.

Lo hizo a media mañana, en uno de esos momentos en los que la casa parecía moverse por capas: el comedor terminando de recogerse, los proveedores entrando por la zona de servicio, Beatriz merodeando cerca del salón principal con aquella forma suya de supervisarlo todo sin tocar nada y yo intentando atravesar el pasillo con una bandeja de copas sin que se me notara que llevaba días viviendo con el corazón lleno de grietas.

Lo vi antes de que pronunciara mi nombre. Estaba junto a la puerta que daba al patio interior, vestido con un traje oscuro y una expresión seria que me hizo perder el ritmo de los pasos.

—Necesito hablar contigo —murmuró cuando pasé a su lado, lo bastante bajo para que nadie más lo oyera.

Por un segundo, por uno solo, fui idiota.

Volví a ser la Aitana de Asturias, la que había creído en él, la que se había imaginado una vida distinta en mitad de un paisaje verde, lejos de Montealto, lejos de su madre, lejos de todo lo que nos estaba aplastando. Mi cabeza fue más rápida que mi dignidad y pensé que quizás había encontrado valor. Que quizás venía a decirme que no podía seguir adelante con aquello. Que quizás iba a proponerme marcharnos de verdad, aunque fuera una locura. Que quizás la experiencia de Hugo le había abierto los ojos.

Después vi a Beatriz al fondo del pasillo.

—Ahora no —le respondí sin detenerme demasiado—. Tu madre anda por ahí, y no pienso propiciar que me ponga el carnet del paro en el bolso.

Jaime apretó los labios, miró en la misma dirección y asintió apenas, aunque sus ojos siguieron clavados en mí con una insistencia que me dejó las piernas flojas.

—Búscame en un rato, ella saldrá.

Continué caminando hacia la cocina con la bandeja entre las manos y la sensación de que acababa de abrirse una puerta que llevaba días cerrada a cal y canto.

Sonia me vio entrar y no necesitó más de dos segundos para adivinarlo.

—Ay, madre, qué rara vienes —comentó, dejando un paño sobre la encimera.

—Es que Jaime quiere hablarme de algo. Y parece importante —Ya te veo con la maleta en la mano y huyendo por la carretera como una protagonista de una peli de sobremesa de Antena 3.

Intenté hacerme la ofendida, pero me salió fatal.

—No digas tonterías.

—Tonterías dice. Te acaba de mirar Jaime y has entrado aquí con cara de "me largo a Asturias a criar caballos y a vivir del amor".

—No tengo esa cara.

—Tienes exactamente esa cara.

Debería haberme reído más. Debería haberle seguido la broma con algo mío, algo rápido, algo de lo que solía salir de mí sin esfuerzo antes de que todo se torciera. Pero la esperanza me daba miedo. Muchísimo. Era peor que el dolor, porque el dolor al menos ya lo conocía. La esperanza, en cambio, podía volver a dejarme tirada en el suelo.

Esperé casi una hora.

Una hora eterna.

Cuando vi a Beatriz salir de la casa acompañada de Rodolfo, con instrucciones para no sé qué asunto de las bodegas, supe que aquella era la única oportunidad. Dejé lo que estaba haciendo con una excusa pobre, tan pobre que Irene ni siquiera fingió creérsela, y subí por la escalera secundaria hacia la zona de los dormitorios con el corazón golpeándome tan fuerte que me parecía imposible que nadie lo oyera.

Jaime me esperaba en mi habitación.

Eso me detuvo en seco al abrir la puerta.

Durante un instante me pareció una imagen de otra vida: él allí, junto a la ventana, en el mismo espacio donde tantas veces había entrado a escondidas, con el rostro serio y los ojos brillantes. Cerré la puerta despacio, cuidando de no hacer ruido, y antes de que pudiera hablar, él cruzó la distancia entre nosotros y trató de besarme.

Me aparté.

No de forma brusca, pero sí lo suficiente para dejarle claro que ya no tenía permiso para tocarme como si nada hubiera ocurrido.

—No seas bobo, Jaime —dije, intentando que la voz no me temblara—. Me has pedido hablar. Pues habla.

Él se quedó muy quieto. Durante unos segundos pareció dolido, aunque yo ya no sabía distinguir si era dolor verdadero o simple frustración por no obtener lo que esperaba. Bufó y miró hacia la puerta, como si incluso allí dentro siguiera pendiente de que alguien pudiera descubrirnos.

—No puedo renunciar a ti, Aitana. Te aseguro que lo he intentado, pero no puedo.

El aire se me quedó atravesado y la esperanza comenzó a invadirme de pies a cabeza.

Aquellas palabras eran exactamente las que había deseado escuchar.

Exactamente.

Y aun así hubo algo en la forma de decirlas que me puso en alerta.

—Entonces no lo hagas, déjala y vámonos —le respondí, con una calma que me costó muchísimo sostener.

Jaime cerró los ojos un instante, y ahí lo supe. Antes de que añadiera nada. Antes de que siguiera hablando. Lo supe porque su silencio tuvo la forma exacta de una derrota.

—No puedo hacerlo. También lo he intentado, pero no puedo. No puedo renunciar a mi vida entera.

La esperanza se me cayó de las manos.

—Ya…

—Aitana, escúchame. No puedo perderlo todo. No puedo quedarme fuera de Montealto, fuera de las bodegas, fuera de lo único para lo que me he preparado durante años. Mi madre se ha calmado con el compromiso. Ignacio también parece más tranquilo. Patricia... Patricia entiende cómo funciona Montealto. Ella pertenece a mi mundo.

Le miré sin pestañear.

Cada frase era peor que la anterior.

Cada palabra iba arrancando una capa de algo que hasta ese momento me había negado a ver.

—¿Y yo qué entiendo, Jaime?

Él dio un paso hacia mí, como si quisiera recuperar la cercanía que yo le había negado al entrar.

—Tú me entiendes a mí. Siempre me has entendido. Por eso estoy aquí. Porque no puedo dejarte. Porque no quiero dejarte.

La náusea fue lenta.

No llegó de golpe.

Fue subiendo poco a poco mientras mi cabeza empezaba a unir todas las piezas.

—¿Qué me estás proponiendo? Porque te juro que comienzo a no entender nada de lo que me quieres decir, a no ser que pretendas…

Jaime no respondió enseguida. Y, otra vez, su silencio fue más claro que cualquier explicación.

—Podemos seguir viéndonos —dijo al fin, con la voz más baja—. Con cuidado. Sin que nadie lo sepa. Yo me casaré con Patricia, sí, pero eso no cambia lo que siento por ti. No cambia lo que deseo cuando estoy contigo. No cambia el Jaime en el que me conviertes. No cambia cómo vibro a tu lado, cuando te hago mía.

Durante un segundo no pude moverme. Sentí que iba a vomitar. Intenté caminar hacia la puerta, pero los músculos no me respondían.

Le observé como se observa algo que una no reconoce, aunque haya estado delante durante años.

—¿Tu amante? ¿Convertirme en tu amante? ¿Es eso lo que me estás proponiendo? Amante —pronuncié con lentitud.

La palabra salió limpia, fría, casi tranquila.

Jaime apretó la mandíbula.

—No lo digas así.

—¿Cómo quieres que lo diga? ¿Convertirme en la otra? ¿Servicio extra de Montealto? ¿Capricho privado del señorito?

—No eres eso para mí. Nunca lo has sido, Aitana.

—Claro que sí. A mí no me vengas con esas porque, para tu desgracia, te tengo una noticia: soy pobre, pero no idiota.

Me reí, pero no porque tuviera gracia. Me reí porque si no lo hacía, iba a romper algo. En concreto, iba a romperle algo en la cabeza.

—Eso es exactamente lo que me estás pidiendo. No trates de edulcorarlo porque no podrás hacer que suene dulce. Ya te digo que suena de lo más amargo.

—Te estoy diciendo que te quiero, no que seas la otra.

—No. No insultes mi inteligencia.

Aquella vez no temblé.

Ni un poco.

Había tardado mucho en darme cuenta, pero abrí los ojos de golpe. Es lo que tienen ciertos amores que se han fraguado a fuego lento y en los que una no ha prestado atención a las señales. Y eso que señales hubo.

—No me quieres, Jaime. No me quieres, no me has querido nunca y jamás me querrás. Esa es la única verdad.

Su expresión cambió.

—No digas eso. No puedo soportarlo.

—Lo digo porque acabo de entenderlo todo. Y no me vas a callar.

Di un paso atrás, no por miedo, sino porque necesitaba ver su cara completa mientras lo decía.

—No me quieres a mí. Tampoco quieres a Patricia. En realidad, no quieres a nadie. Solo quieres no perder nada. Quieres las bodegas, quieres a tu madre tranquila, quieres a Ignacio orgulloso, quieres una esposa que encaje en las fotos y también quieres una mujer escondida que te haga sentir que eres valiente sin obligarte a serlo. Quieres el cuento completo como si fueras un príncipe azul que merece el más feliz de los finales cuando tu comportamiento es el de un sapo.

Jaime se quedó pálido.

—Eso no es justo.

—No. Lo que no es justo es que hayas venido aquí a ofrecerme las sobras de tu vida y encima esperes que te lo agradezca. No voy a quedarme con las migajas. Que no tenga un apellido con peso no me convierte en una fregona con patas que no puede aspirar a que la quieran.

—Yo nunca te he tratado así.

—Y tampoco me has dado mi sitio. Y mucho menos lo haces ahora.

Los ojos empezaron a arderme, pero no lloré. No todavía. Me dolía demasiado incluso para eso.

—Yo te quería, Jaime. Te quería de verdad. Creí que Asturias significaba algo. Creí que habíamos construido recuerdos, que había algo nuestro, algo limpio, algo que merecía la pena proteger. Y ahora vienes a decirme que me deseas, pero que vas a casarte con otra. ¿Te escuchas? ¿No te das asco? ¿De verdad no te lo das? Porque eso sí que me sorprende.

Él intentó tocarme otra vez.

Le aparté la mano antes de que llegara a rozarme.

—No vuelvas a tocarme. No lo hagas más en lo que te queda de miserable vida o atente a las consecuencias.

La orden lo dejó inmóvil.

Y en aquel instante, por fin, vi la verdad completa. No al hombre que había imaginado, ni al chico que me había besado entre viñedos, ni al hijo presionado por una madre despiadada. Vi a alguien mucho más pequeño. Más cómodo. Más cobarde. Vi al verdadero Jaime.

Más parecido a Beatriz de lo que jamás habría querido admitir.

—Odio el momento en que me enamoré de ti —susurré.

Aquello sí le dolió.

Lo vi.

Y no me importó lo suficiente.

—Porque si no lo hubiera hecho, ahora mismo no me estaría dando tanta vergüenza haber creído que tú eras distinto.

Abrí la puerta y me aparté para que saliera.

Jaime permaneció unos segundos sin moverse, como si esperara que yo retirara aquellas palabras, que suavizara el golpe, que le dejara una rendija por la que colarse de nuevo.

No lo hice.

—Vete —dije.

Y aquella vez obedeció.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, no lloré de inmediato. Me quedé en mitad de la habitación, con las manos heladas y el pecho lleno de una calma espantosa, comprendiendo que acababa de perder algo mucho peor que una historia de amor.

Acababa de perder la versión de mí misma que todavía creía que Jaime podía salvarla de todo aquello.

Capítulo 16



Habían pasado unos días desde mi conversación con Jaime.

Unos días en los que apenas nos cruzamos por la finca y en los que yo hice auténticos esfuerzos por mantenerme ocupada.

Montealto seguía funcionando con la precisión de siempre, pero el ambiente era distinto.

Ignacio y Beatriz estaban fuera de España, inmersos en un viaje comercial por Argentina y Chile, donde las bodegas Montealto estaban negociando una importante alianza de distribución con varias casas vinícolas y participando en una feria internacional del vino en Mendoza, una de las regiones vitivinícolas más prestigiosas del continente.

La ausencia de ambos había relajado un poco el ambiente en la casa.

Al menos para mí.

No tener a Beatriz vigilando cada paso que daba era un descanso inesperado. Incluso Lucía parecía más tranquila. Aquella mañana había bajado a la cocina descalza, con unos pantalones deportivos y una coleta improvisada, robando una tostada antes de que Irene pudiera regañarla y haciéndonos reír a todos con una imitación bastante lograda de su madrastra supervisando a los jardineros.

—"Ese geranio está tres centímetros desplazado hacia la izquierda. Así no durarás aquí. Otro mes que no cobras." —dijo exagerando la voz.

Sonia casi escupió el café de la risa.

Yo también terminé a carcajadas.

Hacía días que no me reía así.

Después del desayuno cada una volvió a sus tareas. Irene revisaba unas listas para la despensa, Sonia ayudaba en el comedor principal y yo acompañé a Lucía hasta el salón porque quería enseñarme unos bocetos para una futura etiqueta de vinos que estaba diseñando con uno de los departamentos de marketing.

Nos sentamos junto a los enormes ventanales que daban a los jardines. El sol entraba con fuerza y el ambiente resultaba agradable. Lucía hablaba deprisa, moviendo las manos mientras me enseñaba varios diseños. Era de lo más pizpireta.

—Este parece de perfume de spot publicitario con tío bueno incluido.

Pasó la hoja.

—Este parece una botella de aceite. Tampoco.

Pasó otra.

—Y este parece que lo ha dibujado un niño de cinco años. Ni en broma.

Me eché a reír.

—Eres la peor crítica artística del planeta.

—Soy sincera, no hay más.

Seguimos comentando ideas durante unos minutos más. Ni que yo tuviera que ver con su mundo, pero me encantaba que a veces me involucrase en él, pues en esos momentos soñaba despierta.

Hasta que dejó de hablar.

Fue algo tan repentino que tardé unos segundos en darme cuenta.

Lucía se quedó completamente quieta.

La sonrisa desapareció de su cara.

Pensé que estaba escuchando algún ruido.

—¿Lucía?

No respondió.

Sus ojos parecían perdidos en algún punto del salón.

La carpeta cayó al suelo.

Y un segundo después todo ocurrió demasiado deprisa.

Su cuerpo empezó a temblar de forma brusca antes de desplomarse sobre la alfombra.

El golpe resonó en toda la estancia.

Yo me quedé paralizada.

No entendía nada.

Jamás había visto algo parecido.

—¡Lucía!

Me lancé hacia ella completamente aterrada.

Su cuerpo seguía moviéndose de forma involuntaria y sus brazos se contraían con fuerza mientras su respiración sonaba extraña.

Sentí que el pánico me bloqueaba.

No sabía qué hacer.

No sabía cómo ayudarla.

Solo sabía que la situación era dantesca.

—¡Ayuda! —grité con todas mis fuerzas.

Mi propio grito me sorprendió.

—¡Por favor! ¡Que venga alguien!

Volví a gritar todavía más fuerte.

La casa entera pareció despertar de golpe.

Escuché pasos corriendo por el pasillo.

Puertas abriéndose.

Voces.

Y apenas unos segundos después apareció Hugo.

Entró prácticamente corriendo en el salón y solo necesitó una mirada para comprender que la situación era grave.

Se arrodilló inmediatamente junto a ella mientras mantenía una calma que contrastaba por completo con el caos que había a nuestro alrededor.

—Aitana, escúchame.

Su voz era firme.

Segura.

Aquello consiguió que reaccionara.

—Llama a una ambulancia. Ahora mismo.

Asentí sin ser capaz de hablar.

Las manos me temblaban tanto que casi dejé caer el teléfono dos veces antes de conseguir marcar.

Mientras explicaba atropelladamente lo que estaba ocurriendo, veía a Hugo junto a Lucía intentando mantener la situación bajo control, hablándole aunque ella no pareciera escucharle y vigilando constantemente su respiración.

Él retiró una silla que podía golpearla y colocó su americana doblada bajo su cabeza mientras miraba el reloj.

Cuando los espasmos comenzaron a disminuir, la giró cuidadosamente sobre un costado y comprobó que seguía respirando antes de acariciarle el pelo con una mezcla de serenidad y angustia.

Irene llegó pocos segundos después completamente pálida.

Sonia rompió a llorar nada más entrar.

Rodolfo apareció detrás de ellas intentando mantener la serenidad.

Todo era un desastre.

El operador del servicio de emergencias me hizo varias preguntas que apenas fui capaz de responder.

Dije la dirección.

Expliqué que estaba convulsionando.

Que era la primera vez que ocurría.

Que necesitábamos ayuda urgente.

Cuando colgué, las piernas empezaron a fallarme.

Tuve que apoyarme contra una pared para no caerme.

Nunca había sentido tanto miedo.

Los minutos siguientes parecieron eternos.

Nadie hablaba más de lo imprescindible.

Solo se escuchaba la respiración entrecortada de Sonia, las indicaciones tranquilas de Hugo y, unos minutos después, el sonido lejano de una sirena que fue acercándose poco a poco hasta detenerse frente a la casa.

Los sanitarios entraron rápidamente y comenzaron a atender a Lucía con una eficacia que imponía respeto. Hicieron preguntas, tomaron constantes y prepararon el traslado mientras nosotros observábamos desde un lado sin atrevernos siquiera a estorbar.

Cuando finalmente la colocaron sobre la camilla, Hugo caminó junto a ella sin separarse ni un instante.

Antes de subir a la ambulancia, giró la cabeza hacia mí.

—Vienes conmigo.

No era una pregunta.

Asentí inmediatamente.

Subimos los dos a su coche mientras la ambulancia arrancaba con Lucía a bordo rumbo al hospital más cercano.

El trayecto fue espeluznante.

Ninguno de los dos hablaba.

El miedo llenaba todo el espacio.

Cuando llegamos al hospital, varios profesionales esperaban ya en la entrada de Urgencias y trasladaron a Lucía con rapidez hacia el interior.

Intentamos seguirla.

No nos dejaron.

La puerta automática se cerró delante de nosotros y, de repente, todo quedó en silencio.

Nos sentamos en la sala de espera sin mirarnos siquiera.

Alrededor seguía habiendo movimiento, enfermeros entrando y saliendo, familiares hablando en voz baja y teléfonos sonando a lo lejos.

Sin embargo, para mí el tiempo parecía haberse detenido.

Y mientras observaba aquella puerta cerrada, solo podía repetir una misma idea una y otra vez.

Que, por favor, no le pasara nada.

Que, por favor, todo hubiera sido solo un susto.

La sala de espera parecía haberse quedado suspendida en el tiempo.

No sabía cuánto llevábamos allí sentados. Quizás una hora. Quizás dos. En los hospitales el reloj siempre parecía avanzar de otra manera, mezclando el sonido de los monitores lejanos con el de las puertas automáticas y las conversaciones en voz baja de familias que esperaban noticias igual que nosotros.

Hugo permanecía sentado a mi lado con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos entrelazadas. Desde que habíamos llegado, apenas pronunció unas pocas frases. Sin embargo, transmitía una calma que, de alguna manera, conseguía tranquilizarme incluso a mí.

Cuando por fin apareció un neurólogo acompañado por otra médica, los dos nos levantamos al mismo tiempo.

El doctor nos pidió que nos sentáramos de nuevo antes de empezar a hablar.

—Lo primero es tranquilizaros. Lucía está estable.

Sentí que el aire volvía a entrar en mis pulmones.

El médico continuó explicando que todas las pruebas urgentes realizadas hasta ese momento eran normales y que, por el aspecto inicial del episodio, todo apuntaba a una crisis convulsiva aislada.

—No podemos hablar de epilepsia ni mucho menos —aclaró con calma—. Existen situaciones de estrés intenso, agotamiento físico o determinadas alteraciones metabólicas transitorias que pueden desencadenar una crisis como la que ha sufrido la paciente. Vamos a completar el estudio con más pruebas y hemos decidido dejarla ingresada unos días en observación, pero el pronóstico inicial es tranquilizador.

Hugo formuló varias preguntas con una madurez clara. Quiso saber si existía riesgo inmediato, si podía repetirse aquella misma noche o si, llegado el momento, podría producirse un daño cerebral.

El médico negó una y otra vez.

—Ahora mismo no tenemos ningún dato que indique una enfermedad neurológica, ni siquiera leve. Muchos pacientes sufren este tipo de episodios y no se les vuelven a repetir. Lucía ya está consciente y nos ha comentado que, en los últimos días, ciertas circunstancias familiares la han llevado a sentirse muy nerviosa. Simplemente debemos ser prudentes.

Sabía muy bien a qué se refería. Esa niña siempre sintió mis problemas como propios y, a pesar de que trataba de disimularlo, sufrió mucho viendo el estado psicológico en el que Jaime me dejó. A pesar de ser tan divertida e ingeniosa, también contaba con una sensibilidad extrema.

Cuando por fin nos permitieron verla, Lucía estaba despierta.

Se encontraba muy pálida, todavía desorientada y con una vía puesta en el brazo izquierdo, pero en cuanto nos vio aparecer, consiguió dibujar una sonrisa cansada.

—¿Qué os ha parecido mi forma de lograr que me echarais cuenta?

Aquella broma hizo que a mí se me escapara una risa mezclada con lágrimas.

Hugo se acercó con delicadeza a la cama.

Le acarició el pelo con una sensibilidad que jamás le había visto y permaneció unos segundos sin decir nada.

La preocupación seguía escrita en sus ojos.

Lucía terminó rompiendo el silencio.

—No llames a mi padre, te lo pido por favor.

Hugo levantó la cabeza.

—Lucía...

—Prométemelo.

Su voz seguía siendo débil, pero muy firme.

—No quiero que vuelvan.

Los dos comprendimos inmediatamente a quién se refería en realidad.

No era Ignacio.

Era Beatriz.

Lucía cerró los ojos unos segundos antes de continuar.

—Sé perfectamente lo que hará tu madre. Y siento hablar así de ella, pero cancelará el viaje, montará un espectáculo y convertirá esto en un drama nacional. Paso.

Volvió a abrirlos para mirar directamente a Hugo.

—Y ahora mismo no puedo soportarla. Lo siento.

Él permaneció callado unos instantes.

Después asintió lentamente.

—De acuerdo. Te entiendo perfectamente. Sabes que tampoco la soporto. Te haré caso.

—¿De verdad?

—Asumo yo la responsabilidad.

Le apretó suavemente la mano.

—Si mañana las pruebas siguen bien, ya veremos qué hacemos.

Lucía respiró con algo más de tranquilidad.

Poco después apareció Jacobo, a quien avisamos. La noticia le pilló en Málaga, y regresó todo lo deprisa que pudo.

Entró prácticamente corriendo por el pasillo preguntando por ella antes incluso de llegar a la habitación. Venía alterado y con la americana mal colocada.

Al verla consciente, suspiró.

—Me has quitado diez años de vida.

Lucía sonrió débilmente.

—Otro exagerado.

Jacobo se acercó hasta la cama y le besó la frente en un gesto de lo más tierno.

Hugo observó la escena con una sonrisa pequeña.

Después apoyó una mano sobre el hombro de Jacobo.

—Está bien. Por lo visto, solo se trata de un susto que tu novia nos ha regalado. No hay ninguna razón para temer nada.

Jacobo soltó el aire lentamente.

Parecía necesitar escuchar aquellas palabras.

La tranquilidad apenas duró unos minutos.

Porque entonces volvió a abrirse la puerta.

Y entraron Jaime y Patricia.

Ninguno de nosotros los había avisado. Probablemente alguien de la finca se lo comentó.

Jaime fue el primero en acercarse.

Parecía sinceramente preocupado.

Su mirada recorrió la habitación hasta detenerse un instante en mí.

Yo aparté la mirada de él.

No quería volver a cruzarla.

No todavía.

Patricia caminaba un paso por detrás.

Elegante incluso para acudir a un hospital, con un conjunto claro y un bolso que seguro costaba más que mi sueldo de varios meses.

Cuando pasó junto a mí, apenas inclinó la cabeza a modo de saludo.

Pero sus ojos hablaron por ella.

Fue solo un segundo.

Un gesto mínimo.

Una mirada cargada de superioridad.

De esas que parecen decir que cada persona ocupa el lugar que le corresponde.

Y comprendí inmediatamente que lo sabía.

Sabía que Jaime y yo habíamos sido algo más.

No hizo ningún comentario.

No necesitaba hacerlo.

Aquella mirada bastó.

Noté cómo el estómago volvía a encogerse, aunque esta vez no era tristeza.

Era una mezcla de rabia y dignidad herida.

Por suerte, Hugo se adelantó antes de que nadie pudiera crear una situación incómoda.

Con una naturalidad absoluta comenzó a explicar el diagnóstico provisional a Jaime, restando dramatismo a la situación y desviando la atención hacia las pruebas pendientes y el tiempo que Lucía permanecería ingresada.

Lo hacía con una serenidad admirable, manejando cada conversación con una facilidad sorprendente y consiguiendo que el ambiente volviera poco a poco a la calma.

Mientras lo observaba, no pude evitar pensar que Montealto siempre había creído que el gran heredero era Jaime.

Y, sin embargo, era Hugo quien parecía sostener a toda la familia cuando el suelo empezaba a resquebrajarse bajo sus pies.

Capítulo 17



Esa noche ninguno de los dos quiso marcharse del hospital.

Los médicos habían insistido en que Lucía estaba fuera de peligro, pero ni Hugo ni yo fuimos capaces de alejarnos de allí.

Jacobo, que volvió a Jerez como las balas, tuvo que hacer el camino de vuelta hacia Málaga por motivos laborales inaplazables y urgentes, no sin antes hacernos prometer que le mantendríamos informado todo el tiempo.

Cuando el reloj superó las once, una enfermera terminó apiadándose de nosotros y permitió que permaneciéramos ambos en la habitación mientras no molestáramos.

Lucía dormía profundamente bajo el efecto de la medicación. Su respiración era tranquila y el monitor emitía un sonido constante que, lejos de ponerme nerviosa, terminaba resultando casi reconfortante. Después del miedo que habíamos pasado aquella mañana, escuchar aquel ritmo regular era la mejor noticia del mundo.

Hugo se levantó y apareció al cabo de un rato con una bolsa de papel y dos botellas de agua.

—He encontrado un sándwich que parece comestible y otro que igual hace que nos ingresen también a nosotros. Te dejo elegir.

Aquella tontería consiguió arrancarme una sonrisa.

—Qué caballero.

—Llevo años entrenando para estos momentos.

Nos sentamos junto a la pequeña mesa de la habitación mientras cenábamos en silencio. De vez en cuando, alguno levantaba la vista hacia Lucía para comprobar que seguía durmiendo y después continuábamos comiendo sin demasiadas ganas.

Cuando terminaron las visitas y el hospital empezó a quedarse más tranquilo, apagaron parte de las luces del pasillo. Hugo acercó un pequeño sofá que había junto a la ventana y yo ocupé otro que apenas era más grande que una silla larga. Ninguno estaba preparado para dormir allí, pero los dos estábamos demasiado cansados para protestar.

Recuerdo despertarme varias veces durante la madrugada.

En una ocasión vi a Hugo levantarse para arropar a Lucía porque se había descubierto sin darse cuenta. En otra lo encontré mirando por la ventana del hospital con los brazos cruzados, completamente despierto mientras el resto del edificio parecía dormir.

Y cuando volvió a sentarse, nuestros ojos se encontraron un instante.

Al amanecer, una enfermera entró para llevarse a Lucía, para hacerle varias pruebas complementarias. Entre electroencefalogramas, resonancias y otras exploraciones, nos explicaron que tardarían varias horas en devolverla a la habitación.

En cuanto desapareció por el pasillo, Hugo me miró.

—Ven.

—¿Adónde?

—A desayunar.

—No tengo hambre.

—Yo tampoco. El sándwich de anoche me revolvió el estómago, pero habrá que echarle algo al estómago.

Sonrió ligeramente.

—Creo que en la cafetería, no obstante, nos pondrán algo más decente que lo de la jodida máquina.

Simplemente comenzó a caminar hacia la cafetería del hospital y terminé siguiéndolo.

Nos sentamos junto a una ventana desde la que se veía parte del jardín exterior. El café no es que fuera el mejor del mundo y las tostadas sí eran de mi gusto, pero después de la noche que llevábamos, aquello sabía casi a gloria.

Durante unos minutos ninguno habló demasiado. Yo removía el café una y otra vez mientras observaba distraídamente a la gente entrar y salir del hospital.

Fue Hugo quien rompió el silencio.

—Esta noche no has parado.

Levanté la cabeza.

—¿Perdón?

Él sonrió.

—Has hablado dormida.

Sentí cómo el calor me subía inmediatamente a las mejillas.

—No he hablado dormida. Dime que no es verdad.

—Te lo digo si quieres, pero has hablado.

Tomó un sorbo de café intentando contener la risa.

—Y bastante.

—Mientes.

—Ojalá, menudo discurso que has dado.

Apoyó los codos sobre la mesa.

—Has mencionado varias veces a Jaime.

Quise desaparecer allí mismo.

—Dios mío.

—También has mencionado algo de un caballo, de Asturias y de una tortilla de patatas.

Todo el calor de mi cuerpo, y me temo que un extremo tono rojizo también, se instalaron en mis mejillas.

—No pienso volver a dormir cerca de ti.

—Vaya por Dios…

La sonrisa fue apagándose poco a poco.

Su expresión cambió.

Me observó unos segundos antes de hablar otra vez.

—Te noto muy triste.

Bajé la vista hacia la taza.

No tenía sentido fingir.

—Supongo que es normal.

Él permaneció callado un instante.

—Siento no haber conseguido convencer a Jaime.

Aquellas palabras hicieron que levantara la cabeza.

—¿Llegaste a hablar con él?

Asintió despacio.

—Sí. Y descubrí cosas de mi hermano que preferiría no haber descubierto nunca.

Me quedé esperando.

Él soltó aire lentamente antes de continuar.

—Ha tomado su camino.

No añadió nada más.

Comprendí lo que quería decir.

Me obligué a sonreír.

—Da igual.

Jugueteé con la cucharilla.

—He terminado aceptándolo.

Hugo me observó en silencio.

—He asumido que Jaime nunca me quiso, pero…

No pude terminar la frase.

Porque él me interrumpió con una serenidad que desarmaba.

—Eso no significa que deje de doler.

Nuestros ojos se encontraron.

Y sentí que acababa de resumir exactamente todo lo que llevaba días intentando explicar sin conseguirlo.

—Hay personas que quieren mal.

Continuó hablando con la vista perdida en el ventanal.

—Confunden querer con poseer. O con necesitar. O con sentirse cómodos.

Después volvió a mirarme.

—Pero eso no significa que tú no merezcas otra forma de amor.

No respondí.

Porque el nudo de la garganta volvía a hacerse demasiado grande.

Hugo tomó la taza entre las manos y sonrió con cierta tristeza.

—Estoy muy decepcionado con Jaime.

La frase sonó pesada.

Casi dolorosa.

—No solo por ti.

Guardó silencio unos segundos.

—También porque, después de tantos años fuera, esperaba encontrar a un hermano distinto.

Negó lentamente.

—Y, sin embargo, cada día veo más cosas de mi madre en él.

Aquello me hizo estremecer.

Porque yo también lo había pensado.

Pero jamás me habría atrevido a decirlo en voz alta.

La conversación cambió de rumbo gracias a un comentario inesperado.

—Eso sí.

Hugo sonrió.

—Hay alguien que ha conseguido poner de acuerdo a toda la familia.

Fruncí el ceño.

—¿Quién?

—Patricia.

No pude evitar echarme a reír.

—¿Por qué?

—Porque creo que no le cae bien a nadie, excepto a mi señora madre, claro.

Su comentario terminó rompiendo la tensión.

—Es imposible que una persona pueda caminar con tanta superioridad —añadió y le di la razón.

Los dos terminamos riéndonos con ganas.

Una risa limpia.

Necesaria.

Y durante unos minutos el hospital dejó de parecer un lugar triste.

Cuando regresamos a la planta de neurología, tuvimos que esperar un rato.

Una enfermera apareció poco después con una sonrisa tranquila.

Las pruebas realizadas hasta ese momento habían resultado normales, como nos habían adelantado.

Respiré aliviada.

Hugo también.

Y cuando por fin la instalaron en la habitación y vimos a Lucía protestando porque el desayuno del hospital no llevaba arándanos, comprendí que lo peor ya había pasado.

Capítulo 18



La tarde fue transcurriendo con la tranquilidad creciente de comprobar que Lucía volvía a ser la de siempre. Incluso discutió con una auxiliar porque le habían traído una infusión en lugar de un café, asegurando que aquella bebida tenía el mismo sabor que el agua de un jarrón, y consiguió que toda la habitación terminara riéndose.

Cuando empezaba a anochecer, la puerta volvió a abrirse y apareció Jacobo cargado con su portátil y una bolsa de viaje. Traía el pelo revuelto, la corbata aflojada y cara de haber conducido durante horas desde Málaga sin detenerse apenas más que para repostar.

Nada más verlo, Lucía sonrió.

Una sonrisa enorme.

De esas que iluminaban una habitación.

—¡Has vuelto! Creí que no te vería hasta mañana.

Jacobo dejó la bolsa en el suelo y se acercó a besarle la frente.

—He terminado el trabajo antes de tiempo y he salido disparado.

Después miró a Hugo y a mí.

—Y ahora os vais los dos a casa.

Fruncí el ceño.

—Podemos quedarnos.

—No.

Negó con rotundidad.

—Lleváis aquí dos días casi sin dormir. Me quedo yo esta noche.

Lucía levantó una mano desde la cama.

—Sí, sí. Marchaos.

Nos miró alternativamente y añadió con absoluta solemnidad: —Además, Jacobo y yo vamos a consumar aquí el matrimonio por si al final fallezco.

Durante un segundo nadie reaccionó.

Después me levanté de la silla con una rapidez sorprendente.

—Vas a fallecer del guantazo que te daré si vuelves a decir una barbaridad así. Aquí no se muere nadie. Y menos tú, niñata.

Ella soltó una carcajada.

—Ay, qué carácter.

—No bromees con eso.

—Vale, vale. Me ha quedado claro.

Seguía riéndose.

—Pero reconoce que la cara que has puesto ha sido de traca.

Incluso Hugo terminó sonriendo mientras negaba con la cabeza.

—Definitivamente estás mucho mejor.

Jacobo acarició el pelo de Lucía con una ternura que enternecía.

Verlos juntos transmitía tanta verdad que decidimos dejarlos solos.

Nos despedimos de ambos y salimos del hospital cuando la noche ya había caído sobre la ciudad. El aire resultaba agradable y, después de tantas horas respirando ambiente hospitalario, caminar hasta el aparcamiento me pareció un lujo.

Subimos al coche de Hugo sin hablar demasiado.

Yo seguía mirando por la ventanilla cuando él puso el motor en marcha.

Condujo apenas unos minutos.

Después me miró de reojo.

—¿Tienes hambre?

Negué.

—La verdad es que no mucha.

—Pues yo ahora sí.

Hubo un pequeño silencio.

Y entonces añadió:

—Podríamos cenar algo.

Lo miré divertida.

—No sé si es el mejor momento.

Él sonrió.

—¿Por qué?

—Porque no soy Patricia.

Frunció el ceño.

—Por suerte. Explícate.

Bajé la vista hacia mi ropa.

Llevaba unos vaqueros sencillos, zapatillas deportivas y una sudadera que había cogido de cualquier manera aquella mañana, en una visita rápida que hicimos a Montealto para ducharnos.

—No voy vestida para cenas de esas que salen en las revistas.

Hugo soltó una carcajada.

—Menos mal.

—¿Menos mal?

—Las cenas elegantes son un tostón inaguantable.

Giró el volante en la siguiente rotonda.

—Ahora bien...

Me miró fugazmente.

—¿Te gusta la comida basura?

—Muchísimo.

—Entonces tenemos plan.

Cinco minutos después entrábamos en el aparcamiento de un McAuto.

Mientras esperaba el turno, fue pidiéndome la cena entre bromas.

—¿Patatas grandes o gigantescas?

—Gigantescas.

—Bien contestado.

—¿Helado?

—Siempre.

Cuando salimos con las bolsas llenas de hamburguesas, refrescos y patatas, pensé que volveríamos directamente a Montealto.

Me equivocaba.

Hugo condujo unos kilómetros más hasta un camino elevado desde el que se veía buena parte del campo jerezano iluminado por la luna.

Detuvo el coche.

Y, sin decir una palabra, pulsó un botón.

La capota comenzó a recogerse lentamente.

Miré hacia arriba.

El cielo aparecía despejado y miles de estrellas parecían cubrir toda la noche.

Nos quedamos allí, apoyados sobre los asientos, cenando hamburguesas mientras las patatas desaparecían a una velocidad preocupante.

La conversación fue surgiendo sola.

Hablamos de todo y de nada, y hasta terminamos discutiendo cuál era el peor regalo que podían hacerle a Beatriz por Navidad.

—Una cesta de embutidos —opinó él.

—Estoy de acuerdo, la consideraría una ordinariez como otra cualquiera.

—Pues recuérdamelo para que haga las delicias de mi señora madre con una este año.

Las bromas fueron enlazándose unas con otras y, por primera vez en días, me sorprendí riendo sin pensar en Jaime durante varios minutos seguidos.

Y eso me hizo sentir viva.

Cuando terminamos de cenar, Hugo arrancó de nuevo el coche y puso rumbo a Montealto.

El camino transcurrió en silencio, pero era un silencio agradable.

Nada pesado.

Al llegar a la finca permanecimos unos segundos dentro del coche antes de bajar.

Yo miraba los jardines oscuros cuando me volví hacia él.

—Gracias.

Hugo sonrió.

—¿Por la hamburguesa?

—Por todo.

Guardó silencio unos instantes antes de responder.

—Te mereces dejar de pensar en tanta mierda como has tenido alrededor, Aitana.

Sus palabras llegaron con una sencillez desarmante.

—Y también te mereces volver a vivir momentos bonitos.

Noté cómo el calor volvía a subir hasta mis mejillas.

Él pareció darse cuenta y soltó una pequeña risa.

—Además, eres una gran chica.

Bajé la cabeza intentando esconder el rubor.

—Eso habrá que preguntárselo a tu madre.

Hugo levantó la vista hacia la casa principal.

Después volvió a mirarme.

—No.

Sonrió con resignación.

—Si se lo preguntamos a mi madre, probablemente dirá que eres la responsable del cambio climático, de la subida del precio del vino y de la extinción de los dinosaurios. Pero tranquila, que no eres la única. Hace años también me culpaba de todos sus males presentes y futuros.

Solté una carcajada.

Él también empezó a reír.

Y durante unos segundos, bajo aquel cielo lleno de estrellas y con el olor de las patatas fritas todavía dentro del coche, Montealto dejó de parecer un lugar triste.

Capítulo 19

La vuelta de Lucía a Montealto devolvió a la casa una alegría que llevaba días desaparecida. Los médicos insistieron en que debía guardar reposo, dormir más horas de las habituales y olvidarse del estrés hasta completar todas las revisiones pendientes, pero bastó verla bajar la escalera la mañana siguiente, envuelta en una rebeca enorme y protestando porque Irene solo le había dejado tomar una taza de café, para que todos respiráramos un poco más tranquilos.

La normalidad, pensé mientras la observaba discutir con Rodolfo sobre si podía o no salir al jardín, era un regalo que solo aprendíamos a valorar cuando estaba a punto de desaparecer.

Aquella tarde la encontré refugiada en la biblioteca, tumbada sobre el sofá que más le gustaba desde pequeña. Tenía un libro abierto sobre el pecho, aunque llevaba varios minutos mirando por la ventana sin pasar una sola página. Los viñedos se extendían frente a nosotras iluminados por la luz dorada del atardecer y el paisaje parecía tan bonito que costaba creer que allí mismo hubiera aprendido también lo que era el dolor.

Entré sin hacer ruido, con dos tazas de té entre las manos, y me senté a su lado.

—No pienso beberme eso.

Ni siquiera volvió la cabeza.

Sonreí.

—Lo sabía.

—Huele a hierba mojada.

—Es manzanilla.

—Eso he dicho. Quiero una copa de vino, ¿o para qué diantres vivimos en Jerez y somos los dueños de una bodega?

—Habla por ti, cariño.

—Lo mío es tuyo —bromeó.

—No creo que tu padre estuviera de acuerdo, mi niña.

Aquella tontería consiguió que las dos nos riéramos un momento. Después, el silencio regresó de forma natural, sin resultar incómodo. Nos conocíamos desde pequeñas y existían pausas que no necesitaban rellenarse con palabras.

Permanecimos así un buen rato, viendo cómo el sol iba escondiéndose poco a poco detrás de las cepas. Desde la biblioteca llegaba el rumor lejano de los trabajadores terminando la jornada y el canto de algunos pájaros que buscaban refugio entre los árboles del camino principal.

No sé exactamente cuánto tiempo pasó hasta que reuní valor.

Llevaba días dándole vueltas.

Demasiados.

Y, sin embargo, cuando abrí la boca, las palabras salieron mucho más deprisa de lo que esperaba.

—¿Me ayudarías a mejorar con mi inglés?

Lucía giró lentamente la cabeza hacia mí.

Primero frunció el ceño.

Después arqueó una ceja.

Y terminó dejando el libro sobre la mesa con una expresión que mezclaba curiosidad y sospecha.

—Empieza otra vez porque creo que he oído mal. Siempre has dicho que lo odias.

Me mordí el labio.

—Pues ahora quiero aprender inglés, lo más decentemente posible.

—¿Ahora?

—Mujer, no esta tarde, que no creo que tengas un método tan infalible. Pero ya sabes, podríamos ir practicando. Yo te escucho, trato de imitarte, tú te ríes.

—Ya, a modo de diversión para matar el tiempo.

—Más o menos….

Asentí.

Ella siguió observándome unos segundos más antes de cruzarse de brazos.

—Aitana Suárez, llevas esa cara que pones cuando escondes algo.

Bajé la vista hacia la taza.

El vapor seguía subiendo lentamente.

—He estado pensando...

No fui capaz de continuar.

Lucía se incorporó un poco sobre el sofá.

—¿En qué?

Respiré despacio.

—En marcharme.

La sonrisa desapareció de su cara.

No poco a poco.

De golpe.

Sus ojos buscaron los míos mientras el silencio volvía a instalarse entre las dos.

—¿Marcharte de Montealto?

Asentí muy despacio.

Noté un nudo en la garganta incluso antes de empezar a explicarme.

—He estado mirando familias en Londres que buscan *au pair.*

Durante unos segundos pareció no saber si echarse a llorar o reírse.

Al final hizo lo segundo.

Se llevó una mano a la frente y soltó una carcajada que resonó por toda la biblioteca.

—No me fastidies.

Yo también terminé sonriendo.

—Es verdad.

—¿Tú? ¿En Londres?

Asentí.

—¿Cuidando niños ingleses?

Volví a asentir.

Lucía soltó otra carcajada.

—Madre mía. Al final vas a convertirte en la protagonista de una de esas novelas románticas en las que la chica llega a una mansión inglesa para cuidar a dos niños repelentes y termina enamorándose del padre, que siempre es un señor altísimo, estirado, con traje caro y problemas emocionales desde la infancia. Un tarado de serie al que le dan la vuelta como a un calcetín.

La imagen fue tan absurda que terminé riéndome con ella.

—Pues mira, para tíos estirados ya he tenido suficiente con Jaime. No hace falta ir tan lejos.

La frase escapó antes de que pudiera detenerla.

Y bastó para que el ambiente cambiara por completo.

Las dos dejamos de sonreír al mismo tiempo.

La biblioteca volvió a quedarse en silencio mientras yo contemplaba distraídamente las hojas del jardín moviéndose al otro lado del cristal.

Lucía fue la primera en romperlo.

—Lo dices de verdad. Te lo estás planteando en serio, cariño.

No era una pregunta.

Asentí despacio.

—Sí.

Las lágrimas empezaron a acumularse sin que pudiera evitarlo.

—Creo que ya no puedo seguir aquí.

Ella no habló.

Simplemente esperó.

Y quizás por eso terminé contándole todo lo que llevaba semanas guardando dentro.

Le hablé del miedo que sentía cada vez que cruzaba un pasillo pensando que podía encontrarme con Jaime. Del esfuerzo que suponía fingir que no existía cuando lo veía atravesar el patio principal. Del dolor que me provocaba imaginar su boda con Patricia y del terror que me daba pensar en el regreso de Beatriz.

—No sé cuánto tiempo más voy a aguantar.

Las palabras salían cada vez más deprisa.

—Esto siempre ha sido mi casa. Aquí está mi infancia. Aquí vivió mi madre. Aquí están todos mis recuerdos. Pero ahora cada rincón me recuerda algo que he perdido.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano.

—Y cuando vuelva Beatriz...

Ni siquiera terminé la frase.

No hacía falta.

Lucía se acercó hasta sentarse completamente a mi lado.

Me tomó una mano entre las suyas y la apretó con fuerza.

—No quiero que te vayas.

Aquellas palabras hicieron que se me rompiera la voz.

—Yo tampoco quiero irme.

La miré.

—Pero Montealto empieza a tener fecha de caducidad para mí.

Ella negó lentamente.

—No.

—Sí.

Sonreí con tristeza.

—Empiezo a sentirme una intrusa en el sitio donde nací.

Durante unos segundos ninguna de las dos habló.

El sol terminaba de esconderse detrás de los viñedos y la biblioteca comenzaba a llenarse de sombras alargadas.

Lucía terminó apoyando la cabeza sobre mi hombro igual que hacía cuando éramos pequeñas.

—Si de verdad decides irte a Londres, te enseñaré inglés. Aunque sea lo último que desee. Ojalá pudieras quedarte.

Sentí que el pecho se me encogía.

—¿Me enseñarás?

—Claro.

Se encogió ligeramente de hombros.

—Te corregiré la pronunciación, veremos películas sin doblar y hasta te obligaré a aprender esos verbos irregulares horribles.

Sonreí entre lágrimas.

—Qué ilusión.

Ella soltó una risa.

—Pero no te emociones demasiado.

Levantó la cabeza para mirarme.

—Porque antes pienso hacer todo lo posible para convencerte de que te quedes.

Aquello terminó de romperme.

La abracé con fuerza y permanecimos así largo rato, contemplando el paisaje mientras el cielo se oscurecía sobre Montealto.

Estaba decidida a marcharme.

Incluso antes de lo que Lucía se imaginaba.

Lo que tenía claro era que, el día en que abandonase aquella casa, no echaría de menos el lujo, las bodegas o los jardines infinitos.

Echaría de menos a la amiga que había crecido conmigo entre aquellas paredes y que, incluso cuando todo parecía derrumbarse, seguía empeñada en sostenerme para que no cayera.

Pocos días después, convertimos la biblioteca en una academia improvisada de inglés con vistas a los viñedos, aunque ella insistía en llamarla "Cambridge de andar por casa". Había colocado varios cojines en el sofá, una libreta sobre la mesa y el móvil preparado con una lista de canciones recientes porque, según su teoría, no había forma más digna de aprender pronunciación que cantando como si una tuviera dieciséis años y cero sentido del ridículo. La elegida fue *Sports Car*, de Tate McRae, y Lucía llevaba diez minutos intentando que yo pronunciara el título sin que sonara a "espor car" de autoescuela municipal.

—Aitana, cariño, no es "espós car", es más suave, más pegado, con cara de chica cosmopolita —me corrigió desde el sofá, moviendo la mano como si dirigiera una orquesta—. Tú piensa que eres una cantante canadiense, no una tipa de Jerez pidiendo cita en la ITV.

—Perdona, pero mi acento tiene personalidad —protesté, señalándola con el bolígrafo—. Lo que pasa es que el inglés no está preparado para mí. Es un idioma limitado.

Lucía se llevó una mano al pecho con fingida emoción.

—Eso es. Culpa al idioma. Muy bien. Nivel avanzado de autoestima.

Estábamos tan concentradas en nuestra charla que no escuchamos los pasos hasta que Patricia apareció junto a la puerta de la biblioteca. Llevaba un vestido claro, el pelo perfecto y esa expresión de superioridad que parecía venirle de serie, como los accesorios caros que nunca repetía. Se detuvo al vernos, recorrió con la mirada la libreta, el móvil y mi intento de pronunciación internacional, y sonrió de una forma tan fina que ya prometía veneno antes de abrir la boca.

—Qué... enternecedor —comentó, apoyando una mano en el marco de la puerta—. No sabía que en Montealto también se impartían clases de inglés básico para el personal.

La frase dejó de sonar en el aire y, durante un segundo, sentí que me ardía la cara. No porque me avergonzara aprender, sino por la manera en que lo dijo. Como si mi sitio no solo estuviera en la cocina, sino varios escalones por debajo de cualquier cosa que ella considerara aceptable. Lucía, en cambio, no necesitó ni medio segundo para reaccionar. Cerró la libreta con una calma peligrosísima, se levantó del sofá y la miró con una sonrisa tan dulce que me dio miedo.

—Patricia, qué alegría. Justo estábamos buscando un ejemplo de pronunciación afectada y clasismo rancio. Has llegado en el momento perfecto.

Patricia perdió parte de la sonrisa, aunque intentó mantener el tipo con esa rigidez elegante que debía de haber ensayado en colegios exclusivos.

—No pretendía molestar. Solo me ha parecido curioso.

—Curioso es que alguien con tantas posibilidades en la vida tenga tan poca educación —replicó Lucía, acercándose un paso—. Pero aquí estamos, aprendiendo todos.

Me levanté también, más por si tenía que sujetarla que por otra cosa, porque mi niña recién salida del hospital seguía teniendo más peligro que una caja de petardos en agosto.

—Lucía, déjalo —murmuré, aunque sabía que era inútil.

—No, no lo dejo —respondió ella sin apartar los ojos de Patricia—. Porque ya está bien de que algunas personas se crean con derecho a humillar a otras solo por el hecho de haber nacido en una familia que ni se merecen, por las comodidades que ello les ha supuesto.

Patricia dio un paso hacia dentro, con los hombros muy rectos y la barbilla elevada.

—No creo que tú seas la persona más indicada para hablar de educación, Lucía. Al fin y al cabo, sigues confundiendo confianza con falta de límites.

—Y tú sigues confundiendo elegancia con mala leche, niñata.

Su frase casi me sacó una carcajada, pero la contuve como pude porque el ambiente estaba empezando a ponerse bastante serio. Entonces apareció Jaime por el pasillo. Se detuvo al vernos a las tres y su expresión cambió al instante. Miró a Patricia, después a Lucía y por último a mí, aunque en mi caso apenas sostuvo la mirada un segundo. Esperé que dijera algo. Cualquier cosa. Que frenara a Patricia, que preguntara qué estaba pasando o que, por una vez, se pusiera en el lado correcto.

No lo hizo.

Se quedó allí, quieto, con esa expresión de hombre atrapado entre dos versiones de sí mismo, y aquella cobardía silenciosa me dolió casi más que la burla de Patricia.

Lucía también lo vio, claro. Lucía lo veía todo.

—Qué bonito —comentó, cruzándose de brazos—. El prometido decorativo. Ideal para eventos, fotos y momentos en los que hay que callarse como una maceta.

Jaime apretó la mandíbula, pero siguió sin intervenir. Patricia, en cambio, pareció sentirse respaldada por aquella ausencia de respuesta y volvió a mirar hacia mí con un desprecio más evidente.

—No merece la pena discutir por esto. Hay personas que olvidan muy rápido cuál es su lugar.

Fue entonces cuando apareció Hugo.

No sé desde cuándo llevaba cerca ni cuánto había escuchado, pero entró en la biblioteca con una serenidad que contrastaba con la tensión que nos tenía a todos clavados al suelo. Llevaba una carpeta en la mano, una camisa azul remangada y esa forma suya de mirar que no necesitaba levantar la voz para imponer silencio.

—Patricia —dijo, deteniéndose junto a la puerta—, te voy a dar un consejo gratis, que sé que en tu mundo lo gratis provoca desconfianza: deja de hablar.

Ella se volvió hacia él, indignada.

—Perdona, pero esto no va contigo.

—Ahora sí.

Hugo dejó la carpeta sobre una mesa cercana y miró a Jaime con una frialdad que hizo que hasta yo me quedara quieta.

—Y tú, ya que estás aquí haciendo de estatua, podrías ponerle una correa a tu novia o, como mínimo, enseñarle a no morder al resto.

La frase fue tan brutal, tan inesperada y tan bien lanzada que durante un segundo nadie supo qué hacer con ella. Lucía abrió la boca, la cerró, me miró y casi se atragantó intentando no reírse. Yo bajé la vista porque, pese al nudo que tenía en el pecho, la imagen de Patricia con correa mental me pareció de una justicia poética tremenda.

Patricia se puso roja.

Jaime también.

—Hugo, no hace falta llegar a eso —murmuró él, por fin, aunque tan tarde que la intervención nació muerta.

—No, Jaime. Hacía falta hace unos minutos —respondió Hugo, sin apartar los ojos de su hermano—. Lo que pasa es que algunos solo encontráis la voz cuando ya no sirve para nada.

Eso sí le dolió. Lo vi en su cara. Pero no dijo nada más. Patricia, humillada, se giró con un gesto rígido y salió de la biblioteca sin despedirse, dejando tras de sí una estela de perfume exclusivo y dignidad pisoteada. Jaime dudó apenas un instante antes de seguirla, aunque al llegar a la puerta volvió la cabeza hacia mí. Esta vez fui yo quien apartó la mirada.

Cuando nos quedamos solos, Lucía se dejó caer otra vez sobre el sofá con una mano en el pecho.

—Creo que acabo de curarme del todo. Ha sido mejor que la medicación.

Hugo soltó una risa baja y se acercó a la mesa para mirar la libreta.

—¿Clase de inglés?

—Sí —respondí, todavía con la cara caliente—. Aunque creo que mi acento acaba de sufrir un ataque diplomático.

—Tu acento está perfectamente —dijo él, mirándome con una seriedad que me pilló desprevenida—. Y aprender algo nuevo nunca debería ser motivo de burla.

Lucía ladeó la cabeza, observándolo con una sonrisa cargada de mala intención.

—Hugo, cariño, baja un poco el nivel de caballero andante, que me vas a dejar a Jacobo en mal lugar.

—Jacobo tiene título nobiliario. Sobrevivirá.

El comentario consiguió que las tres termináramos riéndonos, incluso yo. Y mientras Lucía volvía a darle al *play* a la canción de Tate McRae y me obligaba a repetir *Sports Car* con "actitud de estrella del pop y no de jerezana en una rotonda", Hugo se quedó con nosotras un rato más, sentado en el brazo del sofá, fingiendo revisar su carpeta mientras sonreía cada vez que yo destrozaba una palabra.

Por primera vez en días, la risa volvió a salir sin hacerme daño.

Y eso, después de todo, ya era muchísimo.

Capítulo 20



La tarde terminó apagándose poco a poco sobre Montealto mientras el cielo adquiría ese tono violeta que siempre aparecía unos minutos antes de que las primeras estrellas comenzaran a asomar sobre los viñedos. La biblioteca había vuelto a quedarse en silencio después de las risas provocadas por la discusión con Patricia y, durante un rato, Lucía siguió obligándome a repetir frases imposibles en inglés mientras Hugo fingía corregir mi pronunciación con una seriedad tan exagerada que acababa provocando justo el efecto contrario.

Fue entonces cuando apareció Jacobo.

Entró sin llamar, con una sonrisa tranquila y un ramo de flores silvestres que había recogido por el camino porque, según dijo, las flores caras se morían demasiado deprisa y aquellas, al menos, parecían felices de vivir donde les daba la gana.

Lucía dejó escapar un suspiro al verlo.

—Ya está aquí mi príncipe azul.

Jacobo levantó una ceja.

—Azul me quedé el otro día del susto que me diste, guapísima.

Los cuatro terminamos riéndonos y el ambiente volvió a relajarse. Apenas habían pasado unos minutos cuando Jacobo propuso salir a dar un paseo corto por el jardín aprovechando que el calor había bajado. Lucía aceptó encantada y, antes de salir, me guiñó un ojo con una sonrisa llena de picardía.

—Tú sigue practicando inglés. A este paso en Londres vas a pedir un café y te van a traer un tractor.

Le lancé un cojín que esquivó por los pelos antes de desaparecer del brazo de Jacobo entre carcajadas.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, la biblioteca recuperó aquella calma agradable que siempre tenía al final del día. Hugo recogió algunas hojas desperdigadas por la mesa y volvió a sentarse frente a mí.

—Bueno... ¿Seguimos? Me encantaría ayudarte, ahora que han raptado a tu profesora.

Asentí mientras intentaba contener una sonrisa.

Él abrió la libreta y empezó a hacerme preguntas sencillas.

Cómo me llamaba.

Dónde vivía.

Qué edad tenía.

Qué me gustaba hacer.

Al principio respondía mezclando español e inglés, provocando que termináramos los dos partidos de la risa, pero poco a poco fui soltándome y conseguí mantener una conversación sencilla durante varios minutos.

Cuando terminé una frase especialmente larga, Hugo aplaudió despacio.

—Vas mejorando.

—No te emociones.

—Es verdad. No lo digo para alabarte.

Cerró la libreta con suavidad.

—Dentro de seis meses ya podrás discutir con un taxista londinense sin ayuda.

Su broma me hizo sonreír, aunque la sonrisa desapareció casi tan rápido como había llegado cuando él volvió a ponerse serio.

Apoyó los antebrazos sobre la mesa y me observó durante unos segundos antes de hablar.

—Lucía me ha contado que lo de Londres va en serio.

Bajé la vista.

Ya imaginaba que terminaríamos hablando de aquello.

—Sí.

La respuesta apenas fue un susurro.

—Estoy pensándolo.

Hubo un pequeño silencio.

No resultaba pesado.

Más bien parecía el tiempo necesario para ordenar las palabras.

—¿Tan mal estás aquí?

La pregunta era sencilla.

La respuesta, no.

Me levanté despacio y caminé hasta el ventanal.

Las últimas luces del día caían sobre las viñas mientras el viento movía ligeramente las hojas.

Aquella imagen había formado parte de toda mi vida.

Y, sin embargo, ya no conseguía hacerme feliz.

—Cada vez peor.

No necesité girarme para saber que seguía escuchándome.

—Me paso el día intentando no cruzarme con Jaime. Cuando lo consigo, aparece Patricia. Y cuando no es una cosa, es la otra. Luego volverá tu madre y el calvario será peor.

Respiré despacio.

—Creo que necesito marcharme para poder respirar.

Hugo permaneció callado unos segundos antes de levantarse también.

Se colocó a mi lado, mirando el mismo paisaje.

—Por experiencia te digo una cosa.

Su voz sonaba tranquila.

—Los problemas no desaparecen porque uno se marche a miles de kilómetros.

Sonreí con tristeza.

—Aun así, es más fácil quedarse cuando eres heredero de Ignacio Alcázar.

Él giró ligeramente la cabeza.

—¿Tú crees?

Asentí.

—Claro que sí.

Volví a mirar los viñedos.

—Tú tienes una familia, una posición, estudios, dinero... Si algo sale mal, siempre tendrás un sitio donde volver.

Me encogí ligeramente de hombros.

—Yo no tengo nada.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros.

Y entonces Hugo negó despacio.

—Te equivocas.

Me giré para mirarlo.

Él sostenía mi mirada con una serenidad que resultaba casi desconcertante.

—Sí tienes algo.

—¿El qué?

Sonrió apenas.

—Raíces.

Aquella respuesta me hizo bajar la cabeza.

Una risa pequeña, cargada de tristeza, escapó de mis labios.

—Pues en Montealto se me están pudriendo.

Noté cómo el nudo regresaba a mi garganta.

—Entre Jaime y Beatriz siento que cada día pierdo un poco más de mí.

El silencio volvió a instalarse.

Pero esta vez no pesaba.

Simplemente nos acompañaba.

—Además...

Las palabras salieron despacio.

—Quiero hacer algo más con mi vida.

Levanté la vista.

—No quiero ser doncella siempre. Quiero estudiar. Aprender. Sentir que puedo llegar a ser algo por mí misma y no porque alguien me permita seguir aquí.

Mi idea hizo que Hugo sonriera.

Una sonrisa sincera.

Sin lástima.

Sin superioridad.

—Eso sí lo entiendo perfectamente.

Se apoyó sobre el alféizar de la ventana.

—Entonces estudia.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Lo que quieras.

Idiomas. Turismo. Administración. Derecho. Lo que te haga ilusión.

Negué con suavidad.

—No puedo permitírmelo.

Él permaneció unos segundos callado.

Después habló con una naturalidad que me dejó completamente desarmada.

—Si el problema es el dinero, yo podría ayudarte.

Creí haber oído mal.

Lo miré sin entender.

Él continuó hablando con absoluta calma.

—Podría pagarte los estudios. O prestártelo. O buscar la forma que te haga sentir cómoda. No tendrías que irte tan lejos si lo único que buscas es empezar una vida distinta.

Noté cómo los ojos comenzaban a llenárseme de lágrimas.

No por tristeza.

Por sorpresa.

Por gratitud.

Porque nadie me había ofrecido jamás algo así.

Negué varias veces.

—No puedo aceptar eso.

—¿Por qué?

—Porque sería aprovecharme de ti.

Hugo sonrió con una ternura que me hizo todavía más daño.

—No.

Sacudió la cabeza.

—Sería ayudar a alguien que merece una oportunidad.

Las lágrimas terminaron cayendo.

Intenté ocultarlas.

Fue imposible.

Él no hizo ademán de abrazarme ni de acercarse más de la cuenta.

Simplemente permaneció allí, respetando mi emoción.

Y quizás precisamente por eso terminé rompiéndome.

—Nunca nadie me ha tratado así.

La frase salió entrecortada.

Él bajó la mirada unos segundos antes de responder.

—Pues ya era hora de que alguien empezara.

Aquellas palabras se quedaron conmigo mucho después de abandonar la biblioteca.

Porque mi sorpresa fue mayúscula al escucharlas. Siempre escuché hablar bien de Hugo, pero "bien" era quedarse muy corto.

Capítulo 21

Para mi desgracia, Ignacio y Beatriz regresaron a Montealto dos días después y, aunque nadie me avisó de forma oficial, lo supe en cuanto la casa cambió de temperatura. Esa mujer era insufrible.

No era una forma de hablar. Había personas capaces de alterar un lugar solo con entrar en él, y ella tenía ese don desagradable. El personal caminaba con más cuidado, Irene apretaba los labios cada vez que alguien mencionaba su nombre y Sonia se movía por la cocina con la expresión resignada de quien ya ha visto venir la tormenta antes de que caiga la primera gota. Yo intenté convencerme de que no pasaría nada, de que quizás el viaje al otro lado del charco la habría dejado agotada y preferiría dedicar la tarde a descansar, pero la esperanza, en Montealto, últimamente duraba lo mismo que un bombón en manos de Lucía: nada.

La vi a media tarde junto a Patricia, en el salón de té que daba al jardín de los naranjos. Las dos estaban sentadas muy cerca, inclinadas la una hacia la otra, cuchicheando con esa complicidad venenosa que no necesitaba escucharse para resultar evidente. Patricia llevaba un vestido color crema, las piernas cruzadas con una elegancia estudiada y una sonrisa pequeña que me hizo desear volverme invisible. Beatriz, en cambio, ni siquiera sonreía demasiado. Parecía concentrada, afilada, exacta. Cuando sus ojos se encontraron con los míos al otro lado del salón, supe que ya había decidido algo.

Irene me pidió que preparara el servicio de té para ellas y para dos invitadas más que acababan de llegar. Lo dijo con cautela, como si también hubiera percibido el peligro, y me preguntó si prefería que lo hiciera Sonia. Estuve a punto de aceptar. De verdad. Pero había algo dentro de mí, quizás orgullo o quizás cansancio, que se negó a darle a Beatriz la satisfacción de verme escondida.

—Puedo hacerlo —le respondí, ajustándome el delantal—. Solo es té, Irene. Tampoco voy a operar a corazón abierto.

Ella no se rio. Eso ya me preocupó más que cualquier advertencia.

Preparé la bandeja con cuidado. Tetera, tazas de porcelana, platos pequeños, pastas, servilletas bordadas y una jarrita de leche que coloqué a la derecha porque Beatriz siempre la quería a la derecha, salvo cuando decidía que aquello también estaba mal. Caminé hasta el salón con los hombros rectos y el pulso más firme de lo que esperaba, aunque al entrar noté de inmediato la mirada de Patricia resbalando por mi uniforme con una satisfacción que no intentó ocultar.

—Por fin —comentó Beatriz, sin levantar demasiado la voz—. Empezaba a pensar que habíamos pedido el té a Londres.

Patricia soltó una risa suave, de esas que pretendían parecer espontáneas y solo conseguían sonar entrenadas.

Dejé la bandeja sobre la mesa auxiliar y empecé a servir. Primero las invitadas, después Patricia y al final Beatriz. Todo iba bien hasta que Patricia movió su taza apenas unos centímetros cuando yo estaba inclinando la tetera. Fue un gesto mínimo, casi imperceptible, pero suficiente para que un hilo de té cayera sobre el platillo y salpicara la servilleta.

Me detuve al instante.

—Disculpa, ha sido...

—No hables —me cortó Beatriz con una frialdad que paralizó incluso a las otras invitadas—. Cuando una persona hace algo mal, lo mínimo es no empeorarlo con excusas.

Sentí cómo me ardían las mejillas. Patricia bajó la vista hacia la servilleta manchada y fingió una expresión de lástima tan falsa que me dio vergüenza ajena incluso en mitad del bochorno.

—No tiene importancia, Beatriz —dijo con dulzura—. De verdad. Supongo que no todo el mundo tiene la misma soltura sirviendo.

Que me dijera eso fue peor que un insulto directo.

Beatriz se reclinó en el sofá y me observó como si yo fuera una prueba viviente de la decadencia del servicio doméstico.

—La soltura se aprende con años de disciplina, Patricia. El problema es que algunas personas confunden la confianza que se les permite en esta casa con una posición que no tienen.

Las otras dos mujeres permanecieron en silencio. Una de ellas apartó la mirada, asombrada. La otra fingió interesarse por una pasta de almendra, como si aquella humillación no estuviera ocurriendo delante de sus narices.

—Puedo traer otra servilleta —murmuré, intentando mantener la voz estable.

Beatriz ni siquiera me dejó terminar de incorporarme.

—Puedes retirar la bandeja y pedirle a alguien competente que termine de servir.

Eso sí me golpeó.

No por la orden. Había recibido órdenes toda mi vida. Me golpeó la forma. La satisfacción de Patricia. La certeza de que lo habían preparado. La manera en que ambas habían construido una pequeña trampa para hacer ver que yo no servía para nada.

Apreté los dedos alrededor del asa de la bandeja, hice una leve inclinación de cabeza y salí del salón sin decir nada más. Solo cuando crucé el pasillo y llegué a la cocina comprendí que estaba llorando. No de forma escandalosa. Peor. Lloraba en silencio, con una rabia tan grande que apenas podía respirar.

Sonia quiso acercarse, pero negué con la cabeza. Irene, en cambio, no preguntó. Me quitó la bandeja de las manos, la dejó sobre la mesa y me llevó hasta una silla con una delicadeza que terminó de romperme.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que Hugo apareció en la puerta de la cocina. Solo sé que al levantar la vista y verlo allí, con el rostro serio y los ojos clavados en mí, sentí una mezcla de vergüenza y alivio.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

Intenté negarlo. Intenté decir que no era nada, que se me había caído un poco de té, que estaba cansada. Pero Hugo no era Jaime. Hugo miraba de verdad. Y cuando Sonia, incapaz de contenerse, le contó lo ocurrido con dos frases rápidas y furiosas, vi cómo su expresión cambiaba por completo.

No dijo nada al principio. Solo apretó la mandíbula, se dio la vuelta y salió de la cocina.

Irene me miró con preocupación.

—Madre mía.

Me levanté sin pensarlo y me acerqué a la puerta entreabierta. Desde allí podía oír el salón con claridad.

—¿Te divierte? —La voz de Hugo sonó baja, pero tan firme que se me erizó la piel—. ¿De verdad te divierte humillar a una chica que lleva toda su vida en esta casa, mamá?

Beatriz respondió con una risa seca.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. Y Patricia también.

Hubo un silencio breve, espeso.

—Ten cuidado con el tono, Hugo —le advirtió ella.

—No. Ten cuidado tú. Porque algún día vas a arrepentirte de esta alianza con Patricia. De utilizarla para controlar a Jaime, de convertirla en tu cómplice y de pensar que puedes pisar a quien quieras sin consecuencias. Lo pagarás caro.

La risa de Beatriz llegó cristalina, limpia, casi hermosa de lo cruel que sonó.

—Querido, si se trata de pagar, creo que sabes de sobra que me sobra dinero para hacerlo.

—No todo se paga con dinero, mamá.

Su advertencia dejó el salón en silencio.

Yo seguía en la puerta de la cocina, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón golpeándome fuerte. No vi la cara de Beatriz, pero pude imaginarla. Su sonrisa rígida, su orgullo intacto, esa seguridad suya de mujer que cree que el mundo entero puede comprarse si se conoce el precio.

Hugo volvió unos minutos después. No traía una solución mágica ni promesas grandilocuentes ni frases pensadas para quedar bien. Solo se detuvo frente a mí y me miró con una ternura que me encogió el alma.

—No has hecho nada mal, Aitana.

Eso fue suficiente para que volviera a llorar.

Pero esta vez no fue solo por tristeza.

También fue porque él sabía ver exactamente lo que me hacían.

Y no miraba hacia otro lado.

Capítulo 22



Hacía muchísimo tiempo que no salía de compras por el simple placer de hacerlo. En Montealto siempre había algo pendiente, una habitación que preparar, una mesa que montar o una orden de Beatriz que cumplir antes de que terminara el día, así que cuando Lucía apareció aquella tarde en la cocina con un *outfit* primaveral divino en rosa palo y unas llaves en la mano anunciando que me secuestraba durante unas horas, Irene sonrió sin levantar la vista de los fogones y aseguró que el mundo seguiría girando aunque dos chicas como nosotras desaparecieran un rato.

No se equivocaba.

Apenas llegamos al centro comercial, Lucía recuperó la energía de una niña pequeña entrando en un parque de atracciones. Me arrastró de escaparate en escaparate sin dejarme respirar, probándose chaquetas imposibles, sombreros ridículos y unas botas plateadas que parecían diseñadas para aterrizar en Marte. Yo no paraba de reír mientras intentaba convencerla de que aquello era un atentado contra la sencillez y ella respondía girando sobre sí misma delante del espejo como si acabara de descubrir la alta costura.

Terminamos entrando en una tienda donde ella, muy seria, comenzó a sacar vestidos y pantalones pensando en mi próximo futuro londinense. Los iba colocando sobre mis brazos mientras hablaba sin tomar aire.

—Esto para ir a recoger a los niños al colegio. Esto para pasear por *Hyde Park.* Esto para cuando el padre de los niños se enamore perdidamente de ti.

La miré horrorizada.

—¿Puedes dejar de casarme con desconocidos durante cinco minutos?

Lucía soltó una carcajada.

—Yo solo pienso en tu bienestar sentimental.

—Pues deja de pensar tanto, que le das tela al coco.

Cogió entonces un conjunto de lencería rojo pasión y lo agitó delante de mí con una naturalidad que rayaba lo esperpéntico.

—Y esto.

Casi me atraganto.

—¿Para qué quiero yo eso?

—Para tus noches de pasión con el lord inglés, porque supongo que aterrizarás en casa de un lord.

—Ya, como tu novio tiene título nobiliario, ahora lo tiene todo el que se menee también en Londres.

—Todos no, pero ese tipo lo tendrá —murmuró convencida.

Miré alrededor esperando que nadie estuviera escuchando.

—Lucía...

Ella seguía completamente seria.

—Imagínate. Una noche lluviosa en Londres. Los niños durmiendo. El lord millonario entra en la cocina...

La interrumpí tapándole la boca con una mano mientras las dos terminábamos dobladas de la risa.

—Estás fatal.

—Estoy genial…

Seguimos caminando entre tiendas mientras las bromas iban creciendo. Cada escaparate servía para inventar una historia nueva sobre mi futura existencia inglesa. Si veía una bicicleta, aseguraba que el tipo me llevaría por los parques. Si aparecía una tienda de muebles, decía que acabaría redecorando la mansión. Si pasábamos junto a una joyería, ya estaba organizando la pedida de mano.

Llegó un momento en que tuve que detenerme porque me dolía el estómago de tanto reír.

Fue entonces cuando, entre una tienda y otra, decidí contarle la verdad.

—He hablado con una agencia.

Lucía dejó de caminar.

—¿En serio? ¿Tan pronto?

Asentí.

—Ayer.

La sonrisa desapareció de su cara.

—¿Y? No me digas que me dejas en breve…

Me encogí ligeramente de hombros.

—Parece que hay posibilidades. Me temo que sí.

Durante unos segundos permaneció callada.

Después volvió a aparecer esa chispa traviesa en sus ojos.

—Cuéntamelo todo. Ya imagino. Te han convencido porque el tipo no solo tiene título, sino que es una especie de Grey, ¿a que sí? Ya me lo temía yo. En fin, que igual tú tienes algo de Anastasia, porque aunque malgastaras tu tiempo con Jaime, que te enamoró a traición, tampoco es que hayas estado con muchos y…

—Calla un minuto, loca. Y así podré contarte sin que elucubres más.

—¿Y qué gracia tendría la vida sin un poco de elucubración? ¿Eh, dime?

Nos sentamos en un banco del pasillo central mientras la gente iba y venía cargada de bolsas.

—La familia vive cerca de Londres.

—Bueno, tendría más morbo si estuviera a las afueras, pero me conformo.

—Tienen dos niños.

—Bien. Así no tendrás que lidiar con una camada de diablillos.

—¿Has dicho una camada? Mujer, que no son gatitos ni perritos.

—No, los animalillos no son peligrosos, pero los mocosos malcriados londinenses, eso ya es otra cosa. No sabes dónde te estás metiendo al irte tan lejos de mí. Tú, por si acaso, ponte antes la vacuna de la rabia.

—Estarás majara…

—Sí, sí, ya te acordarás de Lucía.

—Así que es eso… De Lucía me voy a acordar a todas horas. Y no se te ocurra hacerme llorar, que te has empeñado en que me maquille y no quiero terminar aquí como un choco en tinta, para un día que salgo…

Lucía abrió muchísimo los ojos.

Ya estaba montando la película.

—Bueno, pues sigue.

Me eché a reír.

—Sí, que todavía no he terminado.

Ella juntó las manos

—La madre de los niños murió hace unos años. Al poco de nacer el pequeño.

Lucía suspiró con dramatismo.

—Ay, Dios mío. Esto ya parece una novela. Palabrita del Niño Jesús.

Negué divertida.

—Y el padre, y dueño y señor de la casa, tiene sesenta tacos. La diferencia de edad con ella era tremenda.

El silencio duró apenas dos segundos.

Después Lucía soltó semejante carcajada que varias personas se giraron para mirarnos.

Se dobló sobre sí misma intentando respirar.

—¡No sabes escoger!

Yo también terminé riendo.

—La agencia de trabajo no te da a elegir como si fuera una app de ligue, Lucía.

—Pues menos mal.

Se secó una lágrima.

—Porque tienes una puntería que asusta.

Seguimos paseando un rato más mientras hablábamos de Londres, de los niños, de cómo sería vivir lejos de Montealto y de lo raro que resultaría despertarme sin escuchar las campanas de la bodega. A ratos me ilusionaba la idea y a ratos sentía un vacío enorme en el pecho, pero Lucía conseguía transformar cualquier pensamiento triste en una broma antes de que pudiera instalarse demasiado tiempo.

Al caer la noche pasamos frente al cine del centro comercial y un enorme cartel llamó nuestra atención.

La Asistenta.

Lucía se quedó mirándolo unos segundos antes de girarse hacia mí con una sonrisa maliciosa.

—De verdad, Aitana... ¿Tú nunca desconectas de los mismos temas?

Le di un empujoncito.

—Calla.

—Te vas a Londres de *au pair* y ahora quieres ver *La Asistenta*. Lo tuyo empieza a preocuparme.

Nos acercamos a la cartelera entre bromas cuando alguien pronunció nuestros nombres a pocos metros.

Nos volvimos al mismo tiempo.

Hugo avanzaba hacia nosotras con varias bolsas en la mano, vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa azul remangada que le daba un aspecto mucho más cercano que el del ejecutivo impecable que solía verse por las oficinas de Montealto.

Sonrió al encontrarnos.

—Vaya casualidad.

Lucía fue la primera en saludarlo.

Comenzaron a hablar mientras yo seguía mirando la cartelera. En ese momento sonó mi teléfono.

Era Jacobo.

Lucía levantó el móvil al verlo aparecer en la pantalla y puso los ojos en blanco.

—Mi marqués particular.

Se apartó unos pasos para responder la llamada entre sonrisas, dejándome sola junto a Hugo.

Apenas habían pasado un par de minutos cuando regresó.

—Cambio de planes.

Guardó el teléfono en el bolso.

—Jacobo ha salido antes de trabajar y me está esperando para cenar.

Me miró con una sonrisa cargada de intención.

Después miró a Hugo.

—Pero Aitana no puede quedarse sin película.

Hubo un instante de silencio.

Lucía levantó una ceja.

—¿Por qué no la acompañas tú?

Giré la cabeza hacia Hugo con el corazón acelerado, completamente convencida de que inventaría cualquier excusa. No creía que ese tipo de pelis fuese de su gusto.

Él me miró unos segundos.

Y, para mi sorpresa, sonrió.

—Claro.

No tengo ningún problema.

Nunca imaginé que terminaría yendo al cine con el hermano mayor de Jaime, ese hombre que se convirtió en una especie de fantasma familiar durante años.

De hecho, mientras caminábamos para comprar las entradas, seguía convencida de que, en cualquier momento, sonaría su teléfono, aparecería un compromiso de última hora o encontraría una excusa elegante para librarse de aquella misión que Lucía le había colocado encima casi por sorpresa. Sin embargo, allí seguía, a mi lado, con las manos en los bolsillos, sonriente y comentando cualquier chorrada que encontraba a su paso como si aquella sesión de cine improvisada fuera el plan más normal del mundo.

Yo, en cambio, todavía no terminaba de acostumbrarme a su forma de ser.

Quizás porque en Montealto siempre había visto a los hijos de Beatriz desde muy lejos. Jaime era inaccesible por otros motivos y Hugo llevaba tantos años viviendo fuera que apenas conservaba recuerdos de él. Ahora, sin embargo, caminaba junto a un hombre que desprendía una cercanía que asombraba y que parecía incapaz de tratar a nadie con superioridad.

Al llegar a la taquilla, se apresuró a comprar las entradas, y después me preguntó qué quería tomar.

Le respondí que unas palomitas pequeñas y una botella de agua.

Cinco minutos después regresó cargado como si estuviera abasteciendo un refugio para una guerra.

Traía un cubo gigantesco de palomitas, dos refrescos enormes, una bolsa de gominolas, otra de chocolates, nachos con queso, un paquete de regalices y una caja de caramelos.

Lo miré completamente horrorizada.

—¿Has comprado el menú para una excursión escolar?

Él dejó todo sobre una mesa con absoluta tranquilidad.

—Nunca sabes cuándo puede darte hambre durante una película.

—Hugo, aquí hay comida para una familia de ocho personas.

Se quedó pensando unos segundos.

—Tienes razón.

Miró la montaña de bolsas.

—Quizás he sido un poco optimista.

No pude contener la risa.

Cogí una de las bolsas de gominolas y él la retiró inmediatamente.

—Esas no.

—¿Perdón?

—Son la reserva estratégica.

Me quedé mirándolo unos segundos antes de estallar en carcajadas.

—Estás fatal.

—No estoy tan mal, ¿no? —me preguntó con una sonrisa explosiva.

Entramos todavía riéndonos y la acomodadora nos indicó nuestros asientos, justo en el centro de la sala. Apenas me senté, Hugo comenzó a colocar la comida alrededor como si estuviera organizando un pequeño campamento. Las palomitas quedaron entre los dos, los nachos a su derecha, las chucherías sobre sus piernas y los chocolates repartidos en los reposabrazos.

Un niño que pasaba por delante se quedó mirándolo con admiración.

Su madre tuvo que tirar de él para que siguiera caminando.

Yo me tapé la cara con las manos.

—Me está dando vergüenza ajena.

—En unos minutos me lo agradecerás.

—Ni loca.

La película comenzó poco después y, durante los primeros minutos, intenté prestar atención a la pantalla, aunque me costaba bastante más de lo esperado. Hugo hacía comentarios bajísimos cada vez que aparecía un personaje nuevo, imaginando finales o inventando parentescos imposibles entre ellos. Conseguía que me entrara la risa justo en las escenas más serias, obligándome a taparme la boca para no molestar al resto del público.

En un momento especialmente dramático, cuando toda la sala permanecía en absoluto silencio, me ofreció un regaliz.

Negué.

Me ofreció una nube.

Volví a negar.

Entonces sacó un bombón de chocolate.

Acepté.

Él sonrió satisfecho.

—Lo sabía.

—Has ganado por insistente.

—No. He ganado porque conozco el poder del chocolate.

La historia fue avanzando y, poco a poco, ambos dejamos de hablar. La película terminó atrapándonos mucho más de lo que esperábamos y descubrí que Hugo era bastante más sensible de lo que aparentaba. En una escena especialmente emotiva, lo vi llevarse la mano a la cara y frotarse discretamente un ojo.

No dije nada.

Seguí mirando la pantalla.

Pero un par de minutos después volví a girarme.

Allí seguía.

Muy serio.

Con la vista fija en la película.

Y con los ojos ligeramente brillantes.

No pude evitar sonreír.

Cuando terminaron los créditos permanecimos unos segundos sentados mientras la gente abandonaba la sala.

Hugo seguía mirando la pantalla apagada.

—Me ha gustado.

Su voz sonó extrañamente baja.

—A mí también.

Se volvió hacia mí.

—Aunque no pienso reconocer delante de nadie que casi lloro.

Levanté una ceja.

—¿Casi?

Se aclaró la garganta.

—Bueno...

Bajó la vista.

—Una mota de polvo, ya sabes.

—Ya sé, listillo, sí.

Salimos del cine todavía comentando algunas escenas y discutiendo sobre el final.

No recuerdo cuánto tiempo llevábamos hablando cuando él miró el reloj.

—Tengo hambre.

Lo miré con incredulidad.

—¿Después de todo lo que has comido?

Se encogió de hombros.

—Ha sido un aperitivo.

Negué riéndome.

—Ni en mil vidas vuelvo a comer comida basura hoy.

Él pareció decepcionado.

—Entonces descartamos la hamburguesa doble.

—Y la triple.

—¿La simple?

—También.

Se llevó una mano al pecho.

—Qué difícil eres.

—No. Es que quiero llegar viva a Montealto.

Seguimos caminando despacio entre las tiendas, todavía bromeando sobre el tamaño imposible de las palomitas y sobre la cantidad de azúcar que debía de correr ya por sus venas. Hacía tiempo que no me reía tanto y empezaba a dolerme el estómago de tanto hacerlo.

Fue entonces cuando, al doblar una esquina del centro comercial, el sonido de una guitarra flamenca llegó desde el tono del móvil de una señora.

Me detuve sin querer.

Solo un instante.

Pero Hugo lo notó.

Y, al observar la forma en que mis ojos buscaban aquel sonido entre la gente, sonrió con una serenidad de lo más agradable.

—¿Te apetece dar una vuelta antes de volver? Venga, no seas pava.

—¿Me has llamado pava?

—Pero solo para activarte, no te lo lleves a lo personal.

—¿Qué dices? Pero si soy de lo más activa.

—Las cosas se demuestran, no solo se dicen.

—¿Qué quieres tú de mí, chalado? Calla, calla, perdona, que se me ha escapado.

—Tranquila, que no se lo pienso contar a mi madre —murmuró entre risas de lo más llamativas.

—Sí, sí, por lo que más quieras.

Sin saberlo, acababa de cambiar por completo el rumbo de aquella noche.

Acepté sin pensarlo demasiado.

Ni siquiera pregunté adónde íbamos. Me limité a caminar junto a Hugo, una vez que aparcó el coche, por las calles del centro de Jerez mientras la noche comenzaba a llenarse de terrazas abarrotadas, parejas paseando despacio y grupos de amigos que hablaban a voces entre el olor a jazmín y a vino fino que parecía flotar siempre en el aire cuando llegaba el buen tiempo. Hacía meses que no disfrutaba de una tarde tan ligera y, por primera vez en muchísimo tiempo, descubrí que llevaba horas sin pensar en Jaime.

Me pareció un milagro.

—¿Por qué sonríes? —me preguntó Hugo mientras cruzábamos la plaza del Arenal.

Negué con la cabeza.

—Porque sí.

—Mientes fatal. Sonríes por algo.

—Y tú preguntas demasiado.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. No volveré a interesarme por tu bienestar emocional hasta dentro de, más o menos, cinco minutos —afirmó mientras consultaba su reloj.

Solté una carcajada.

—Qué considerado.

Seguimos caminando hasta una calle estrecha llena de pequeños locales donde sonaban guitarras, cajones y palmas. La música parecía escaparse por las ventanas abiertas y mezclarse con el bullicio de la ciudad, creando una atmósfera tan auténtica que me obligó a bajar el paso.

Entonces lo vi.

Un pequeño tablao, decorado con faroles antiguos y macetas repletas de geranios, del que escapaban unos acordes de guitarra que me hicieron detenerme sin querer. Otra vez, una guitarra. Y entonces supe que lo había hecho a propósito.

Hugo siguió mi mirada.

—¿Entramos?

Lo miré sorprendida.

—¿Te gusta el flamenco?

Se encogió de hombros.

—Pues claro, ¿o es que crees que mi estancia en Estados Unidos me ha hecho olvidarme de dónde vengo?

Hizo una pausa.

—Eso nunca.

—Pues yo pensé que ahora te gustaría más el béisbol, mira tú por dónde.

—Pues no pienses tanto, anda.

Entramos.

El local era pequeño, acogedor, con mesas de madera muy juntas y un escenario apenas elevado unos centímetros del suelo. Un guitarrista afinaba las cuerdas mientras una cantaora hablaba con el camarero y varias parejas terminaban sus copas entre aplausos.

Nos sentamos al fondo.

Un camarero se acercó enseguida.

—¿Qué os pongo?

Hugo me miró.

—¿Qué quieres?

—Una cola.

Él volvió la cabeza.

—Para ella una copa de fino bien frío.

Abrí mucho los ojos.

—¿Perdón?

—Y para mí una cerveza sin alcohol.

El camarero tomó nota y se marchó.

Me giré hacia él.

—¿Por qué a mí con alcohol y tú sin?

Hugo sonrió con absoluta tranquilidad.

—Porque alguien tiene que devolverte a Montealto de una pieza.

Fruncí el ceño.

—Muy considerado otra vez.

Se quedó pensativo.

—Y porque creo que un poquito de vino te vendrá bien.

—¿Y a ti no?

—Ya te he dicho que tengo que conducir.

Hizo una pausa.

—Y tú necesitas relajarte.

Me crucé de brazos.

—No me conoces tanto.

Él apoyó los codos sobre la mesa.

—Hoy has reído más que en las últimas semanas.

No supe qué responder.

El camarero dejó las bebidas sobre la mesa y el espectáculo comenzó apenas unos minutos después. La guitarra llenó el local con los primeros acordes mientras el silencio se apoderaba de todos los presentes. Una bailaora apareció sobre el escenario y el taconeo empezó a mezclarse con las palmas en una combinación que siempre conseguía ponerme un nudo en la garganta.

Sin darme cuenta sonreí.

Hugo lo notó.

—Te emociona.

Asentí muy despacio.

—Mi madre bailaba.

La voz casi no me salió.

Miré el escenario sin apartar los ojos de la bailaora.

—Lo hacía increíble. Hubiera podido dedicarse profesionalmente a ello. Tenía el nivel, te lo aseguro.

Recuerdo que, cuando era pequeña, llenaba el salón de Montealto de música y me obligaba a seguirle el compás aunque yo protestara porque quería jugar.

Sonreí al recordar aquello.

—Decía que el flamenco no se aprendía con los pies, sino con el corazón.

Permanecimos un rato en silencio.

La cantaora comenzó entonces *A Tu Vera* y sentí que algo se removía dentro de mí.

Era una de las canciones favoritas de mi madre.

No me di cuenta de que estaba tarareándola hasta que Hugo me miró.

—¿Tú también bailas?

Negué.

—Me gusta.

—Eso no responde.

Sonreí.

—Ella me enseñó.

Miré el escenario.

—Pero nunca he estado a su altura.

Hugo permaneció unos segundos completamente callado.

Después se levantó.

—¿Dónde vas?

No respondió.

Se acercó directamente al escenario y habló unos instantes con la cantaora.

Vi cómo ella sonreía mientras giraba la cabeza hacia mí.

Y entonces comprendí lo que acababa de hacer.

—No.

Me levanté de golpe.

—¡Hugo!

Demasiado tarde.

La cantaora tomó el micrófono.

—Esta noche tenemos entre nosotros a una jerezana que, según me cuentan, baila con el alma.

Sentí que toda la sangre desaparecía de mi cara.

Varias personas comenzaron a aplaudir.

Yo quería desaparecer.

Hugo regresó junto a la mesa con una tranquilidad desesperante.

—Estás loco.

Sonrió.

—Un poco.

—No pienso subir.

La cantaora volvió a insistir.

El público también.

Alguien gritó:

—¡Que salga!

No sé cómo ocurrió.

Solo sé que unos segundos después estaba sobre aquel pequeño escenario, con las piernas temblando y el corazón golpeándome con tanta fuerza que apenas podía respirar.

La guitarra volvió a sonar.

Las primeras palmas comenzaron a marcar el compás.

Cerré los ojos.

Y entonces dejé de estar allí.

Volví a tener ocho años.

Volví a ver a mi madre bailando en el salón de Montealto.

Volví a escuchar sus risas.

Sus consejos.

Su voz corrigiendo la posición de mis brazos.

Cuando abrí los ojos, el cuerpo empezó a moverse casi solo.

Las manos dibujaban el aire.

Los pies encontraban el compás sin esfuerzo.

La falda giraba alrededor de mis piernas mientras el tablao entero desaparecía para dejar paso únicamente a la música.

No sé cuánto duró.

Quizás tres minutos.

Quizás toda una vida.

Cuando terminó la última nota, el silencio apenas existió un instante antes de romperse bajo una ovación inmensa.

Todo el local estaba en pie.

Aplaudiendo.

Sentí que las mejillas me ardían.

Bajé del escenario casi corriendo.

Hugo seguía sonriendo.

—Estás completamente loco, loco del todo.

Él negó despacio.

—Lo estaría si dejara escapar momentos como ese.

Me quedé mirándolo.

Todavía sin respiración.

—Tienes muchísimo talento, Aitana.

Su voz sonó serena.

—Y llevas demasiado tiempo escondiéndolo.

No fui capaz de responder.

Solo bajé la vista hacia la copa mientras una emoción extraña me apretaba la garganta.

Permanecimos allí un rato más, hablando de mi supuesto talento mientras terminábamos las bebidas, y cuando abandonamos el local la noche de Jerez seguía llena de música.

Volvimos a Montealto entre bromas y comentarios sobre la actuación. Yo seguía avergonzada y él seguía convencido de que había hecho lo correcto.

Al llegar a la finca, las luces estaban casi todas apagadas.

Solo una permanecía encendida.

La del dormitorio de Beatriz.

Hacía mucho tiempo que ella, que era más fría que un témpano, no compartía dormitorio con Ignacio. Según me contó Hugo, lo consideraba poco elegante. Lo de compartir lecho quiero decir. Por lo visto, el amor también estaba reñido con la elegancia. Cuánta pamplina podía caber en el cuerpo de un solo ser humano.

Me quedé inmóvil.

—No quiero bajar. Te juro que me da pavor.

Hugo apagó el motor.

—No tengas miedo.

Rodeó el coche y abrió mi puerta con una naturalidad que me hizo sonreír.

Intenté bajar deprisa.

Lo suficiente para que, si miraba en ese momento por la ventana, atraída por el ruido del coche, no me viera.

Pero claro, basta que desees hacerte imposible para que la jugada te salga regular.

Tropecé con el bordillo.

Y terminé chocando de lleno contra su pecho.

Él me sujetó por la cintura para que no cayera mientras yo intentaba recuperar el equilibrio.

Nos miramos apenas un segundo.

Después sonrió.

—Bueno... tampoco hacía falta tanta efusión.

La carcajada que solté resonó en mitad del silencio de Montealto.

¡Bravo! Justo lo contrario de lo que pretendía. Una de mis especialidades, aparte de bailar en un tablao flamenco sin preparación previa, era la de meter la pata hasta el fondo.

Miré hacia la ventana y entonces la vi. El caso es que su comentario me hizo reír tanto que no pude contener la risa. Y eso que, pese a la distancia que me separaba de la ventana, vi hielo en los ojos de Beatriz.

Me quité de en medio tan pronto como pude. Y juro que esa madrugada tuve pesadillas con que la bruja venía a buscarme y me sacaba de la cama a rastras, poniéndome de patitas en la calle.

Me desperté con la boca seca y el corazón latiéndome a mil. No paraba de meterme en problemas. Suerte que ya me iba de Montealto porque lo que los ojos de esa arpía acababan de ver no sería algo que estuviera dispuesta a pasar por alto. No cuando me había separado de Jaime y ya estaría en su cama elucubrando sobre que yo quería algo con Hugo.

Lo mejor sería hablar con Ignacio a primera hora de la mañana y acelerar mi salida de Montealto. Eso haría antes de que su mujer me cayera encima como una fiera.

Capítulo 23



Por la mañana me desperté antes incluso de que sonara el despertador. Apenas había dormido cuatro horas, pero no por tristeza, sino por esa extraña mezcla de miedo e ilusión que llevaba días acompañándome desde que tomé la decisión de marcharme a Londres. A lo que sumé la dichosa pesadilla.

Permanecí unos minutos remoloneando mientras escuchaba cómo Montealto comenzaba a desperezarse poco a poco: el ruido lejano de algún tractor, las voces apagadas del personal entrando por la cocina y el aroma del café recién hecho que siempre terminaba colándose por el pasillo.

Aquella casa había sido mi hogar toda la vida y, sin embargo, sentía que estaba preparada para despedirme de ella.

Me vestí despacio y me dirigí directamente al despacho de Ignacio. Sabía que a esas horas revisaba la correspondencia de las bodegas antes de comenzar las reuniones del día y, cuando llamé suavemente a la puerta, escuché su voz grave invitándome a pasar. Levantó la cabeza del montón de papeles que tenía sobre la mesa y sonrió al verme.

—Buenos días, Aitana. ¿Ha ocurrido algo?

Negué mientras cerraba la puerta a mi espalda. De pronto, todas las palabras que había ensayado desaparecieron.

—Quería hablar con usted.

Ignacio dejó la pluma sobre la mesa y me indicó la silla que tenía delante.

—Pues siéntate.

Obedecí, aunque apenas permanecí unos segundos sentada antes de volver a levantarme. Los nervios me estaban jugando una mala pasada.

—No hace falta.

Él me observó con atención.

—Te noto inquieta.

Tragué saliva.

—Porque dentro de unos días me marcho.

Durante un instante no dijo absolutamente nada.

La sonrisa fue desapareciendo poco a poco de su rostro mientras asimilaba la noticia.

—¿Te marchas?

Asentí.

—A Londres.

Sus ojos permanecieron fijos en mí.

—¿Ha pasado algo en concreto? ¿Algo que yo deba saber?

Bajé la vista hacia la alfombra mientras intentaba encontrar una respuesta sencilla.

—No, no es eso.

Mentí.

Ignacio guardó silencio.

Después bajó también la mirada y suspiró muy despacio.

Tuve la sensación de que había entendido mucho más de lo que yo acababa de contarle.

—Lo lamento muchísimo.

Su voz sonó sincera.

—De verdad.

Se levantó de la silla y rodeó la mesa.

Jamás olvidaré lo que hizo después.

Me abrazó.

Sin ceremonias.

Sin distancia.

Como si hubiera vuelto a ser aquella niña que correteaba por los jardines de Montealto con las rodillas llenas de arañazos al lado de su hija Lucía.

Sentí que las mejillas comenzaban a arder.

No estaba acostumbrada a recibir aquel cariño.

Mucho menos de él.

—Te vamos a echar de menos, Aitana.

La emoción me cerró la garganta.

Solo pude darle las gracias en voz baja antes de salir del despacho, intentando que no se notara que estaba a punto de llorar.

No había recorrido ni veinte metros del pasillo cuando me crucé con Beatriz.

Venía caminando hacia mí con esa elegancia impecable que parecía utilizar como armadura, vestida de blanco y con un bolso diminuto colgado del brazo. Bastó verla para que todo el calor del abrazo de Ignacio desapareciera de golpe.

Ella también me vio.

Y comprendí que iba a detenerse.

Antes de que pudiera abrir la boca, respiré hondo.

—Acabo de comunicarle a su marido que me marcho dentro de unos días, así que ya no debe temer nada.

Beatriz arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

Asentí.

—Así es. Me marcho a Londres.

Sus labios dibujaron una sonrisa apenas perceptible.

—¿Te marchas sola?

La forma de preguntar hizo que entendiera inmediatamente lo que estaba pensando.

Temía que huyera con Jaime.

Sentí una mezcla de rabia y lástima.

—Sola.

Nos sostuvimos la mirada unos segundos.

Después ella hizo una leve inclinación de cabeza y continuó caminando sin decir una sola palabra más.

Por extraño que pareciera, aquella pequeña victoria me hizo sentir más ligera.

Busqué a Lucía por toda la casa hasta encontrarla en las cuadras, dando zanahorias a uno de los caballos mientras discutía risueña con el mozo porque aseguraba que el animal la quería más a ella que a él.

Nada más verme levantó la cabeza.

—Tengo un plan.

Sonreí.

—Ven conmigo, Aitana.

Se acercó hasta mí y me tomó de la mano.

—Vamos a dar un paseo.

Miré alrededor.

—¿Ahora?

—Ahora, ¿o lo dejamos para cuando me abandones?

—No seas dramática. Además, espero que vengas muy pronto a verme a Londres. A diferencia de mí, tú coges aviones a cada momento.

Señaló los caballos.

—Cierto, pero mientras vamos a pasear como cuando éramos pequeñas.

No pude evitar sonreír.

Hacía años que no montábamos juntas por los caminos de Montealto.

—La bruja se va a enfadar si nos ve.

Lucía soltó una carcajada.

—Pues límpiate el culo con su enfado, ¿qué va a hacer ya? ¿Echarte?

Unos minutos después cabalgábamos entre los viñedos bajo un cielo completamente azul. El aire olía a tierra húmeda y a hojas nuevas, y el sonido de los cascos golpeando el camino despertó recuerdos que llevaba demasiado tiempo guardados.

Hablábamos de todo.

De Londres.

De Jacobo.

De las botas plateadas que Lucía seguía empeñada en comprarse.

Y durante un rato tuve la sensación de haber recuperado a la niña que había sido antes de que todo se complicara.

Al pasar junto a una de las parcelas vi a Hugo hablando con varios trabajadores.

Se volvió hacia nosotras al escuchar el ruido de los caballos.

Sonrió.

Yo levanté una mano.

Y, sin pensar demasiado lo que hacía, le grité desde lejos: —¡Hugo! ¡Que me marcho! ¡Voy a ser libre!

Varios vendimiadores se giraron riéndose.

Lucía empezó a aplaudir desde el caballo.

Hugo negó despacio con la cabeza, aunque seguía sonriendo.

No respondió.

Solo levantó también la mano y la mantuvo en alto mientras nos alejábamos entre las cepas.

Y por un instante, mientras el viento me despeinaba y el caballo avanzaba al trote entre los caminos de Montealto, tuve la sensación de que el futuro podía dar mucho menos miedo del que había imaginado.

Capítulo 24



La última noche en Montealto llegó pronto.

Había pasado el día entero guardando cosas, doblando ropa, revisando papeles y fingiendo que la maleta abierta sobre mi cama no significaba exactamente lo que significaba. Irene había subido dos veces con excusas distintas, Sonia tres, y Lucía directamente se había instalado en mi habitación durante media tarde para supervisar que no me dejara nada importante, aunque en realidad las dos sabíamos que solo buscaba alargar un poco más la despedida.

Cuando dieron las nueve, yo ya estaba convencida de que la noche terminaría en pijama, tras una cena ligera y con la mirada perdida en la ventana de mi habitación, intentando memorizar el sonido de Montealto antes de marcharme.

Por eso me sorprendió escuchar unos golpes suaves en la puerta.

Pensé que sería Lucía, o quizás Sonia con alguna broma de última hora, pero al abrir encontré a Hugo al otro lado del pasillo. Llevaba una camisa blanca, chaqueta oscura y esa expresión enigmática que siempre parecía esconder algo más de lo que decía. Durante unos segundos no supe cómo reaccionar. No esperaba verle allí, mucho menos a esas horas, y de pronto fui demasiado consciente de mi aspecto: unos vaqueros sencillos, una blusa clara y el pelo recogido deprisa con una pinza.

—¿Ocurre algo? —le pregunté, intentando no sonar tan nerviosa como me sentía.

Hugo sonrió apenas, con las manos en los bolsillos y los ojos detenidos en mí de una forma que consiguió dejarme sin palabras antes incluso de saber qué quería.

—Sí. Te invito a cenar.

Parpadeé.

—¿Ahora?

—Ahora.

Miré hacia el reloj del pasillo, como si aquello pudiera demostrarle que la idea era absurda.

—Hugo, son las nueve. No estoy arreglada. Tendría que cambiarme, peinarme, maquillarme un poco, buscar unos zapatos decentes y probablemente aceptar que mi maleta se ha tragado la mitad de mi ropa.

Él escuchó toda la lista sin perder la sonrisa.

—Estás perfecta.

Sentí que el calor me subía al cuello.

—No lo estoy.

Hubo una pausa breve, de esas que se llenan de cosas que nadie termina de decir.

—Además, es una cena informal.

Aquello me hizo desconfiar.

—Cuando alguien como tú dice "informal", suele significar que los cubiertos valen más que mi sueldo.

La risa baja que soltó me tranquilizó un poco.

—Prometo que no habrá cubiertos intimidantes.

—¿Y tengo opción de negarme?

—No demasiada.

Me miró con una suavidad que desarmaba.

—Es tu última noche en Montealto. Déjame despedirte como mereces.

No supe qué responder.

Quizás porque nadie me había dicho nunca algo así.

Quizás porque llevaba días intentando ser fuerte y aquella frase consiguió tocar justo el lugar donde más frágil me sentía.

Asentí despacio, cogí una chaqueta fina y salí al pasillo con él. Caminamos por la casa en silencio, bajando por la escalera secundaria para evitar la zona principal, donde todavía podían escucharse algunas voces lejanas. Beatriz no apareció. Jaime tampoco. Por una vez, Montealto parecía concederme unos minutos sin fantasmas.

Hugo me condujo hacia la zona de las bodegas.

El aire de la noche olía a madera y a esa humedad antigua que siempre rodeaba los edificios donde dormía el vino. Las luces exteriores dibujaban sombras suaves sobre las paredes encaladas y, a medida que nos acercábamos, empecé a escuchar una música muy baja. Una guitarra. Palmas lejanas. Una voz cálida que reconocí al instante cuando entramos.

Sonaba *Es el sur*, de Costa Sur.

Me detuve en la entrada.

No porque no quisiera seguir.

Sino porque lo que vi dentro me dejó sin respiración.

En una de las salas más antiguas de la bodega, entre barricas alineadas y paredes de piedra, Hugo había preparado una mesa para dos. No una mesa ostentosa ni recargada, sino preciosa. Un mantel claro, copas finas, velas repartidas sobre pequeñas bases de cristal y varios puntos de luz cálida que hacían brillar la madera oscura de las barricas. En el centro había flores sencillas, de campo, nada excesivo, y una selección de platos pequeños colocados con tanto esmero que parecía imposible que aquello fuera para mí.

Había quesos curados, uvas, pan recién tostado, jamón cortado finísimo, pequeñas porciones de atún rojo, salmorejo servido en cuencos diminutos, aceitunas aliñadas, croquetas doradas, milhojas de berenjena con miel y varios platos más que olían de maravilla. Al lado de cada uno, una copa distinta esperaba el vino correspondiente.

Me giré hacia él sin saber qué decir.

—Hugo...

Él se acercó a una de las sillas y la apartó para mí.

—Siéntate.

Obedecí casi sin pensar.

Seguía observándolo todo con una mezcla de asombro y emoción que me tenía la garganta cerrada.

—Esto es fantástico.

La frase se quedó cortísima.

Demasiado.

Él ocupó la silla frente a mí y, durante unos segundos, solo me miró. No de una forma invasiva, sino con una atención serena que parecía decir que aquella noche estaba pensada únicamente para que yo pudiera respirar.

—Te mereces que Montealto te agasaje una vez.

Sus palabras me golpearon con una ternura inesperada.

—Yo no...

—Sí.

No me dejó terminar.

—Has trabajado aquí toda tu vida. Tu madre también. Has cuidado esta casa, a esta familia y a muchas personas que no siempre han sabido devolverte ni la centésima parte de lo que dabas.

Bajé la mirada hacia la servilleta porque los ojos empezaban a escocerme.

—No hacía falta.

—Claro que hacía falta.

Su voz sonó serena, pero firme.

—No quería que tu última noche aquí fuera solo una maleta abierta y una despedida triste.

La música siguió sonando de fondo mientras comenzábamos a cenar. Hugo me explicó cada plato con una mezcla de orgullo y humor que consiguió arrancarme varias sonrisas. Me contó qué vino había elegido para acompañar los quesos, cuál para el atún, cuál para el jamón y cuál para el postre, aunque él apenas probó un par de sorbos de cada copa porque insistía en que debía conservar la cabeza fría para "entregarme de vuelta a mi habitación sin incidentes diplomáticos".

—¿Siempre eres tan responsable? —le pregunté, pinchando una croqueta.

—No.

—Menos mal.

—Solo cuando la persona a la que acompaño tiene tendencia a tropezarse al bajar de los coches.

Le lancé una mirada indignada.

—Eso fue culpa tuya.

—¿Mía?

—Abriste la puerta con demasiada elegancia. Una se desestabiliza.

Hugo soltó una carcajada y aquella risa llenó la bodega de una calidez que me hizo sonreír sin poder evitarlo.

Durante la cena hablamos de Londres. De los niños que tendría que cuidar. Del inglés. De mi miedo a no entender nada los primeros días y acabar respondiendo *"yes"* a todo aunque me estuvieran preguntando si quería vender un riñón. Él se rio con ganas, pero después me recordó que nadie empezaba sabiendo, que ser valiente no significaba no tener miedo, sino avanzar incluso con las piernas temblando.

Brindamos con una copa de vino blanco.

—Por Londres —dijo él, levantando la suya.

Yo choqué mi copa con la suya, aunque la palabra me produjo un vértigo extraño.

—Por Londres.

—Por una vida distinta.

—Por una vida mía —corregí en voz baja.

Hugo me miró con una intensidad suave.

—Eso suena mucho mejor.

El silencio que siguió no se hizo pesado. Fue de esos que parecen guardar algo bonito entre dos personas que todavía no saben muy bien qué hacer con lo que notan que fluye. Miré alrededor, las barricas, las luces, las flores, la mesa preparada con tanto cuidado, y sentí una gratitud inmensa. No solo por la cena. Por el gesto. Por la forma en que Hugo me estaba despidiendo de Montealto, sin intentar retenerme, sin juzgarme y sin hacerme sentir culpable.

—Gracias —murmuré.

Él negó despacio.

—No me las des todavía. Falta el postre.

Aquello me hizo reír.

El postre resultó ser una tarta pequeña de queso con mermelada de Pedro Ximénez y dos cucharillas, porque, según Hugo, era una ración "perfectamente calculada para dos personas civilizadas, no como la agonías de Lucía". Acabamos discutiendo por la última cucharada como si tuviéramos cinco años y, cuando me la cedió con una reverencia exagerada, sentí que algo dentro de mí se aflojaba por fin.

La noche avanzó despacio, entre música baja, risas suaves y miradas que a veces se quedaban un segundo más de lo prudente. Ninguno de los dos habló del resto de su familia. Aquella cena parecía existir en un territorio aparte, un pequeño refugio dentro de la bodega donde todo lo que me había dolido durante los últimos meses podía quedarse fuera, aunque solo fuera durante unas horas.

Cuando llegó el momento de marcharnos, me costó levantarme.

No quería romper aquello.

Hugo lo notó, pero no dijo nada. Se limitó a acompañarme hasta la salida, apagando algunas luces a nuestro paso mientras la última canción seguía sonando muy baja detrás de nosotros.

Fuera, la noche estaba templada.

Caminamos de regreso a la casa en silencio, muy cerca el uno del otro. Al llegar al pie de la escalera secundaria, me detuve y me volví hacia él. La luz del pasillo le dibujaba sombras suaves en el rostro y, por alguna razón, sentí que esa despedida no era solo de Montealto.

También era de una versión de mí que se quedaba allí.

—Ha sido la cena más bonita que nadie ha preparado para mí —le confesé.

Hugo no sonrió enseguida.

Su mirada se quedó en la mía con una calidez que me hizo contener el aire.

—Entonces ha merecido la pena.

No sé quién se movió primero.

Quizás él.

Quizás yo.

Solo sé que, un segundo después, me rodeó con los brazos y me atrajo hacia sí en el abrazo más cálido que recordaba. No hubo prisa. No hubo torpeza. No hubo nada que sonara a despedida precipitada. Solo sus manos firmes en mi espalda, mi mejilla apoyada contra su pecho y esa sensación inesperada de estar a salvo justo la noche antes de marcharme.

Cerré los ojos.

Y durante unos instantes me permití quedarme allí.

Sin pensar en Londres.

Sin pensar en Montealto.

Sin pensar en nada más que en aquel abrazo.

Cuando nos separamos, ninguno dijo demasiado.

Subí las escaleras con el corazón lleno de una emoción difícil de nombrar y, al llegar a mi habitación, me detuve un segundo antes de abrir la puerta. La maleta seguía allí, esperando sobre la cama, pero por primera vez no me pareció solo una huida.

También parecía una promesa.

Capítulo 25



La mañana de mi marcha comenzó con un nudo en la garganta y una maleta ya cerrada sobre la cama.

Había pensado que sería más fácil. Que después de tomar la decisión, hablar con Ignacio, despedirme de Montealto en la cena más bonita que nadie me había preparado nunca y pasar la noche entera intentando convencerme de que Londres era el principio de algo nuevo, levantarme y marcharme sería solo el último paso. Sin embargo, cuando bajé a la cocina y encontré a Irene, Sonia y Rodolfo esperándome con unas caras que intentaban ser normales y no lo conseguían ni de lejos, comprendí que ninguna despedida de verdad era sencilla.

Irene fue la primera en abrazarme. No dijo nada al principio, solo me estrechó contra ella con tanta fuerza que durante unos segundos volví a mi infancia y a buscar en sus brazos el consuelo que tantas veces me faltó desde que murió mi madre. Sonia, que llevaba un pañuelo en la mano y la nariz roja, intentó disimular haciendo una broma sobre mi futuro inglés, aunque la voz le tembló en la última palabra.

—Prométeme una cosa —me pidió, señalándome con el pañuelo—. No te conviertas en una repelente de esas que vuelven diciendo *"oh, darling"* y bebiendo té a las cinco con cara de Mary Poppins.

Me eché a reír pese a las lágrimas.

—¿Qué tienes tú contra Mary Poppins?

—Tirria desde niña. Muchísima. Esa mujer saca muebles de un bolso y todo el mundo lo ve normal. A mí me dio miedo siempre. Oculta algo, te lo digo yo.

Rodolfo carraspeó, muy digno, aunque tenía los ojos brillantes.

—Sonia, por favor, Aitana se va a Londres, no la espantes con historias locas de niñeras diabólicas.

Nos hizo reír a todos, y quizás por eso dolió todavía más. Porque entre aquellas paredes había habido momentos horribles, sí, pero también estaba mi gente. Irene, que había sido casi una segunda madre. Sonia, mi amiga de confidencias y tonterías. Rodolfo, que fingía ser serio mientras se preocupaba por todos como si fuéramos su familia.

Me extrañó no ver a Lucía, a quien adoraba y necesitaba a la vez.

Miré hacia la puerta varias veces mientras apuraba el café que Irene insistió en prepararme, pero no apareció. Pensé que quizás no podía soportar la despedida. O que vendría en el último segundo, fiel a su estilo, con algún comentario divertido para rompernos a todas y hacernos reír justo cuando más ganas teníamos de llorar.

Cuando subí a por la maleta y bajé de nuevo, Rodolfo ya estaba en el pasillo dando instrucciones a Germán, el chófer.

—Prepare el coche, por favor. La señorita Aitana sale en unos minutos.

Me detuve en seco.

—No, no. Llamaré a un taxi.

Rodolfo me miró como si acabara de proponer cruzar el Atlántico en patinete.

—De ninguna manera. En esta ocasión irás con chófer.

—Rodolfo...

—No se discute.

La firmeza con la que lo dijo me emocionó más de lo que quería admitir. Estaba a punto de responder cuando la puerta lateral se abrió y Lucía apareció en el pasillo.

Al verla, todo dentro de mí se detuvo.

No venía como esperaba. No venía corriendo ni protestando ni fingiendo que la nuestra era una escena dramática de aeropuerto. Venía pálida, con el rostro desencajado y los ojos llenos de lágrimas. Tenía esa cara fantasmagórica de quien acaba de escuchar una noticia tan terrible que todavía no sabe dónde colocarla dentro del cuerpo.

Solté la maleta.

—Lucía...

Ella intentó hablar, pero no pudo. Se llevó una mano a la boca y entonces comprendí que algo espantoso había ocurrido.

Crucé el pasillo hacia ella.

—¿Qué pasa?

Sus ojos buscaron los míos, rotos, perdidos, y cuando por fin consiguió pronunciar las palabras, todo Montealto pareció derrumbarse a nuestro alrededor.

—Mi padre se muere.

No entendí la frase.

O no quise entenderla.

—¿Qué?

Lucía empezó a llorar con una desesperación que jamás le había visto.

—Se muere, Aitana. Se muere.

La abracé incluso antes de saber qué estaba haciendo. Ella se agarró a mí con tanta fuerza que casi me hizo daño, pero no me moví. Irene se llevó una mano al pecho, incrédula. Sonia empezó a llorar también. Rodolfo permaneció inmóvil, blanco como la pared.

Entre sollozos, Lucía consiguió explicarme que Ignacio llevaba días encontrándose mal. Cansancio extremo, cierta pérdida de peso, dolor abdominal que al principio había confundido con estrés, náuseas, falta de apetito y una coloración amarillenta en la piel que esa misma mañana por fin le había asustado lo suficiente para acudir al médico. Las pruebas urgentes habían sido demoledoras. Un cáncer de páncreas muy avanzado, con afectación hepática. Le quedaban apenas un par de meses, quizás algo más si respondía a cuidados paliativos, pero sin margen real para luchar contra aquello como se lucha contra una enfermedad que aún permite esperanza.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

Ignacio.

El hombre que había permitido que mi madre siguiera en Montealto cuando se quedó sola y embarazada. El hombre que me había dado trabajo cuando ella murió. El hombre que me había abrazado el día anterior y afirmó que me echaría de menos.

No podía ser.

Lucía se separó apenas lo justo para mirarme, con la cara llena de lágrimas y una súplica tan desnuda que me partió por dentro.

—No te vayas, Aitana, no me dejes ahora.

Mi garganta se cerró.

—Lucía...

—Por favor.

Negó una y otra vez mientras me sujetaba las manos.

—No puedo hacerlo sin ti. No puedo. Beatriz va a convertir esto en una pesadilla, Jaime no sirve para nada, Hugo está intentando sostenerlo todo, pero yo... yo necesito que te quedes conmigo.

Miré la maleta caída en mitad del pasillo.

Miré a Irene, a Sonia, a Rodolfo.

Miré a mi amiga.

Y supe que no iba a subir a ningún coche.

No aquel día.

No así.

La abracé de nuevo y cerré los ojos mientras ella lloraba contra mi hombro.

—Me quedo.

Lucía soltó un sollozo más fuerte, casi de alivio.

—¿De verdad?

Le acaricié el pelo, intentando no romperme del todo.

—De verdad.

La maleta siguió allí, abandonada junto a la puerta, como si perteneciera a otra vida. Londres, que unas horas antes parecía el futuro, se convirtió de pronto en un lugar lejano, suspendido en algún punto al que ya no podía llegar.

Porque Montealto volvía a necesitarme.

Pero, sobre todo, porque Lucía me necesitaba.

Y yo no era capaz de dejarla sola en el peor día de su vida.

Capítulo 26

El médico recomendó administrar a Lucía un calmante suave antes de que terminara la mañana.

Había llorado durante horas, sin apenas respirar entre sollozo y sollozo, con una angustia tan intensa que Irene terminó llamando de nuevo al especialista por miedo a que aquella sensibilidad extrema volviera a desencadenar un episodio parecido al que semanas atrás la llevó al hospital. Nadie quería correr riesgos. Bastante duro era aceptar que Ignacio apenas disponía de unos meses de vida como para añadir un nuevo motivo de preocupación.

Cuando el medicamento empezó a hacer efecto, Lucía terminó quedándose dormida sobre la cama, abrazada a un cojín como si fuera una niña pequeña. Permanecí sentada junto a ella largo rato, acariciándole el pelo mientras las lágrimas seguían escapándose de mis ojos sin hacer ruido. Costaba reconocer en aquel cuerpo inmóvil a la mujer divertida, escandalosa y luminosa que llenaba Montealto de carcajadas cada mañana.

Al verla así comprendí que jamás habría podido marcharme.

Le aparté un mechón rubio de la frente y me levanté despacio para no despertarla. Cerré la puerta con cuidado y apoyé unos segundos la espalda en la pared del pasillo, intentando recomponerme antes de bajar.

Fue entonces cuando vi a Hugo.

Estaba al otro lado del corredor, junto a una ventana abierta desde la que entraba una corriente de aire tibio. Tenía las manos en los bolsillos y la mirada perdida en los jardines, pero al escuchar el ruido de la puerta, giró lentamente la cabeza hacia mí.

Nunca le había visto aquella expresión.

Parecía haber envejecido diez años en una sola mañana.

Me acerqué sin decir nada.

Él tampoco habló al principio.

Solo preguntó en voz baja:

—¿Cómo está?

Miré hacia la habitación.

—Dormida.

Asintió despacio.

—Mejor.

El silencio volvió a instalarse entre los dos. Era ese tipo de silencio que nace cuando el dolor ocupa tanto espacio que las palabras terminan sobrando.

Respiré hondo.

—Me quedo. No puedo marcharme en estas circunstancias. Aparte de Jacobo, Ignacio es todo lo que Lucía tiene en el mundo. Y ahora que está a punto de perderlo, es como si ese mundo suyo se dinamitara.

Hugo levantó la vista.

Sus ojos se clavaron en los míos durante unos segundos.

Después sonrió apenas, con una tristeza infinita.

—Es un gesto muy grande. Te honra, Aitana. Eres una persona leal, y la lealtad es un bien escaso, muy escaso, hoy en día.

Negué.

—No podía irme. No soy una heroína. Simplemente la quiero con toda mi alma.

Él comprendía perfectamente por qué.

—Lucía te necesita más que nunca.

Hizo una pequeña pausa.

—Y no solo ella.

Bajó la mirada hacia el suelo antes de terminar la frase.

—Creo que todos vamos a necesitarte.

Suspiré.

—Bueno... Beatriz no creo.

Mi certeza consiguió arrancarle una sonrisa exhausta.

—Olvídate de mi madre. No merece la pena ni hablar de ella en un momento tan doloroso para todos.

Me apoyé en la pared.

—Más fácil decirlo que hacerlo. Cuando sepa que me quedo, su fastidio no tendrá límite.

Hugo se cruzó de brazos.

—Me ocuparé de ella. Le hablaré.

Lo miré sorprendida.

—¿Para qué?

—Para comunicarle que te quedas.

Negué inmediatamente.

—No hace falta. Yo misma se lo diré. Si intercedes por mí, igual…

—Sí hace falta.

Su tono era convincente.

—Y, además, ahora mismo tiene otras preocupaciones mucho más importantes que enfrentarse contigo. Su marido se muere.

Guardó silencio un instante.

—Déjamelo a mí.

Ojalá.

Solo pude responder aquello.

Ojalá.

A media mañana, Ignacio pidió reunir a todo el servicio en el salón principal de la casa.

Nunca olvidaré aquella imagen.

Rodolfo permanecía de pie junto a la puerta con los ojos completamente enrojecidos. Irene apretaba un pañuelo entre las manos mientras Sonia intentaba contener el llanto mordiéndose el labio inferior. Germán, los jardineros y el resto del personal ocupaban la estancia en un silencio absoluto.

Ignacio apareció acompañado por Hugo y por Jaime, a quien ni siquiera le dediqué una mirada.

Caminaba despacio.

Mucho más despacio de lo habitual.

Parecía cansado.

Terriblemente cansado.

Aun así, mantuvo la espalda recta y esa elegancia que siempre había caracterizado cada uno de sus movimientos.

Nos miró uno por uno antes de comenzar a hablar.

—Supongo que todos conocéis ya la noticia.

Nadie respondió.

Él sonrió con una serenidad que me rompió por dentro.

—Los médicos han sido bastante claros conmigo.

Respiró despacio.

—Mi final está más cerca de lo que ninguno habría deseado.

Varias personas comenzaron a llorar.

Él levantó una mano pidiendo calma.

—Por favor.

Esperó unos segundos.

—Solo quiero pediros una cosa.

Su mirada recorrió la estancia.

—No permitáis que Montealto deje de ser Montealto.

El silencio volvió a hacerse enorme.

—Quiero que esta casa siga respirando alegría. Quiero escuchar las risas de Lucía. Quiero seguir oliendo el pan recién hecho de Irene y escuchar a Sonia protestar porque Rodolfo vuelve a colocar las sillas donde no debe.

Varias sonrisas se mezclaron con las lágrimas.

Ignacio continuó.

—No quiero una casa de luto antes de tiempo.

Su voz se quebró apenas un instante.

—Quiero despedirme de Montealto como se merece.

Rodolfo dio un paso adelante.

La emoción apenas le permitía hablar.

—Don Ignacio...

Se aclaró la garganta.

—¿Podemos hacer algo por usted?

Ignacio lo miró condescendiente.

—Sí.

Sonrió.

—Seguid actuando con normalidad.

Nada más.

Aquellas palabras terminaron de destrozarnos.

La reunión concluyó poco después, aunque nadie parecía capaz de moverse del sitio.

Yo salí al jardín intentando respirar un poco cuando escuché mi nombre.

Era Ignacio.

Venía caminando despacio, acompañado únicamente por Hugo.

Se acercó hasta mí y me tomó una mano entre las suyas.

—Gracias.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Por quedarte.

Me sorprendió que lo supiera tan pronto.

Él sonrió.

—Hugo me lo ha contado.

Noté un nudo en la garganta.

—Es lo menos que podía hacer por su hija.

Ignacio negó muy despacio.

—No.

Su mirada se volvió extraordinariamente cálida.

—Has renunciado a una oportunidad importante por acompañar a Lucía en el peor momento de su vida.

Apretó mi mano con suavidad.

—No olvidaré nunca ese gesto.

Sentí que las lágrimas amenazaban con volver.

No fui capaz de responder.

Solo bajé la cabeza.

En ese mismo instante apareció Beatriz al final del sendero.

Caminaba despacio, impecable como siempre, pero con el rostro endurecido y una expresión tan desagradable que parecía estar oliendo algo insoportable.

Se detuvo a pocos metros.

Miró la mano de Ignacio sujetando la mía.

Después me miró a mí.

Y, por último, dirigió una larga mirada a Hugo.

No dijo una sola palabra.

Su gesto bastaba para dejar claro que seguía viendo en mí un problema incluso cuando el hombre con el que compartía su vida acababa de recibir la peor noticia imaginable.

Ignacio soltó mi mano con tranquilidad.

Yo respiré hondo.

Y comprendí que, aunque la enfermedad hubiera cambiado muchas cosas en Montealto, había corazones que jamás cambiarían.

Después me refugié en mi dormitorio. Demasiadas emociones juntas para un solo día. Miré esa maleta, cuyas ruedas ya no harían su función en el aeropuerto. Partí el billete de avión que ya no me trasladaría a Londres. Y pensé cuán irónico era ese destino que juega con nosotros en el momento menos pensado. Y luego pensé en Lucía, en cuánto me iba a necesitar.

Capítulo 27



Los días siguientes tiñeron Montealto de un gris que parecía haberse instalado no sobre el cielo, sino dentro de la casa.

No llovía, pues la primavera jerezana era más que luminosa, pero el ambiente tenía esa humedad triste que se pega a las paredes, a la ropa y al ánimo. Los pasillos, que antes solían llenarse con la voz de Lucía, con las órdenes de Irene o con el ir y venir constante del personal, empezaron a sonar distintos. Más bajos. Más prudentes. Incluso las risas, cuando aparecían por accidente, se apagaban deprisa, como si todos recordáramos de pronto que Ignacio se consumía un poco más cada día en su dormitorio, en el despacho o en aquel sillón junto a la ventana donde se empeñaba en sentarse para mirar los viñedos.

El deterioro fue demasiado rápido.

A veces, por la mañana, Ignacio bajaba con una camisa impecable y esa dignidad suya que parecía resistirse incluso a la enfermedad, pero bastaba observarle unos minutos para notar que el cuerpo ya no obedecía igual. Caminaba más despacio, comía muy poco y su piel había adquirido un tono amarillento que Irene intentaba no mirar demasiado. Yo sabía muy bien el porqué; le recordaba demasiado al proceso por el que pasó mi madre, su querida amiga, que se nos fue en pocos meses.

Hugo estaba pendiente de cada visita médica, de cada medicación y de cada cambio de horario; hablaba con los especialistas, organizaba la casa y aun así encontraba tiempo para aparecer en la cocina, preguntarme si había desayunado o si Lucía había conseguido dormir más de tres horas seguidas.

Lucía no dormía casi nada.

Se quedaba sentada en mi cama, en la suya o en cualquier rincón de la biblioteca con una manta sobre las piernas y los ojos perdidos, repitiendo una y otra vez que no podía imaginar Montealto sin su padre. Había momentos en los que se derrumbaba de golpe, sin aviso, mientras charlábamos o tomábamos café, y entonces me buscaba la mano con una angustia que me rompía por dentro.

—No te vayas —me pedía cada dos por tres, incluso sabiendo que ya había roto el billete y que mi maleta volvía a estar deshecha—. Prométeme que no te vas a ir, Aitana. No ahora.

Y yo se lo prometía cada vez.

Se lo prometía mientras le apartaba el pelo de la cara, mientras la abrazaba en mitad del pasillo, mientras la acompañaba a ver a Ignacio y después recogía los pedazos de ella cuando salíamos de aquella habitación. Se lo prometía porque era verdad, ya que no podía dejarla sola, pero también porque, aunque Londres siguiera existiendo en algún lugar lejano de mi cabeza, Montealto me había atado de nuevo con un lazo que ya no tenía nada que ver con Jaime ni con Beatriz.

Jacobo estuvo a la altura desde el primer día.

Aparecía en cuanto podía, reorganizaba reuniones, conducía desde donde estuviera sin quejarse y se sentaba con Lucía durante horas, sin intentar obligarla a hablar cuando ella no podía y sin hacer de su dolor un espectáculo. A veces la hacía reír con alguna tontería inesperada, y otras simplemente se quedaba a su lado, sosteniéndole la mano mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro. Verlos juntos me emocionaba, porque había algo limpio y firme en la manera en que él la quería; nada de promesas imposibles, nada de frases perfectas, solo presencia, paciencia y una ternura que no necesitaba presumir de sí misma.

Hugo también estaba en todas partes.

No de una forma invasiva, sino constante. Si Lucía necesitaba algo, él ya lo había previsto. Si Ignacio quería hablar con los abogados, Hugo estaba allí. Si Irene se bloqueaba en la cocina con los ojos llenos de lágrimas, él aparecía para preguntarle por el menú como si aquella normalidad fingida pudiera ayudarla a respirar. Y conmigo hacía algo parecido. No me preguntaba cada diez minutos cómo estaba, quizás porque sabía que habría mentido, pero dejaba un café cerca de mí, me rozaba el brazo al pasar o me miraba desde el otro lado de una estancia con esa forma suya de decir sin palabras que me veía, que sabía cuánto me estaba costando sostener a Lucía mientras por dentro también me dolía todo.

Jaime, en cambio, parecía vivir en una casa distinta.

No digo que no estuviera afectado por lo de Ignacio. Quería creer que sí, que algo en él se removía al ver al hombre que lo trató como un hijo perder fuerza tan deprisa. Pero cada día me resultaba más difícil defender esa idea. Pasaba mucho tiempo con Patricia, entrando y saliendo, hablando de compromisos, de llamadas pendientes, de reuniones que, según él, no podían esperar. A veces aparecía en el dormitorio de Ignacio con gesto serio, permanecía allí dos minutos y después se marchaba como quien ha cumplido una obligación y punto.

Y cuanto más lo observaba, menos entendía cómo había estado tan ciega.

Había confundido su encanto con bondad, su deseo con amor y su cobardía con conflicto. Ahora empezaba a verlo de verdad. Veía su forma de apartarse cuando las cosas se ponían feas, su manera de protegerse siempre a sí mismo antes que a nadie y esa tendencia a medirlo todo según lo que podía perder. Cada día se parecía un poco más a Beatriz. No en la frialdad evidente de ella, no en sus gestos calculados ni en esa crueldad refinada que convertía cualquier frase en una bofetada, pero sí en algo más profundo y quizás más triste: en la incapacidad de querer sin colocarse primero en el centro.

Una tarde, mientras Lucía dormía por fin después de llorar hasta quedarse agotada, bajé a la cocina y encontré a Hugo junto a la mesa, hablando en voz baja con Irene. Al verme, interrumpió la conversación y me ofreció una taza de café que ya estaba preparada.

—Sabía que bajarías —me comentó.

La acepté con las dos manos, demasiado cansada incluso para bromear.

—¿Tengo cara de necesitar cafeína o de necesitar un exorcismo?

—Un poco de ambas.

Su respuesta me arrancó una sonrisa mínima.

Hugo me observó con una tristeza suave.

—Lo estás haciendo muy bien con ella.

Bajé la mirada hacia la taza.

—No sé qué estoy haciendo.

—Estás quedándote.

La sencillez con la que lo dijo me hizo tragar saliva.

—A veces basta con eso.

No respondí, porque si lo hacía iba a llorar, y últimamente lloraba tanto que empezaba a parecer parte de mi uniforme. Entonces, desde el piso de arriba, escuchamos la voz de Lucía llamándome. No gritó. Solo pronunció mi nombre, pero había tanto miedo en aquella palabra que dejé la taza sobre la mesa y salí casi corriendo.

Cuando llegué, estaba sentada en la cama, con la cara descompuesta.

—Pensé que te habías ido. Creo que lo he soñado.

Me acerqué enseguida y me senté a su lado.

—Estoy aquí.

—No me dejes.

Le cogí la mano y la apreté con fuerza.

—No me voy a ninguna parte.

Lucía cerró los ojos y apoyó la frente contra mi hombro, respirando con dificultad mientras yo le acariciaba la espalda y miraba por la ventana el paisaje gris de Montealto. A lo lejos, entre los viñedos, vi a Hugo caminando junto al médico hacia la casa. Más allá, en el patio, Jaime ayudaba a Patricia a subir al coche con una atención elegante, casi perfecta, y aquella imagen, que semanas atrás me habría destrozado, apenas consiguió remover algo cansado dentro de mí.

Ya no era amor.

Ni siquiera rabia.

Era la claridad amarga de quien despierta tarde, pero despierta.

Apreté un poco más la mano de Lucía y comprendí que mi lugar, en aquel momento, estaba allí. No por Ignacio. Ni siquiera por Montealto.

Por ella.

Y quizás también por esa versión de mí que empezaba a aprender, despacio y con dolor, que quedarse no siempre significaba rendirse.

Capítulo 28



La llegada de la Feria de Jerez pasó casi desapercibida dentro de Montealto.

En cualquier otro año aquello habría supuesto una revolución. Irene habría empezado a preparar tortillas y filetes empanados para las vueltas de madrugada, Sonia habría aparecido con algún pendiente nuevo comprado a escondidas y Lucía llevaría semanas enseñándonos los trajes de flamenca que pensaba estrenar cada día, incapaz de decidir cuál le gustaba más. Sin embargo, aquella primavera parecía haberse quedado sin colores. La enfermedad de Ignacio cubrió la casa con un silencio tan pesado que hasta las golondrinas parecían cantar más bajo sobre los tejados.

Esa tarde estábamos sentadas en el jardín, bajo la sombra del gran magnolio, cuando escuchamos movimiento en la entrada principal. Lucía tenía un libro abierto que llevaba media hora sin leer. Yo bordaba el bajo de un delantal mientras intentaba arrancarle alguna sonrisa, aunque sin demasiado éxito.

Fue entonces cuando la puerta principal se abrió.

Las dos levantamos la vista al mismo tiempo.

Y nos quedamos completamente inmóviles.

Beatriz descendió la escalinata vestida para la feria con una elegancia casi insultante, dadas las circunstancias. Llevaba un traje de flamenca color marfil, entallado hasta las rodillas y rematado por una cascada de volantes que caían con una perfección milimétrica. El mantoncillo bordado en tonos dorados descansaba sobre sus hombros como si hubiera sido diseñado exclusivamente para ella, el moño bajo lucía una peina antigua de carey y unos pendientes de brillantes destellaban con cada movimiento de su cabeza. Caminaba despacio, con esa seguridad fría que parecía convertir cualquier lugar en una pasarela.

Detrás apareció Jaime.

Traje azul marino impecable, camisa blanca perfectamente planchada y corbata burdeos. Parecía recién salido de una revista de moda, con esa sonrisa educada que dedicaba al chófer mientras ajustaba el reloj en su muñeca.

Y, por último, Patricia.

Su estilo era completamente distinto al de Beatriz. Llevaba un vestido verde esmeralda de corte moderno, con grandes volantes asimétricos, escote elegante y mangas transparentes bordadas. El pelo caía en una coleta alta adornada con flores naturales y unos pendientes largos acompañaban un maquillaje ideal que resaltaba todavía más su belleza.

Parecían dirigirse a una noche de celebración.

Como si dentro de aquella casa nadie estuviera muriéndose.

Sentí cómo Lucía se incorporaba de golpe.

Su expresión pasó de la incredulidad al dolor en apenas un segundo.

—No me lo puedo creer.

Su voz apenas era un susurro.

Se puso en pie.

Yo intenté detenerla.

—Lucía...

Pero ya caminaba hacia ellos.

Llegó hasta el porche justo cuando Beatriz se disponía a subir al coche.

—¿De verdad vais a la feria?

Los tres se giraron.

Beatriz la miró con absoluta calma.

—Sí.

Lucía abrió los brazos.

—¿Papá se está muriendo y os vais a bailar sevillanas?

Durante unos segundos nadie respondió.

Fue Patricia quien rompió el silencio.

—Quedándonos aquí tampoco hacemos nada por él.

Beatriz asintió con serenidad.

—Exactamente.

La respuesta de su madrastra cayó sobre Lucía como una bofetada.

La vi tambalearse un instante.

—No tenéis corazón.

Patricia dio un paso hacia delante.

—Basta ya, Lucía.

El tono con el que habló consiguió que también me levantara de inmediato.

—No le hables así —le exigí.

Las dos giraron la cabeza hacia mí.

Patricia sonrió con una superioridad insoportable.

—Claro. Ya salió la defensora oficial. Ni que tuvieras derecho a opinar, no eres más que una doncella descarada y entrometida.

Me acerqué despacio.

—Lo seré, pero alguien tiene que recordarte que Lucía es la única Alcázar que hay por aquí.

Ella soltó una risa seca.

—Lo que te pasa es que me tienes envidia.

Digamos que Beatriz podría haber intervenido y era raro que no lo hubiera hecho aún, pero lo cierto es que parecía disfrutar de lo lindo con nuestro enfrentamiento, como si Patricia fuera una cachorra a quien hubiera estado entrenando y ahora estuviese disfrutando de lo mucho que aprendió.

Fruncí el ceño.

—¿Perdón?

—Porque Jaime está conmigo.

Durante un instante pensé que había oído mal.

La sonrisa afilada de Beatriz mostraba total complicidad con su futura nuera.

En cuanto a mí, terminé soltando una carcajada.

Una carcajada auténtica.

Patricia abrió mucho los ojos.

—¿De qué te ríes?

La miré de arriba abajo.

—¿Envidia?

Negué despacio.

—Ni muerta.

Hice una pausa.

—Carga tú con él.

El silencio que siguió fue absoluto.

Hasta el chófer dejó de mover las manos.

Patricia perdió por completo la compostura.

—¡Serás...!

Empezó a gritar mientras avanzaba hacia mí.

Fue en ese momento cuando apareció Hugo.

Salía de la casa acompañado por Rodolfo y bajó los escalones casi de dos en dos.

—¡Ya basta!

Su voz resonó por todo el jardín.

Patricia se detuvo.

Jaime permanecía quieto.

Ni una palabra.

Ni un gesto.

Nada.

Hugo miró primero a Patricia, luego a su hermano y finalmente a Beatriz.

—Si vais a la feria, marchaos ya. Y eso te incluye a ti, mamá.

El ambiente era tan tenso que se podía cortar con un cuchillo.

Beatriz giró lentamente la cabeza hacia él.

Su voz sonó tan fría que parecía capaz de congelar el aire.

—Ten cuidado con el tono que empleas conmigo.

Hugo no apartó la mirada.

—Empleo el tono que os merecéis.

Ella sonrió apenas.

—Habrás vuelto a Montealto, Hugo, pero no confundas las cosas.

Se acercó un paso.

—Ignacio está demasiado débil para hacerse cargo de nada.

La pausa fue breve.

—Ahora mando yo, que soy su legítima esposa.

Lucía explotó.

—¡Una mierda!

Todos nos volvimos hacia ella.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Pero también de rabia.

—¡Soy su hija! ¡Y soy su heredera!

Beatriz apenas pestañeó.

—Tú no estás en condiciones de mandar nada, niña.

Su frase terminó de romper algo dentro de Lucía.

Se quedó paralizada.

Muy recta.

Muy digna.

Las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas, pero no bajó la cabeza.

Jamás la había visto tan vulnerable y tan fuerte al mismo tiempo.

Beatriz hizo un gesto al chófer.

Patricia entró en el coche todavía resoplando.

Jaime tardó unos segundos más.

Durante un instante pareció mirar a Lucía.

Pero terminó agachando la cabeza y subiendo también.

El coche desapareció por el camino principal dejando tras de sí una nube de polvo que tardó varios segundos en disiparse.

Nadie habló.

Lucía seguía inmóvil.

Hugo se acercó despacio y le pasó un brazo por los hombros.

Después me miró a mí.

—Vamos.

Nos condujo hasta el porche trasero de la casa, donde Irene, que había presenciado toda la escena desde la cocina, apareció con una botella de fino muy frío y tres copas.

Nos sentamos los tres sin decir gran cosa.

Lucía apoyó la cabeza sobre mi hombro mientras sostenía la copa entre las manos.

Hugo levantó la suya.

No brindó.

Solo la sostuvo unos segundos mirando el horizonte.

Y, mientras el sol comenzaba a esconderse sobre los viñedos de Montealto y en el Real debían sonar las primeras sevillanas de la feria, comprendimos que había personas capaces de convertir cualquier fiesta en un duelo... y otras capaces de acompañarte en el duelo hasta conseguir que la tristeza pesara un poco menos.

Capítulo 29



Aquella mañana comenzó con una normalidad tan engañosa que, si alguien me hubiera dicho cómo iba a terminar el día, me habría echado a reír convencida de que estaba gastándome una broma de muy mal gusto.

Lucía seguía encerrada con su padre, que apenas había probado el desayuno. Hugo había salido temprano para reunirse con varios directivos de las bodegas y Jacobo estaba ese día en Jaén para atender unos asuntos que no admitían demora. Montealto permanecía envuelto en aquel silencio gris que llevaba días acompañándonos y yo aprovechaba cualquier rato libre para ordenar habitaciones, cambiar flores o ayudar a Irene en la cocina, buscando mantener la cabeza ocupada para no pensar demasiado en la enfermedad de Ignacio.

En cuanto a Jaime, no tenía ni idea de dónde estaba, ni tampoco me importaba en lo más mínimo. Notaba que su vida y la mía se habían separado de un modo que quien un día ocupó mi corazón al completo no era ya más que un desconocido a mis ojos.

Poco antes del mediodía apareció Beatriz.

Entró en la cocina con un conjunto en coral precioso, un pañuelo de seda anudado al cuello y una expresión tan distante que parecía no pertenecer a la misma casa donde su marido agonizaba poco a poco. Me observó apenas un instante antes de dirigirse a mí con esa educación helada que siempre sonaba mucho peor que un grito.

—Aitana, quiero que limpies mi dormitorio a fondo. Armarios, cómoda, tocador y cuarto de baño.

Me sorprendió.

Jamás permitía que nadie tocara determinadas zonas de su habitación.

Aun así, asentí.

—Sí, señora.

Subí unos minutos después con el cubo, los paños y los productos de limpieza. El dormitorio estaba perfecto, como siempre, pero seguí las instrucciones al pie de la letra. Quité el polvo de las molduras, ordené los perfumes, limpié el espejo del tocador y coloqué cuidadosamente varias cajas de terciopelo donde Beatriz guardaba parte de sus joyas. No abrí ninguna. Ni siquiera las moví más de lo imprescindible para pasar el paño por debajo.

Recuerdo perfectamente una en concreto.

Era una caja azul oscuro con el borde dorado.

La dejé exactamente donde estaba.

Cuando terminé, bajé de nuevo y seguí con mis tareas sin imaginar que acababa de caer en una trampa perfectamente preparada.

Transcurrieron un par de horas.

Lucía permanecía junto a Ignacio leyendo en voz alta uno de sus libros favoritos cuando un grito atravesó toda la casa.

Un grito seco.

Autoritario.

Inconfundible.

Todos levantamos la cabeza.

Segundos después apareció Beatriz casi sin respirar.

Tenía el rostro desencajado.

—¡Mis pendientes!

Nadie entendía nada.

Ella miró alrededor.

—¡Han desaparecido!

Rodolfo dio un paso adelante.

—¿Qué pendientes, señora?

Beatriz se llevó una mano al pecho.

—Los pendientes de diamantes que Ignacio me regaló cuando nos comprometimos.

Hasta yo conocía aquella historia.

Se trataba de una joya familiar, una pieza única compuesta por dos grandes diamantes talla pera rodeados por pequeños brillantes engastados en platino, elaborados décadas atrás por un prestigioso joyero madrileño y valorados en una cantidad que, según se comentaba en Montealto, habría bastado para comprar un casoplón.

El salón quedó en silencio.

Beatriz comenzó a mirar a todos los presentes.

Pero sus ojos terminaron clavándose en mí.

—¿Quién ha entrado hoy en mi dormitorio?

Nadie respondió.

Entonces Rodolfo contestó con sinceridad.

—Solo Aitana, señora. Pero ella no….

Sentí un escalofrío.

Ella avanzó despacio, interrumpiéndolo.

—Qué casualidad.

Negué inmediatamente.

—Yo no he cogido nada.

Beatriz sonrió de una forma que me heló la sangre.

—Eso ya lo veremos.

Durante casi una hora Montealto se convirtió en un auténtico caos. Se registraron cajones, armarios, baños, salones y hasta los despachos. Irene lloraba mientras repetía que aquello tenía que ser un error. Sonia no dejaba de decir que era imposible. Lucía había bajado al escuchar el revuelo y observaba la escena completamente descompuesta.

Yo estaba destrozada.

No sabía ni qué decir.

Jamás había robado absolutamente nada.

Jamás.

Sin embargo, la mirada de Beatriz parecía haber dictado sentencia mucho antes de que nadie encontrara ninguna prueba.

Finalmente desapareció unos minutos.

Cuando regresó, llevaba el teléfono móvil en la mano.

—Ya está hecho.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Qué ha hecho?

Me sostuvo la mirada.

—He llamado al comisario de policía. Alguien como yo tiene contactos, desgraciada.

—No habrás sido capaz —añadió Lucía.

—Esto no va contigo, niña. Por mucho que esta y tú seáis amiguitas, no pienso consentir que se asegure su futuro a costa de mis joyas.

—¡Eso no es verdad! —chillamos ella y yo al unísono.

—Eso está por ver…

No pasó demasiado tiempo hasta que un vehículo policial se detuvo frente a la entrada principal de Montealto.

Dos agentes uniformados descendieron del coche y fueron recibidos por Beatriz en el porche. Hablaron durante varios minutos mientras ella señalaba hacia la casa y, en varias ocasiones, hacia mí.

Noté cómo me temblaban las piernas.

Lucía salió inmediatamente.

—Esto es una locura. Sé perfectamente que jamás harías una cosa así. Es una bruja de verdad, de verdad —repetía mientras comenzaba a hiperventilar.

—Tranquila, cariño, no quiero que te vengas abajo ahora. Por supuesto que no es verdad y voy a demostrarlo —murmuré con más miedo que certeza.

Uno de los agentes se acercó con educación.

—¿Es usted Aitana Suárez?

Asentí.

La voz apenas me salía.

—Sí.

El agente me explicó con serenidad que existía una denuncia por la desaparición de una joya de elevado valor económico y que, dado que figuraba como la última persona que accedió al dormitorio donde supuestamente se encontraba, debían trasladarme a dependencias oficiales para prestar declaración y practicar las diligencias oportunas.

Todo empezó a dar vueltas.

—Pero yo no he hecho nada.

El agente mantuvo un tono correcto.

—Podrá explicarlo allí.

Lucía rompió a llorar.

Corrió hacia mí y me abrazó con una fuerza desesperada.

—¡No podéis llevárosla!

Su respiración comenzó a acelerarse aún más.

Por un instante pensé que volvería a sufrir otro episodio como el que la llevó al hospital.

Se llevó una mano al pecho.

Perdió el color.

Sonia corrió hacia ella.

Irene también.

Pero Lucía cerró los ojos unos segundos, respiró profundamente y consiguió sostenerse en pie con un esfuerzo inmenso.

Después volvió a abrazarme.

—Te prometo que voy a sacarte de allí.

Las lágrimas le caían sin descanso.

—Buscaré al mejor abogado de España si hace falta.

Le acaricié el pelo intentando mantener la calma que yo misma no tenía.

—No llores.

Mi voz sonó rota.

—Yo no he robado nada.

Ella negó con desesperación.

—Lo sé.

Se separó apenas unos centímetros.

—Lo sé mejor que nadie.

Beatriz contemplaba la escena desde la escalinata.

Impasible.

Con los brazos cruzados.

Como si aquello no fuera más que un trámite desagradable.

Los agentes me acompañaron hasta el vehículo sin necesidad de esposas, pues en ningún momento ofrecí resistencia, pero aquel paseo desde la puerta principal hasta el coche me pareció el camino más largo de mi vida. Sentía las miradas del servicio clavadas en mi espalda, escuchaba a Irene llorando desconsoladamente y distinguía la voz de Lucía repitiendo mi nombre una y otra vez mientras Rodolfo intentaba sujetarla para que no corriera detrás del coche.

Cuando las puertas se cerraron y Montealto comenzó a alejarse por el retrovisor, comprendí por primera vez lo que era el miedo de verdad.

No el miedo a perder un trabajo.

Ni el miedo a un desengaño amoroso.

Ni siquiera el miedo a marcharme a un país desconocido.

Era algo mucho peor.

Era el terror absoluto de saberte inocente y descubrir que, aun así, el mundo puede derrumbarse bajo tus pies mientras una carretera interminable te conduce hacia una comisaría donde no conoces a nadie y donde, por primera vez en tu vida, empiezas a preguntarte si la verdad será suficiente para salvarte.

Capítulo 30



La comisaría olía a café frío, a papel viejo y a miedo.

Nunca había estado en un lugar parecido y, mientras permanecía sentada en una silla metálica frente a un mostrador donde varias personas entraban y salían sin apenas mirarme, sentía que las manos me temblaban tanto que tuve que entrelazarlas para intentar disimularlo. El corazón seguía golpeándome el pecho con una fuerza descontrolada y, por momentos, me costaba respirar con normalidad. Todo había sucedido demasiado deprisa. Apenas unas horas antes estaba ayudando a Lucía a sobrellevar la enfermedad de Ignacio y ahora me encontraba allí, acusada de un robo que jamás habría imaginado ni en la peor de mis pesadillas.

Un agente se acercó con una carpeta en la mano y se sentó frente a mí.

Su tono fue correcto desde el principio.

No parecía juzgarme.

Simplemente cumplía con su trabajo.

—Antes de tomarle declaración debo informarle de sus derechos.

Asentí sin apartar la vista del suelo.

Escuché casi sin procesar cada una de sus palabras hasta que mencionó la asistencia letrada.

—Tiene derecho a designar abogado de su elección o solicitar uno de oficio.

Levanté la cabeza.

La garganta se me cerró.

—No conozco a ningún abogado.

Mi voz apenas era un hilo.

—Necesito uno de oficio.

El agente tomó nota.

—De acuerdo. Tendremos que esperar a que llegue.

Asentí.

No tenía otra opción.

Los minutos siguientes se hicieron eternos.

Miraba el reloj de la pared una y otra vez y las agujas parecían haberse detenido. Intenté recordar la cara de Lucía antes de que me subieran al coche oficial y solo conseguí que los ojos volvieran a llenárseme de lágrimas. Pensaba en Irene, en Sonia, en Rodolfo y hasta en Ignacio, que seguramente ni siquiera sabría lo que estaba ocurriendo para evitarle un disgusto todavía mayor.

¿Y si no conseguía demostrar mi inocencia?

La pregunta empezó a repetirse dentro de mi cabeza hasta convertirse en un martillo insoportable.

Fue entonces cuando escuché una voz conocida al otro lado del pasillo.

Muy lejana al principio.

Después más cerca.

Y de pronto absolutamente inconfundible.

—¿Dónde está?

Levanté la cabeza de golpe.

Mi respiración se aceleró.

Segundos después apareció Hugo atravesando la puerta, acompañado por un hombre de unos treinta y tantos años, alto, moreno, impecablemente vestido con un traje de corte perfecto y una cartera de cuero bajo el brazo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

No esperaba encontrar allí a nadie.

Mucho menos a él.

Hugo caminó directamente hacia mí.

Sin importarle los agentes ni las personas que observaban la escena.

Se agachó delante de la silla y tomó mis manos entre las suyas.

Estaban heladas.

Las apretó con fuerza.

—Tranquila.

Aquella sola palabra consiguió romper la presa que llevaba conteniendo desde que salí de Montealto.

Empecé a llorar.

—Yo no he hecho nada.

Él sostuvo mi mirada.

—Lo sé.

No dudó ni un segundo.

—Jamás he dudado de ti.

Aquella certeza me atravesó el alma.

El hombre que lo acompañaba dio un paso adelante.

Hugo se volvió hacia él.

—Aitana, este es Javier de Medina.

El desconocido me dedicó una sonrisa tranquila.

—Encantado de conocerte, aunque me habría gustado que fuera en otras circunstancias.

Hugo continuó.

—Es uno de mis mejores amigos.

Miré al abogado.

Mostraba una profesionalidad intachable.

—Y también es uno de los mejores penalistas del país.

Javier restó importancia al comentario con un gesto de la mano.

—No hagas caso, pero te garantizo que estás en buenas manos.

Hugo volvió a mirarme.

—Lucía me llamó llorando.

Se le quebró la voz apenas un instante.

—Javier estaba disponible y ha venido conmigo.

Sentí que las lágrimas seguían cayendo sin control.

No sabía qué decir.

Solo repetía una y otra vez:

—Gracias.

Hugo volvió a apretar mis manos.

—Todo va a salir bien.

Se levantó despacio.

—Tengo que marcharme un rato.

Fruncí el ceño.

—¿Adónde?

Sus ojos permanecieron fijos en los míos.

—Confía en mí.

Después se volvió hacia Javier.

—Te la dejo. Cuídamela.

El abogado asintió.

—No te preocupes.

Hugo desapareció por el pasillo tan deprisa como había llegado.

Lo seguí con la mirada hasta que dejé de verlo.

Entonces Javier tomó asiento a mi lado.

Abrió su cartera.

Sacó una libreta.

Y comenzó a hablar con una calma admirable.

—Lo primero que tienes que hacer es respirar.

Obedecí.

A duras penas.

Él continuó.

—No intentes adornar nada.

Ni completar lagunas.

Ni suponer.

Ni imaginar.

Solo cuenta exactamente lo que hiciste desde que entraste en ese dormitorio hasta que saliste.

Asentí.

—No toqué ninguna joya.

—Perfecto.

Tomó una nota.

—Pues eso mismo dirás.

Me explicó cómo se desarrollaría la declaración, qué preguntas podían formularme y la importancia de responder únicamente a aquello que realmente recordaba.

Poco después, un agente vino a buscarnos.

Entramos juntos en una sala sencilla donde comenzó la toma de declaración.

Conté absolutamente todo.

Que Beatriz me había ordenado limpiar el dormitorio.

Que limpié el tocador.

Que moví varias cajas sin abrirlas.

Que no vi los pendientes.

Que no cogí nada.

Que jamás había robado nada en mi vida.

Javier apenas intervenía.

Solo asentía de vez en cuando o me animaba con una mirada tranquila cuando notaba que la emoción me bloqueaba.

La declaración terminó aproximadamente una hora después. Fue larga y exhaustiva.

Salimos de la sala.

Volvimos a la zona de espera.

Y el silencio volvió a hacerse interminable.

Yo tenía la cabeza apoyada contra la pared cuando escuché pasos apresurados por el pasillo.

Levanté la vista.

Era Hugo.

Caminaba deprisa hacia nosotros.

Llevaba algo en la mano.

No tardé en reconocerlo.

Una pequeña caja azul oscuro con bordes dorados.

La misma.

La misma que había visto sobre el tocador.

Detrás de él caminaba un inspector.

Los dos desaparecieron dentro del despacho del comisario.

No podía escuchar lo que decían.

Solo veía gestos.

Papeles.

La caja abierta.

Y, durante un instante, el brillo inconfundible de unos diamantes.

Miré a Javier, quien me sonrió.

Pasaron diez minutos.

Quizás quince.

A mí me parecieron siglos.

Finalmente la puerta volvió a abrirse.

El comisario salió acompañado por Hugo.

Se acercó directamente hasta nosotros.

Su expresión había cambiado por completo.

Se dirigió a mí con un tono mucho más cercano.

—Señorita Suárez, puede marcharse.

Parpadeé.

No entendía nada.

—¿Cómo?

El comisario sostuvo la caja entre las manos.

—La joya ha aparecido.

Miré a Hugo completamente desconcertada.

Él permanecía en silencio.

El comisario continuó.

—Todo indica que se ha tratado de un lamentable error.

Sentí que el suelo volvía a moverse bajo mis pies.

Miré una vez más la caja.

Después a Hugo.

Y otra vez la caja.

No era capaz de comprender lo que estaba pasando.

—¿Estoy libre?

El inspector asintió.

—Sí.

Las piernas dejaron de sostenerme.

Me habría caído al suelo si Hugo no hubiera llegado a tiempo para sujetarme.

Me rodeó con los brazos mientras yo rompía a llorar de puro alivio.

Lloraba sin control.

Sin dignidad.

Sin fuerzas.

Como si el miedo acumulado durante aquellas horas estuviera abandonando mi cuerpo de golpe.

Hugo no dijo nada.

Solo me sostuvo contra él mientras Javier sonreía discretamente a unos metros y el comisario se alejaba dando instrucciones a varios agentes.

Cuando conseguí recuperar un poco el aliento, levanté la cabeza y lo miré.

—¿Qué ha pasado?

Él me apartó un mechón de pelo de la cara.

Sus ojos transmitían una mezcla extraña de calma y rabia contenida.

—Eso...

Guardó silencio un instante.

—Ya te lo contaré.

Y sentí que no estaba sola frente a la pesadilla que acababa de vivir.

Capítulo 31

Cuando abandonamos la comisaría, seguía caminando como si todavía llevara el peso de aquellas paredes sobre los hombros.

No recordaba haber sentido tanto miedo en toda mi vida y, aunque el aire fresco de la calle golpeaba mi cara una y otra vez, no conseguía desprenderme de la sensación de que, en cualquier momento, alguien volvería a llamarme para decirme que todo había sido un error y que tenía que regresar.

Hugo debió darse cuenta de ello porque no tomó el camino de Montealto. Condujo en silencio durante varios minutos, atravesando el centro de Jerez hasta detenerse frente a una cafetería pequeña y elegante donde apenas había clientes, un lugar tranquilo en el que el murmullo de las conversaciones apenas superaba el sonido de la cafetera.

Entramos sin decir gran cosa y nos sentamos junto a un ventanal. Yo seguía sujetando el bolso con tanta fuerza que terminé dándome cuenta de que tenía los nudillos completamente blancos. Hugo pidió dos cafés y esperó a que el camarero se alejara antes de mirarme con una mezcla de tristeza y ternura que consiguió que volviera a sentir un nudo en la garganta.

—Necesitas saber qué ha pasado.

Asentí muy despacio.

No estaba segura de querer escucharlo, pero necesitaba entender cómo mi vida había podido saltar por los aires en apenas unas horas.

Hugo permaneció unos segundos observando el café que acababan de servirnos y después comenzó a hablar con una calma que contrastaba con la dureza de lo que estaba contando.

Me explicó que, en cuanto le dijeron que habían desaparecido los pendientes y que su madre insistía una y otra vez en señalarme como única sospechosa, una imagen olvidada durante años había regresado de golpe a su memoria.

Era apenas un niño cuando todavía vivían con su padre biológico y, aunque entonces no comprendía demasiadas cosas, recordaba perfectamente el escándalo que se produjo en aquella casa por la desaparición de unas joyas y el llanto desesperado de una doncella que juraba una y otra vez que era inocente mientras la policía registraba sus pertenencias.

Con el paso del tiempo, siendo ya adolescente, escuchó por casualidad una conversación entre dos antiguas empleadas que hablaban de aquello convencidas de que nadie las oía. Contaban que Beatriz utilizó a una persona de absoluta confianza para esconder las joyas entre la ropa de aquella mujer y provocar su despido inmediato, una maniobra cruel que jamás pudo demostrarse porque las piezas aparecieron donde ella quería que aparecieran y la pobre muchacha terminó marchándose humillada sin que nadie defendiera su inocencia.

Mientras lo escuchaba, sentía que el café se enfriaba delante de mí sin que fuera capaz siquiera de tocar la taza.

—Cuando me lo contaron esta mañana recordé esa historia de inmediato —continuó Hugo sin apartar los ojos de los míos— y comprendí que podía estar ocurriendo exactamente lo mismo. Mi madre no tenía ni idea de que estuviera al tanto de lo que sucedió hace años.

Respiró despacio antes de seguir hablando y me contó que, cuando la policía abandonó Montealto tras recoger la denuncia, pensó que no tardarían demasiado en regresar para continuar las diligencias y que, si realmente alguien había escondido la caja en mi habitación, había que adelantarse antes de que aquello se complicara todavía más.

Aprovechando el desconcierto general, subió él mismo hasta la planta donde estaban los dormitorios del servicio, abrió mi habitación y empezó a buscar con la esperanza de estar equivocado, aunque apenas necesitó un par de minutos para encontrar la pequeña caja azul escondida entre mi ropa. Prefería pensar que se trataba de un error antes que de una trampa, pero no.

Sentí que el estómago volvía a encogerse.

Me imaginé entrando allí horas después acompañada por los agentes y encontrando aquellos dentro de mi armario, y tuve que cerrar los ojos un instante para no romper a llorar otra vez.

Hugo siguió hablando sin dramatismos, como quien intenta ordenar unos hechos que todavía le avergüenzan profundamente.

En lugar de entregar inmediatamente la caja, decidió averiguar quién la había colocado allí y comenzó a preguntar con discreción a todo el personal. Irene no sabía nada. Rodolfo tampoco. Germán llevaba toda la mañana fuera de la finca. Nadie había visto nada extraño hasta que llegó el turno de Sonia, que permaneció varios minutos pensativa antes de recordar una escena aparentemente insignificante: había visto a Patricia salir del pasillo donde estaban los dormitorios del servicio después de que yo terminara de limpiar la habitación de Beatriz.

Aquello ya era extraño porque jamás entraba en esa parte de la casa, pero además, al cruzarse con Sonia, se mostró esquiva e hizo ver que se había equivocado de pasillo.

Aquella revelación llevó a Hugo directamente al jardín, donde Jaime y Patricia permanecían sentados bajo una pérgola ajenos al terremoto que habían provocado. Él colocó la caja sobre la mesa sin pronunciar una sola palabra y se limitó a mirar fijamente a Patricia. Según me contó, el color desapareció de su rostro al instante, mientras Jaime observaba la escena completamente desconcertado, incapaz de comprender por qué los pendientes de su madre estaban allí delante.

—Le dije que confesara —murmuró Hugo mientras jugueteaba con la cucharilla del café— y también le dije que, si no lo hacía, me ocuparía personalmente de que respondiera por todo aquello.

Patricia intentó negarlo durante unos segundos, pero la seguridad empezó a resquebrajarse muy deprisa. Primero balbuceó explicaciones absurdas, luego comenzó a llorar y finalmente terminó derrumbándose cuando Jaime, por primera vez desde que lo conocía, dejó de esconderse detrás del silencio y le pidió que dijera la verdad. No fue una conversación amable.

Hugo me explicó que su hermano alzó la voz como nunca antes lo había hecho y que aquella autoridad inesperada terminó por desarmarla por completo. Patricia confesó que Beatriz le pidió ayuda para colocar los pendientes en mi habitación aprovechando que yo acababa de limpiar el dormitorio y que ella, creyendo que solo serviría para asustarme y obligarme a abandonar Montealto, aceptó participar sin medir las consecuencias reales de lo que estaba haciendo.

Entonces apareció Beatriz.

Lejos de mostrar arrepentimiento alguno, se enfrentó a Patricia llamándola traidora y reprochándole que hubiera cedido tan deprisa. La discusión fue subiendo de tono mientras Jaime permanecía asombrado y Hugo intentaba contener una rabia que llevaba demasiados años acumulando, hasta que él mismo pretendió hacerle jurar a Beatriz que abandonaría Montealto definitivamente en cuanto Ignacio falleciera para evitarle un disgusto mayor al hombre que estaba luchando por sus últimos días de vida. Si se marchaba, no presentaríamos denuncia contra ella, pues habríamos conseguido algo mucho mejor. Me comentó que creía que yo estaría de acuerdo en ello, y así era.

Pero el destino tenía preparada otra escena.

Sin que ninguno lo advirtiera, Ignacio había salido al jardín apoyado en su bastón. Acababa de escuchar prácticamente toda la conversación desde la terraza y, cuando por fin habló, el silencio fue tan absoluto que hasta los pájaros parecieron dejar de cantar. No gritó. No perdió las formas.

Simplemente miró a Beatriz con una tristeza infinita y le dijo que llevaba demasiados años sospechando que muchas desgracias ocurridas en Montealto escondían una mano invisible que siempre terminaba siendo la suya, que había preferido callar por proteger una familia que ahora comprendía que solo existía de puertas hacia fuera y que aquella vez había cruzado un límite imposible de perdonar.

Beatriz se quedó sin reacción.

Jaime dio un paso adelante intentando intervenir, pero Ignacio levantó una mano para detenerlo y, con una serenidad que debió de doler mucho más que cualquier grito, le confesó que empezaba a parecerse demasiado a su madre y que, si seguía justificando la maldad en lugar de combatirla, terminaría convirtiéndose exactamente en aquello que más debía temer.

Después volvió la vista hacia Beatriz y pronunció unas palabras que, según Hugo, dejaron helado a todo Montealto.

—Vete de mi casa.

Yo permanecía completamente muda mientras él terminaba de contarme la historia. Afuera la vida seguía igual que siempre, la gente paseaba por la plaza, los camareros recogían las mesas y el sol comenzaba a caer sobre los tejados de Jerez, pero dentro de mí todo había cambiado. Comprendí que aquella mañana no solo había estado a punto de perder mi libertad; también fue el principio del derrumbe definitivo de una familia que llevaba demasiados años sosteniéndose sobre silencios, miedo y mentiras.

Capítulo 32

Llegué a Montealto cuando el sol alumbraba los viñedos con más fuerza y la casa parecía mucho más grande que de costumbre, quizás por lo pequeñita que me sentí aquel día.

El silencio volvía a adueñarse de cada rincón después del terremoto vivido durante aquellas horas y ni siquiera los pasos del servicio rompían aquella calma extraña que solo existe cuando una familia acaba de resquebrajarse para siempre. Apenas crucé la puerta principal, Rodolfo apareció desde el pasillo con los ojos todavía enrojecidos y se acercó hasta mí con una delicadeza que hizo que el corazón volviera a encogérseme.

—Don Ignacio quiere verte, Aitana.

No pregunté para qué.

Algo dentro de mí supo inmediatamente que aquella llamada no era una más.

Subí la escalera despacio, sintiendo que cada peldaño pesaba el doble que el anterior, y recorrí el largo pasillo que conducía al dormitorio principal mientras las manos volvían a temblarme sin remedio. La puerta permanecía entreabierta y bastó un leve golpe con los nudillos para escuchar aquella voz cansada que tantas veces había llenado Montealto de autoridad y que ahora apenas era un susurro.

—Pasa, Aitana.

Entré despacio.

La habitación estaba casi a oscuras. Solo una lámpara junto a la cama iluminaba el rostro de Ignacio, que permanecía incorporado entre almohadas con una palidez que dolía mirar. Había envejecido años en apenas unas semanas. Los ojos seguían siendo los mismos, cálidos y profundos, pero el cuerpo parecía haber renunciado ya a seguir luchando.

Me acerqué hasta la cama.

Él me hizo un gesto para que me sentara junto a él.

Obedecí en silencio.

Durante unos instantes ninguno habló. Solo se escuchaba el tic tac del viejo reloj de pared y la respiración fatigosa que salía de su pecho.

Fue él quien rompió aquel silencio.

—Me queda menos vida de la que dicen los médicos.

Negué inmediatamente.

—No diga eso, por favor.

Sonrió con una dulzura infinita.

—Un hombre sabe cuándo se está apagando, Aitana. El cuerpo avisa de maneras que los informes no pueden explicar.

Sentí cómo los ojos comenzaban a llenárseme de lágrimas.

—No piense así. Usted todavía...

Levantó despacio una mano para interrumpirme.

—No le tengo miedo a la muerte.

Su mirada se perdió unos segundos en la ventana antes de continuar.

—Lo que me aterra es marcharme dejando una vida entera construida sobre mentiras.

Bajé la cabeza.

Pensé inmediatamente en Beatriz.

En Patricia.

En Jaime.

En todo lo ocurrido aquella mañana.

Pero Ignacio volvió a hablar.

—No solo Beatriz ha mentido durante todos estos años.

Respiró profundamente.

Cada palabra parecía costarle un esfuerzo enorme.

—Yo también lo he hecho.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

Lo miré sin comprender.

Él cerró los ojos apenas un instante y, cuando volvió a abrirlos, vi en ellos una tristeza tan profunda que me rompió el alma.

—Necesito contarte algo antes de morir.

Me quedé completamente desconcertada.

No fui capaz de articular una sola palabra.

Ignacio tomó aire con dificultad.

Después buscó mi mano y la sujetó entre las suyas.

Seguían siendo unas manos grandes, fuertes, acostumbradas a dirigir una empresa y una familia entera, pero ahora temblaban ligeramente.

—Tu madre, María, fue el gran amor de mi vida.

Sentí que el corazón dejaba de latir durante un segundo.

Todo desapareció.

La habitación.

La lámpara.

Solo existían aquellas palabras.

Ignacio continuó hablando despacio, sin apartar la mirada de la mía.

Me contó que había conocido a mi madre cuando ella llegó a Montealto siendo muy joven, que al principio apenas intercambiaban unas palabras, pero que la dulzura, la sencillez y la alegría con las que afrontaba la vida terminaron derribando todas las barreras que él había levantado alrededor de sí mismo. Me confesó que luchó durante mucho tiempo contra aquellos sentimientos porque estaba casado con Blanca, una mujer buena, elegante y leal que jamás le había dado un motivo para dejar de quererla, pero que el corazón pocas veces entiende de normas ni de conveniencias y una noche, una única noche, cometió el error que cambiaría para siempre la vida de todos.

Las lágrimas ya caían libremente por mis mejillas.

Él también lloraba.

—No fue una aventura cualquiera. Me enamoré de tu madre perdidamente.

Su voz se quebró.

—Pero tampoco Blanca merecía aquello.

Guardó silencio unos segundos antes de continuar.

—Ninguna de las dos lo merecía.

Sentí que el aire empezaba a faltarme.

No entendía nada.

O quizás empezaba a entenderlo todo.

Ignacio apretó mi mano.

—Cuando María me contó que estaba embarazada, pensé en abandonar absolutamente todo. Pensé en marcharme con ella, empezar una vida nueva y reconocer al bebé desde el primer instante.

Las lágrimas seguían cayendo por su rostro.

—Pero fui un cobarde.

Cerró los ojos.

—Tuve miedo del escándalo. Miedo del qué dirán. Miedo de destruir una familia y un apellido que llevaban generaciones levantando este patrimonio. Mi propio padre jamás me lo habría perdonado.

Su voz apenas era audible.

—Y Blanca descubrió la verdad.

Aquella confesión me dejó sin respiración.

Él asintió muy despacio.

—Nunca me gritó. Nunca me insultó. Nunca me reprochó nada. Solo me pidió una promesa.

Tragó saliva.

—Que jamás nadie supiera que existías.

El silencio volvió a llenar la habitación.

Yo seguía completamente en shock.

Ignacio acarició mi mano con infinita ternura.

—No era mala. Solo había sido educada en un mundo donde las apariencias estaban por encima de todo y pensaba que revelar aquello destrozaría para siempre nuestro matrimonio. Ella aún no había podido darme hijos y debió escocerle especialmente que otra mujer se quedara embarazada de mí.

Respiró con dificultad.

Cada frase parecía arrancarle un pedazo de vida.

—Tu madre aceptó quedarse en Montealto por una única condición.

Sentí que el corazón volvía a acelerarse.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Me hizo prometer que en mi testamento te convertiría en heredera junto a los hijos que pudiera tener en el futuro.

Las lágrimas dejaron de salir.

Simplemente me quedé sin capacidad para reaccionar.

Él sonrió con una ternura inusitada.

—Lucía y tú sois hermanas. Y aunque Blanca murió años después, cuando ya Lucía estaba en el mundo, la promesa que le hice de no desvelar tu existencia no pude romperla. O quizás no me atreví porque fui un cobarde, y me amparé en ella.

La habitación empezó a girar a mi alrededor.

Mi respiración se volvió irregular.

Recordé mi infancia junto a Lucía.

Las tardes jugando entre los jardines.

Las risas.

Las peleas.

Las confidencias.

Todo.

Y comprendí que el cariño inexplicable que siempre había sentido por ella tenía ahora un sentido que jamás habría imaginado.

Ignacio acercó mi mano hasta sus labios y la besó con una delicadeza que terminó de romperme por dentro.

—Perdóname.

Aquella palabra salió acompañada de un sollozo.

—He pasado toda una vida intentando cumplir la promesa que hice a Blanca, pero mientras la protegía a ella, te estaba traicionando a ti cada día de mi existencia.

Su voz temblaba.

—Te vi crecer desde lejos. Te vi llamar mamá a una mujer maravillosa que tuvo que soportar el peso de un secreto que no le correspondía. Te vi llorar cuando murió sin poder abrazarte como un padre abraza a su hija. Te vi trabajar para esta casa mientras yo fingía que solo eras una empleada más.

Ya no podía contener el llanto.

Me incliné sobre él y apoyé la frente contra su pecho.

Los dos llorábamos abrazados.

Sin palabras.

Sin orgullo.

Sin máscaras.

Él acariciaba mi cabello igual que un padre que intenta recuperar en unos minutos todos los abrazos que no dio durante una vida entera.

Y, mientras las lágrimas seguían cayendo sobre las sábanas blancas y el reloj del dormitorio continuaba marcando un tiempo que ya se agotaba para él, comprendí que aquel hombre al que siempre había admirado desde la distancia no solo era el dueño de Montealto.

Era mi padre.

Y acababa de regalarme la verdad más hermosa y más dolorosa de toda mi existencia.

Capítulo 33

Salí del dormitorio de Ignacio sin saber muy bien cómo había conseguido mover las piernas. Sentía el pecho tan lleno que apenas podía respirar y las lágrimas seguían cayendo sin descanso, aunque ya no eran únicamente lágrimas de tristeza.

Había dolor, sí, porque acababa de descubrir que perdí durante toda una vida al padre que siempre había tenido delante sin saberlo, pero también existía una felicidad imposible de explicar con palabras, una sensación extraña que mezclaba el vacío de los años perdidos con la certeza maravillosa de haber encontrado, cuando menos lo esperaba, el lugar al que siempre había pertenecido.

Recorrí el pasillo casi a la carrera, bajé las escaleras sin apenas tocar los peldaños y atravesé el salón buscando desesperadamente a Lucía. La encontré en la biblioteca, sentada junto a la ventana. Al verme entrar levantó la cabeza y bastó una sola mirada para que comprendiera que algo enorme acababa de ocurrir.

Se puso en pie inmediatamente.

—¿Qué pasa?

Intenté hablar.

No pude.

Las palabras se quedaron atrapadas entre los sollozos y únicamente conseguí negar una y otra vez mientras las lágrimas volvían a desbordarse.

Lucía cruzó la habitación en apenas dos pasos y me sujetó por los hombros.

—Aitana, por Dios, dime qué pasa.

Tomé aire como pude.

Sentía el corazón golpeándome el pecho con tanta fuerza que apenas era capaz de ordenar las ideas.

Entonces la miré directamente a los ojos.

—Somos hermanas.

El silencio fue absoluto.

Lucía tardó varios segundos en reaccionar.

Parpadeó.

Frunció ligeramente el ceño.

Y después soltó una pequeña risa nerviosa, convencida de que el disgusto me había hecho perder el juicio.

—¿Qué dices?

Negué mientras seguía llorando.

—Es verdad.

Me llevé una mano al pecho intentando tranquilizarme.

—Tu padre...

La voz volvió a romperse.

—Nuestro padre.

Lucía abrió lentamente la boca.

Todo el color desapareció de su rostro.

Durante unos instantes permaneció completamente sin reacción, sin pestañear siquiera, hasta que comprendió que aquello no era una broma ni un delirio provocado por el cansancio.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—No...

Asentí.

—Sí.

Le conté, entre lágrimas y respiraciones entrecortadas, todo lo que Ignacio acababa de confesarme. Le hablé de mi madre, de la suya, de aquella historia de amor imposible, del miedo al escándalo, de la promesa incumplida y del testamento que pensaba dejar preparado para reconocerme por fin como hija suya.

Lucía empezó a llorar incluso antes de que terminara.

Se llevó las manos a la cara.

Negaba una y otra vez mientras las lágrimas resbalaban entre sus dedos.

Y, de pronto, se lanzó sobre mí.

Nos abrazamos con tanta fuerza que las dos terminamos cayendo sobre el sofá entre sollozos, incapaces de separarnos. Lloramos durante largos minutos, lloramos por nuestra infancia, por nuestras madres, por Ignacio, por los años perdidos y por los abrazos que nunca supimos que debíamos habernos dado siendo hermanas de sangre.

Pero ocurrió algo maravilloso.

Las lágrimas comenzaron poco a poco a mezclarse con pequeñas risas.

Primero una.

Después otra.

Hasta que terminamos mirándonos con los ojos completamente hinchados y una expresión tan absurda que ninguna consiguió contener la carcajada.

Lucía fue la primera en levantarse.

Me tomó de las manos.

Y empezó a dar vueltas por la habitación.

—¡Eres mi hermana!

Yo también reía.

Y lloraba.

Todo al mismo tiempo.

Las dos empezamos a saltar como niñas pequeñas, abrazándonos una y otra vez, riéndonos sin motivo y repitiendo aquella palabra que ahora sonaba distinta.

Hermana.

Hermana.

Hermana.

Era como si el universo hubiera decidido regalarnos la mejor noticia posible justo cuando todo parecía derrumbarse, justo cuando Ignacio estaba a punto de irse y comenzaba un nuevo ciclo en Montealto. Un ciclo de lo más inesperado.

Después de un buen rato conseguimos tranquilizarnos lo suficiente para bajar juntas a la cocina.

Irene estaba amasando pan cuando nos vio entrar.

Le bastó observar nuestras caras para comprender que había sucedido algo importante.

Se limpió las manos en el delantal.

—¿Qué os pasa ahora?

Lucía me miró.

Yo asentí.

Y fui incapaz de contener una nueva sonrisa.

—Ignacio me ha contado que soy su hija, Irene. Lucía y yo somos hermanas.

Ella no mostró sorpresa, solo cerró despacio los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, estaban completamente empañados.

Me acerqué hasta esa mujer a la que adoraba.

—¿Lo sabías?

La cocinera negó lentamente.

—Tu madre jamás me lo confesó.

Guardó unos segundos de silencio.

—Era demasiado leal a Ignacio para hacerlo.

Suspiró profundamente.

—Pero yo siempre lo sospeché.

Sentí un vuelco en el corazón.

Ella sonrió con infinita ternura.

—Por eso sabía que Ignacio nunca permitiría que Beatriz te echara de Montealto. Siempre había algo en la forma en que te miraba... algo que ningún hombre consigue esconder cuando contempla a una hija.

Las lágrimas volvieron a asomar.

Irene me acarició la mejilla.

—Y mira ahora.

Se rio suavemente.

—Resulta que eres la dueña de media finca.

Lucía soltó una carcajada.

—Exactamente media.

Irene abrió mucho los brazos señalando toda la cocina.

—Todo cuanto alcanza vuestra vista os pertenece.

Me quedé mirándola.

Ella guiñó un ojo.

—Como a Simba.

Lucía empezó a reír a carcajadas.

—¡Mira, Aitana! Todo lo que ven tus ojos.

Señaló las ollas.

Después los armarios.

Después las escobas.

—¡Todo es nuestro!

No pude contenerme.

Terminamos las tres riéndonos hasta dolernos el estómago mientras Irene fingía hacer una reverencia exagerada.

—Mis señoras.

En ese preciso instante apareció Hugo por la puerta.

Se quedó quieto al encontrarnos abrazadas y riendo como auténticas locas.

Frunció el ceño.

—Creo que me he perdido algo. Si tuvierais la bondad de contármelo…

Lucía me empujó ligeramente.

—Cuéntaselo tú.

Respiré profundamente.

Todavía costaba creerlo.

No era un sueño, pero lo parecía.

Miré a Hugo.

Y sonreí.

—Ignacio es mi padre. Acaba de confesármelo —suspiré hondo.

El silencio volvió a instalarse durante unos segundos.

Hugo no se movió del sitio, como si los pies se le hubieran quedado, de repente, anclados al suelo.

Después abrió mucho los ojos.

Y sonrió.

No una sonrisa cualquiera.

Una de esas que nacen desde muy dentro.

Una de esas que muestran total alegría por el bien ajeno.

Se acercó despacio.

Me abrazó con fuerza.

Y permaneció así varios instantes antes de separarse.

Tenía los ojos brillantes.

—Jamás Montealto podría haber caído en mejores manos.

Miró a Lucía.

Después a mí.

—Las dos juntas vais a cuidar esta casa y las bodegas mejor que nadie. Os felicito, chicas. Os felicito de corazón.

Lucía levantó una ceja.

—Técnicamente ahora somos tus jefas.

Hugo fingió ponerse serio.

—Eso cambia mucho las cosas.

Se llevó una mano al pecho.

—¿Creéis que me despediréis?

Me crucé de brazos intentando aparentar autoridad.

—Dependerá de tu rendimiento.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Hay periodo de prueba?

Lucía intervino inmediatamente.

—Seis meses, como mínimo.

Yo asentí muy seria.

—Y nada de llegar tarde.

Hugo levantó las manos.

—Prometo fichar todos los días.

Las tres carcajadas resonaron por toda la cocina.

Y durante unos minutos, mientras el olor del pan recién hecho llenaba Montealto y el sol del mediodía comenzaba a colarse por las ventanas, el dolor desapareció por completo para dejar sitio a una felicidad inesperada. Porque, aunque el tiempo perdido jamás pudiera recuperarse, la vida acababa de regalarnos una familia que siempre había estado allí sin que ninguna de las dos lo supiera, y aquella verdad era tan poderosa que ni siquiera la enfermedad, las mentiras o los años robados podían empañar el milagro de haber encontrado, por fin, el lugar exacto al que pertenecía. Y eso valía mucho más que el dinero.

Capítulo 34

Los días comenzaron a perder nombre.

Ya no importaba si era lunes o jueves, si amanecía soleado o caía una fina lluvia primaveral sobre los viñedos de Montealto, porque toda la casa parecía girar alrededor de una única habitación donde el tiempo avanzaba mucho más deprisa que en el resto del mundo.

Ignacio apenas abandonaba la cama. Los médicos insistían en ingresarlo para controlar mejor el dolor, pero él se negaba una y otra vez con una serenidad imposible de discutir, afirmando que había nacido entre aquellas paredes y que también quería despedirse de la vida mirando los mismos jardines que contempló desde su niñez.

Nadie volvió a insistir.

Todos comprendimos que aquella era su última voluntad.

Lucía y yo terminamos organizándonos sin necesidad de hablarlo demasiado. Una le subía la bandeja del desayuno mientras la otra permanecía a su lado; después intercambiábamos los papeles, leíamos junto a él, abríamos las ventanas para que entrara el aire de la mañana o simplemente permanecíamos sentadas a ambos lados de la cama, sujetándole una mano mientras él dormitaba unos minutos con esa respiración lenta que cada día parecía hacerse un poco más débil.

A veces despertaba de repente y nos encontraba allí.

Entonces sonreía.

Y aquella sonrisa, aunque cada vez resultaba más cansada, seguía teniendo la capacidad de iluminar toda la habitación.

—Parece que tengo dos carceleras.

Lucía siempre respondía igual.

—Más bien dos guardaespaldas.

Yo añadía:

—Y bastante pesadas.

Él soltaba una risa baja que terminaba convirtiéndose en tos, obligándonos a acercarle el vaso de agua mientras nos regañaba porque, según decía, nos preocupábamos demasiado por un viejo testarudo.

Sin embargo, las dos sabíamos que el deterioro avanzaba deprisa.

Cada mañana le costaba un poco más incorporarse, cada paseo hasta el ventanal requería más esfuerzo y las conversaciones largas terminaban agotándolo hasta el punto de quedarse dormido a mitad de una frase. Aun así, nunca perdió la elegancia ni esa forma tranquila de afrontar la vida que siempre había transmitido seguridad a cuantos lo rodeaban.

Intentábamos que se riera siempre que podíamos.

Lucía recuperó viejas fotografías familiares y pasó una tarde entera burlándose de los peinados imposibles que había llevado durante la adolescencia mientras Ignacio afirmaba que aquello no era una hija, sino un castigo divino. Yo encontré una imagen en la que él aparecía montando a caballo con unos pantalones acampanados impensables y pasamos casi diez minutos asegurando que parecía un cantante de los setenta, algo que consiguió que terminara riéndose hasta quedarse sin respiración.

—No os burléis demasiado de vuestro padre, que aún puedo desheredaros.

Lucía y yo nos mirábamos entonces.

Y después volvíamos a reír.

Aquella palabra seguía resultando milagrosa.

Padre.

Cada vez que la pronunciaba parecía recuperar un pedacito de todo el tiempo que nos habían robado.

Hugo también permanecía casi siempre en Montealto.

Había dejado a un lado reuniones, viajes y compromisos para ocuparse personalmente de las bodegas desde la finca y pasar el mayor tiempo posible junto a Ignacio, a quien consideraba su verdadero padre, porque el suyo no ejercía como tal.

Entre él e Ignacio existía una complicidad tranquila, construida sobre años de respeto mutuo, que ahora se había transformado en un cariño todavía más profundo. Más de una noche me los encontré hablando en voz baja mientras repasaban cuentas o recordaban anécdotas antiguas y, aunque el cansancio se dibujaba ya en el rostro del enfermo, bastaba escuchar a Hugo para que una sonrisa volviera a aparecer en sus labios.

—Has resultado mejor hijo de lo que merecía.

Aquella tarde Ignacio lo dijo casi en un susurro.

Hugo permaneció unos segundos en silencio.

Después se acercó hasta la cama.

Le tomó la mano.

Y respondió con una sencillez que consiguió emocionarnos a todos.

—He tenido el mejor ejemplo posible.

—No, yo no siempre hice las cosas bien. Aitana es la prueba viviente de ello.

—No te tortures —le respondió al ver sus ojos húmedos.

Ignacio cerró los ojos un instante. No me había visto, por lo que di unos pasos hacia atrás y salí con sigilo de la habitación. Ya hablaría con él en otro momento sobre la cuestión.

Mientras tanto, Jaime apenas aparecía por la casa.

Después del enfrentamiento con Beatriz decidió marcharse con su madre y Patricia a una finca cercana perteneciente a la familia, aunque seguía ocupándose de parte del trabajo en las bodegas porque Ignacio no lo apartó de sus responsabilidades. No había participado directamente en el complot y, pese a la enorme decepción que sentía hacia él, consideraba que todavía merecía una oportunidad para encontrar su propio camino lejos de la influencia de Beatriz.

Su presencia en Montealto era cada vez más escasa.

Entraba temprano, revisaba algunos asuntos con Hugo y desaparecía antes de la hora del almuerzo sin apenas cruzarse con nadie. Aquello, lejos de provocar tristeza, trajo una paz inesperada a la casa. Lucía ya no tenía que soportar discusiones continuas, yo había dejado de sentir aquel dolor punzante que durante meses me acompañó al verlo aparecer y hasta Irene aseguraba que el ambiente en la cocina resultaba mucho más ligero desde que la tensión había desaparecido.

Las tardes eran las horas favoritas de Ignacio.

Pedía que abrieran por completo los balcones del dormitorio para escuchar el viento moviendo las hojas de los olivos y el rumor lejano de los tractores entre los viñedos. Algunas veces, Hugo subía una guitarra antigua que llevaba años colgada en un salón y tocaba muy despacio viejas sevillanas que el enfermo conocía de memoria. Lucía cantaba fatal, yo todavía peor, pero la escena terminaba convirtiéndose en una especie de concierto improvisado donde las risas se mezclaban con alguna lágrima inevitable.

Una tarde incluso conseguimos convencerlo para que eligiera cuál de las dos cocinaba mejor.

Probó una cucharada del arroz que preparó Lucía.

Después otra del mío.

Permaneció varios segundos pensativo.

Y terminó sentenciando con absoluta solemnidad: —Creo que lo mejor será seguir comiendo lo que haga Irene.

La carcajada que soltamos los cuatro se escuchó por toda la planta.

Hasta Rodolfo asomó la cabeza creyendo que ocurría algo.

Y durante unos minutos Montealto volvió a parecer la casa feliz que siempre fue antes de que las mentiras empezaran a levantar muros entre quienes más se querían.

Al caer la noche, cuando Lucía se quedaba dormida apoyada sobre el colchón y Hugo salía un momento para atender alguna llamada relacionada con las bodegas, yo solía acercarme hasta la ventana del dormitorio. Desde allí contemplaba la inmensidad de la finca iluminada por la luna y comprendía que la vida tenía una forma extraña de ordenar las piezas cuando uno menos lo esperaba.

Había llegado a creer que no pertenecía a ninguna parte.

Y ahora descubría que tenía una hermana, un padre que me quiso en silencio durante toda una vida y una familia que, pese a las heridas y los errores, intentaba reconstruirse cuando el tiempo ya casi se había agotado.

Por eso, cada vez que Ignacio abría los ojos y nos encontraba allí, Lucía a un lado de la cama, yo al otro y Hugo sentado junto a la ventana con la guitarra entre las manos, sonreía satisfecho y repetía siempre la misma frase, convencido de que esa imagen era el mejor regalo que podía llevarse consigo.

—Ahora sí... ahora Montealto vuelve a parecer un hogar.

Una de esas noches, antes de que nos marcháramos a dormir, mi padre me pidió que me quedase. Me comentó que debía preguntarme una cosa y yo sabía cuál era esa pregunta mucho antes de que la formulara, por lo que adelanté.

—Aitana, sé que te estás comportando como una verdadera hija conmigo, pero en ciertos momentos no puedo evitar pensar que quizás, en el fondo de tu generoso corazón, una parte de ti me odie. Una parte que no dejes salir porque eres buena, muy buena, y porque no quieres que Lucía sufra.

Le tomé la mano y la apreté con toda la fuerza que fui capaz de reunir mientras las lágrimas brotaban de mis ojos. Ya no lloraba solo por el tiempo perdido ni por los años en los que ignoré quién era realmente, sino porque comprendía el peso que él había cargado sobre los hombros durante toda una vida.

—No te guardo rencor, papá.

Pronuncié aquella palabra despacio, saboreándola, consciente de que llevaba demasiados años esperándome.

—De verdad que no. Ojalá todo hubiera sido distinto, ojalá hubiéramos podido vivir como una familia normal, pero también sé que naciste y creciste en una época diferente, en un mundo donde el apellido Alcázar era casi una institución y donde las apariencias pesaban más que los propios sentimientos. Defendiste lo que creías que debías defender y, aunque te equivocaste, nunca dejaste de quererme. Eso ya lo sé, y con eso me basta.

Sonreí entre lágrimas mientras acariciaba lentamente su mano.

—Además, ya no queda ninguna mentira entre nosotros. Me has reconocido como hija y dentro de muy poco también llevaré oficialmente tu apellido. Pensar que un día miraré mi DNI y leeré "Aitana Suárez Alcázar" me parece un sueño precioso, uno que mi madre habría celebrado contigo y conmigo hasta quedarse sin voz. Y si conservaré su apellido como el primero es por razones obvias, porque ella se lo merece, pero no porque ser una Alcázar no me haga una tremenda ilusión.

Tomé aire y apoyé la frente contra sus dedos.

—No quiero que te marches con culpa, sino con paz. Porque no has perdido una hija; al contrario, acabas de encontrarla. Y yo también te he encontrado a ti. Aunque haya sido tarde, aunque nos hayan robado demasiados años, pienso aprovechar cada minuto que nos quede para quererte con toda la fuerza que no pude darte cuando era una niña.

Volví a mirarlo sonriendo.

—Así que deja de pedir perdón. Ya eres mi padre. Y eso nadie podrá arrebatárnoslo jamás.

En aquellos días grises, en los que la enfermedad de Ignacio parecía ir apagando poco a poco la luz de Montealto, Hugo terminó convirtiéndose en el eje silencioso que sostenía la casa sin que apenas nadie se diera cuenta.

Con Lucía actuaba como el hermano mayor que siempre había necesitado. La abrazaba cuando rompía a llorar, le preparaba un café cuando llevaba horas sin comer y conseguía distraerla recordando anécdotas de su adolescencia o burlándose de sí mismo hasta verla sonreír entre lágrimas. Había recuperado el tiempo perdido con una naturalidad tan hermosa que daba la impresión de que jamás se hubieran separado.

Por supuesto que Jacobo también estaba muy presente en la vida de su novia, a quien visitaba a diario y le ofrecía todo su amor, pero al joven también le sobraba sensatez para saber que se trataba de una desgracia muy íntima familiar y que ella también necesitaba tiempo que pasar con nosotros; conmigo, que era su hermana, y con Hugo.

Y volviendo a Hugo, conmigo, sin embargo, todo era diferente.

No existía incomodidad ni palabras pendientes, pero tampoco la confianza inocente de dos hermanos. Entre nosotros seguía flotando aquella corriente silenciosa que comenzó incluso antes de que mi vida se pusiera patas arriba, una emoción contenida que ninguno parecía dispuesto a nombrar porque el momento no pertenecía al amor, sino a la despedida de un hombre al que ambos queríamos profundamente.

Él nunca intentó retenerme cuando decidí marcharme a Londres. Al contrario, fue el primero en animarme a buscar mi camino, y quizás por eso cada gesto suyo resultaba todavía más sincero. En ese momento, supo que entender que mi lugar estaba fuera de Montealto, igual que ahora entendía que no podrían sacarme de allí ni a cañonazos.

Sus abrazos se prolongaban un segundo más de lo necesario, sus miradas encontraban las mías incluso en las habitaciones llenas de gente y, cuando nuestras manos se rozaban al alcanzar el mismo vaso o al acomodar una manta sobre Ignacio, los dos apartábamos la vista con una sonrisa tímida que decía mucho más de lo que cualquiera de nosotros se habría atrevido a pronunciar.

Una noche salimos a respirar al jardín mientras Lucía dormía agotada junto a su padre. Montealto permanecía completamente en silencio, envuelto por el olor de los jazmines y el rumor lejano del viento entre los viñedos. Me senté en un banco de piedra sin fuerzas para seguir fingiendo que todo iba bien y, sin darme cuenta, terminé apoyando la cabeza sobre el hombro de Hugo.

Él no dijo nada.

Simplemente pasó un brazo alrededor de mi espalda y me dejó llorar.

Cuando conseguí tranquilizarme un poco, levanté la vista hacia el cielo oscuro y confesé en voz baja el miedo que llevaba días intentando esconder.

—Tengo pánico de que llegue ese momento.

Noté cómo él apretaba ligeramente el abrazo.

—Lo sé.

—Y también tengo miedo de quedarme sola. De sentir la soledad de su marcha, porque tendremos que sostener a Lucía, pero…

Aquellas palabras salieron casi sin pensar, pero ya era demasiado tarde para retirarlas.

Hugo giró despacio la cabeza hacia mí y sostuvo mi mirada con una serenidad que consiguió aliviar parte del dolor que llevaba dentro. Y entonces no dejó que terminara la frase.

—Escúchame bien, Aitana. Cuando llegue ese día lloraremos todo lo que haga falta, nos caeremos si es necesario y echaremos de menos a Ignacio durante el resto de nuestras vidas, pero tú no volverás a sentirte sola nunca más.

Me tomó la mano con suavidad.

—Te lo juro.

No añadió nada más.

Tampoco fue necesario.

Porque, mientras permanecíamos allí sentados bajo la luz tenue de la luna, comprendí que algunas personas llegan sin hacer ruido y terminan convirtiéndose en el refugio que uno llevaba toda la vida buscando sin saberlo.

Capítulo 35



La madrugada llegó envuelta en un silencio extraño.

No era el silencio habitual de Montealto cuando todos dormían y apenas se escuchaba el viento moviendo las hojas de los olivos o algún perro ladrando a lo lejos. Era un silencio mucho más profundo, casi solemne, como si la propia finca supiera que estaba a punto de despedirse del hombre que le había dedicado toda una vida.

Ignacio llevaba horas sin abrir apenas los ojos.

La respiración se volvió lenta, irregular, y cada inspiración parecía exigirle un esfuerzo enorme. Los médicos nos explicaron que aquel momento llegaría pronto y recomendaron mantener la habitación tranquila, sin demasiada gente entrando y saliendo, pero ninguno de nosotros fue capaz de apartarse de su lado.

Lucía permanecía sentada a su derecha.

Yo ocupaba la izquierda.

Y Hugo permanecía junto al cabecero de la cama, de pie, sosteniendo una de las manos de ese hombre al que también consideraba su padre mientras intentaba aparentar una fortaleza que hacía tiempo había dejado de sentir.

La luz del amanecer comenzaba a filtrarse entre las cortinas cuando Ignacio abrió lentamente los ojos.

Nos miró a los tres.

Durante unos segundos no dijo nada.

Solo sonrió.

Una sonrisa cansada.

Pero inmensamente feliz.

Movió ligeramente los dedos y comprendimos que quería que nos acercáramos todavía más.

Lucía rompió a llorar antes incluso de inclinarse sobre la cama.

Yo también.

Hugo tragó saliva y acercó una silla hasta quedar prácticamente pegado al colchón.

Ignacio reunió las pocas fuerzas que le quedaban.

Primero buscó la mano de Lucía.

Después la mía.

Finalmente extendió la otra hacia Hugo.

Nos unió a los tres sobre las sábanas blancas.

Y así permanecimos unos instantes.

Como una familia.

La familia que siempre debió existir.

Su voz apenas era un susurro.

—Cuidaos mucho.

Las lágrimas corrían sin descanso por nuestras mejillas.

Lucía negaba una y otra vez.

—No te vayas, papá.

Ignacio le acarició la mano con infinita dulzura.

Después giró despacio la cabeza hacia mí.

Nuestros ojos se encontraron.

No hicieron falta más explicaciones.

Todo estaba dicho.

Todo estaba perdonado.

Todo estaba comprendido.

Sonrió una última vez.

—Hija...

Aquella palabra terminó de romperme.

Me incliné sobre él y besé su frente mientras las lágrimas caían sobre las sábanas.

—Te quiero.

Lucía me imitó.

Él cerró los ojos.

Muy despacio.

Después volvió la cabeza hacia Hugo.

Le sostuvo la mirada apenas unos segundos.

Y asintió.

Fue un gesto pequeño.

Pero lleno de significado.

Como si estuviera entregándole Montealto, su familia y todo aquello que había construido durante tantos años.

Hugo apenas pudo responder.

Solo consiguió inclinar la cabeza mientras las lágrimas resbalaban en silencio por su rostro.

Nadie habló durante los siguientes minutos.

La respiración de Ignacio fue haciéndose cada vez más pausada.

Más débil.

Más lejana.

Hasta que, sencillamente, dejó de escucharse.

El tiempo pareció detenerse.

Lucía rompió en un llanto desgarrador y se abrazó a su padre.

Yo apoyé la frente sobre el colchón, incapaz de asumir que acababa de marcharse.

Hugo permaneció inmóvil unos instantes.

Después cerró con delicadeza los ojos de Ignacio y apoyó una mano sobre su pecho.

Nadie pronunció una palabra.

Solo lloramos.

Los tres juntos.

Agarrados unos a otros.

Como si el dolor compartido pudiera hacerse un poco más pequeño.

Un rato después, cuando conseguimos serenarnos lo suficiente para levantarnos, Hugo respiró profundamente y salió del dormitorio.

Bajó la gran escalera de Montealto con paso lento mientras el resto de la casa seguía ignorando que acababa de perder a quien había sido su alma durante tantos años.

El servicio comenzaba la jornada.

Irene preparaba café.

Rodolfo revisaba unas facturas.

Sonia colocaba flores en el salón.

Al verlo aparecer, comprendieron inmediatamente que algo había ocurrido.

Nadie necesitó preguntar.

Hugo permaneció unos segundos en silencio antes de hablar.

La emoción apenas le permitió mantener la voz firme.

—Don Ignacio... ha fallecido.

Las lágrimas aparecieron de inmediato.

Irene dejó caer la bandeja que llevaba entre las manos.

Rodolfo se quitó las gafas mientras intentaba disimular que estaba llorando.

Sonia rompió a sollozar abrazándose a Germán.

Durante unos minutos Montealto entero lloró a su dueño.

Pero también al hombre bueno que conocía el nombre de todos los trabajadores, el que preguntaba por sus familias, el que ayudó a medio pueblo cuando las cosas iban mal y que nunca dejó de sentirse uno más entre quienes habían compartido con él toda una vida.

Las horas siguientes transcurrieron envueltas en una actividad frenética.

Hugo asumió cada decisión con una serenidad admirable. Habló con el sacerdote, con la funeraria y con las autoridades necesarias mientras Rodolfo coordinaba discretamente todos los preparativos.

Ignacio sería velado en Montealto.

Como él había querido.

El gran salón principal fue transformándose poco a poco en un lugar de recogimiento. Grandes centros de flores blancas comenzaron a llegar desde todos los rincones de Andalucía, los candelabros fueron encendidos, las cortinas permanecieron abiertas para dejar entrar la luz de la tarde y el piano permaneció cerrado bajo un enorme ramo de azucenas.

La noticia de su fallecimiento corrió por toda la provincia en cuestión de horas, como si de pólvora se tratase.

Empresarios, bodegueros, alcaldes, antiguos trabajadores, amigos de juventud y familias enteras comenzaron a acercarse a la finca para despedirse de quien muchos consideraban uno de los grandes referentes de la zona.

No solo acudían a despedir al empresario.

Acudían a despedir al hombre.

Lucía y yo nos vestimos completamente de negro.

Dos vestidos sencillos.

Sin una sola joya.

El cabello recogido.

Los ojos hinchados de tanto llorar.

Permanecimos juntas junto a la entrada del gran salón recibiendo uno a uno a quienes llegaban para presentar sus respetos. Jacobo no se separaba de su lado.

Nuestras manos permanecían entrelazadas.

A veces era ella quien me sostenía.

Otras veces era yo quien impedía que se derrumbara.

Y, unos pasos por detrás, Hugo recibía también a los asistentes con una dignidad que ocultaba a duras penas el inmenso vacío que acababa de instalarse para siempre en Montealto.

La casa estaba llena de flores, de abrazos y de silencios respetuosos.

Pero, por encima de todo, estaba llena del recuerdo de Ignacio Alcázar.

Jaime apareció, tímido y solo, y su hermano le acogió entre sus brazos cuando se derrumbó, en un gesto que le honraba. Luego se acercó a nosotras y nos transmitió sus condolencias. A continuación, se marchó.

Y mientras las primeras campanas de la pequeña capilla familiar comenzaban a sonar anunciando la misa que tendría lugar al día siguiente antes de su descanso definitivo en el panteón donde reposaban sus antepasados, comprendimos que había hombres cuya ausencia no dejaba solo un hueco en una familia.

Dejaba un vacío imposible de llenar en toda una tierra.

Capítulo 36

Un mes después de la muerte de Ignacio, Montealto seguía echándole de menos en cada rincón, aunque poco a poco la casa había empezado a respirar de otra manera.

No era alegría completa, todavía no. Era algo más suave, más frágil, parecido a la luz que entra después de muchos días de lluvia. Las flores volvieron a colocarse en los jarrones del salón, Irene empezó a cantar bajito mientras amasaba pan, Sonia recuperó sus comentarios disparatados sobre cualquier cosa y Rodolfo dejó de caminar por los pasillos con aquella solemnidad de notario en misa mayor.

Lucía y yo seguíamos llorando algunas noches, claro, porque la ausencia de nuestro padre era una herida reciente, pero también aprendimos a recordarlo sin que el dolor nos partiera en dos cada vez.

Yo ya era una Alcázar de pleno derecho.

Saberlo me provocaba una emoción difícil de explicar. No era orgullo por el dinero ni por la posición, sino por la verdad recuperada. Era mirar mi identidad y sentir que, por fin, alguien había colocado cada pieza en su sitio.

Hugo eligió precisamente una noche de verano para declararse, porque, según él, los hombres inteligentes esperan a que una mujer herede media bodega antes de confesar sentimientos profundos.

Estábamos en el jardín, junto al mismo magnolio bajo el que tantas veces había consolado a Lucía, cuando apareció con dos copas de champán y una expresión demasiado seria para no estar tramando algo.

—Tengo que decirte una cosa —empezó, sentándose a mi lado.

Le miré de reojo.

—Si vas a pedirme un aumento, habla con mi socia.

—¿Tu socia?

—Lucía. La otra jefa. La rubia con cara de no haber roto un plato y haber escondido la vajilla entera.

Hugo soltó una carcajada, pero enseguida volvió a mirarme con una intensidad que me dejó sin ganas de bromear.

—Te quiero, Aitana.

La frase llegó sencilla, sin adornos, sin rodeos innecesarios, y aun así consiguió que el mundo se detuviera durante unos segundos. No dijo que se había enamorado poco a poco, ni que no podía vivir sin mí, ni ninguna de esas frases que en otro momento quizás me habrían hecho sonreír. Solo lo dijo mirándome a los ojos, con una calma tan verdadera que se me llenaron los ojos de lágrimas antes de poder responder.

—Claro —murmuré, intentando salvarme con humor—. Ahora me quieres por mi dinero.

Hugo asintió con total seriedad.

—Por supuesto. No podría ser de otra manera. Siempre he tenido debilidad por las mujeres ricas, poderosas y capaces de despedirme si no me comporto.

La risa me salió mezclada con un sollozo.

—Eres idiota.

—Puede ser, pero soy un idiota enamorado.

Le miré, vi en sus ojos todo lo que llevaba meses creciendo entre nosotros sin que ninguno se atreviera a nombrarlo, y comprendí que Hugo nunca había intentado salvarme para hacerse imprescindible, ni retenerme cuando quise marcharme, ni convertirme en una parte cómoda de su vida. Me había acompañado. Me había visto. Me había esperado.

—Yo también te quiero —le confesé al fin, con la voz temblándome más de lo que me habría gustado.

No me dejó añadir nada más.

Me besó con una ternura que enseguida se volvió risa porque yo choqué la nariz contra la suya y él fingió estar gravemente lesionado.

—Primer beso oficial y ya me agredes.

—Perdona, soy nueva rica, todavía no controlo mi fuerza.

Desde aquel día empezamos a salir, aunque en realidad todo Montealto pareció enterarse antes de que lo dijéramos.

Irene nos pilló besándonos en la despensa y salió fingiendo indignación porque, según ella, una cosa era que fuéramos propietarios y otra que bloqueáramos el acceso al aceite. Sonia nos vio cogidos de la mano en el patio y gritó que por fin pasaba algo alegre en aquella casa. Rodolfo, mucho más discreto, me entregó una bandeja con una sonrisa diminuta y murmuró que don Ignacio habría estado muy satisfecho.

Eso fue lo que más me emocionó.

Hugo me besaba a todas horas, como si llevara demasiado tiempo conteniéndose y ahora quisiera recuperar cada segundo perdido. Me besaba al cruzarnos en el pasillo, al entrar en las bodegas, junto a los caballos, detrás de una puerta cuando Lucía empezaba a protestar porque aquello era empalagoso y en mitad de una reunión cuando yo le susurraba que se estaba pasando de empleado eficiente. Y por primera vez en mi vida me sentí querida sin miedo, sin escondites, sin la sensación de estar ocupando un lugar que alguien podía arrebatarme.

Montealto también empezó a recuperar la alegría.

No la de antes, porque Ignacio seguía faltando, sino una nueva, construida sobre la verdad y sobre la certeza de que aquella casa ya no pertenecía a quienes imponían miedo, sino a quienes querían cuidarla. Me involucré en las bodegas con una mezcla de torpeza inicial y entusiasmo absoluto, mientras Hugo ejercía de guía paciente, aunque a veces le amenazara con despedirlo solo para ver su cara de empleado explotado.

En ocasiones, me cruzaba con Jaime por esas mismas bodegas. Apenas se paraba, tan solo ladeaba ligeramente la cabeza a modo de saludo y seguía su camino. Ya no me importaba, había dejado de doler. Hugo supo curar mis heridas. Ni Lucía ni yo quisimos perjudicarle. Al fin y al cabo, durante mucho tiempo llevó en gran medida las riendas del negocio familiar junto con Ignacio y su experiencia nos valía.

La gran fiesta llegó a finales de verano.

Lucía anunció su compromiso con Jacobo en Montealto, durante una celebración aristocrática y preciosa que llenó los jardines de luces, música, flores blancas y ese murmullo elegante de familias antiguas que saben pronunciar apellidos compuestos sin despeinarse. Ella apareció con un vestido largo color champán, radiante, feliz, agarrada del brazo de Jacobo, que la miraba como si acabara de descubrir el único lugar del mundo donde quería quedarse.

Cuando levantaron las copas para brindar, Lucía me buscó entre los invitados.

Yo estaba junto a Hugo, con su mano apoyada en mi cintura y el corazón lleno de una felicidad tranquila.

Mi hermana sonrió.

Y en aquella sonrisa entendí que, pese a todo lo perdido, Montealto seguía teniendo futuro.

Uno nuestro.

Uno limpio.

Uno lleno de risas, de amor y de recuerdos nuevos.

Hugo se inclinó hacia mi oído mientras todos aplaudían.

—¿Crees que tu socia me concederá el honor para bailar contigo?

Sonreí sin apartar la vista de Lucía.

—Dependerá de tu rendimiento.

Él me besó la sien.

—Entonces pienso esforzarme muchísimo.

Y mientras la música comenzaba a sonar bajo las luces del jardín, supe que Ignacio habría sonreído al vernos allí, juntos, cuidando por fin de la casa que siempre soñó dejar en buenas manos.

La fiesta se fue apagando poco a poco, como esas noches felices que nadie quiere terminar y que, sin embargo, el tiempo acaba envolviendo en un silencio dulce. Los últimos invitados abandonaban los jardines de Montealto mientras las guirnaldas seguían iluminando los caminos y el perfume de los jazmines permanecía suspendido en el aire.

Hugo tomó mi mano sin decir una palabra.

Bastó aquel gesto para que comprendiera que también necesitaba un instante de calma después de tantas emociones compartidas.

Subimos despacio la gran escalera de la casa, dejando atrás las últimas risas que todavía llegaban desde la terraza. Al cruzar la puerta del dormitorio, todo quedó en silencio. Solo se escuchaba el rumor lejano de la fuente del patio y el canto de algún grillo perdido entre los árboles.

Me giré para mirarlo.

Él seguía observándome con una intensidad tranquila, casi emocionada, como si aún no terminara de creer que la vida hubiera decidido cruzar nuestros caminos precisamente cuando ambos más lo necesitábamos.

—Estás preciosa —susurró.

Sonreí bajando la mirada hacia el vestido.

—Eso dices porque has bebido dos copas de vino.

Negó divertido.

—Precisamente por eso sé distinguir la belleza cuando la tengo delante.

La risa escapó de mis labios y, antes de que pudiera responder, se acercó despacio para apartar con infinita delicadeza un mechón de cabello que había escapado del recogido. Sus dedos rozaron apenas mi mejilla y el corazón volvió a latirme con esa fuerza que tantas veces había sentido durante las últimas semanas.

No había prisa.

La noche parecía pertenecer únicamente a los dos.

Me abrazó con suavidad y permanecimos así unos instantes, escuchando el silencio de Montealto, respirando al mismo ritmo y dejando que todas las heridas de los meses anteriores fueran perdiendo importancia entre aquella calma inesperada.

Cuando sus labios encontraron los míos, el beso fue lento, lleno de ternura y de promesas silenciosas. No hablaba solo del presente, sino también de todos los días que estaban por llegar, de las mañanas compartidas, de las discusiones absurdas por el café, de las vendimias futuras y de las noches de verano sentados en el porche viendo apagarse el sol sobre los viñedos.

Apoyé la frente contra la suya y cerré los ojos.

Nunca me había sentido tan segura.

Tan querida.

Tan en paz.

Él sonrió al verme emocionada.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto?

Negué despacio.

—Que ya puedo gritar a los cuatro vientos que te amo.

—Pues no grites tanto o despertarás a la finca entera.

Miré alrededor, hacia aquel dormitorio (uno de los principales de la casa), que ya comenzábamos a sentir como nuestro refugio íntimo, y pensé en todo lo que había cambiado en tan poco tiempo. Perdí a un padre justo cuando lo encontré, descubrí una hermana, una familia y un apellido, pero también hallé algo que jamás imaginé que llegaría a mi vida: un amor tranquilo, limpio y paciente, de esos que no necesitan anunciarse para demostrar que han venido a quedarse.

Fuera, la luna seguía iluminando Montealto.

Dentro, abrazados el uno al otro, sentimos que el futuro dejaba por fin de dar miedo.

Epílogo



Un año después, la emoción regresó a Montealto con una fuerza arrolladora.

Los rosales volvían a trepar por los viejos muros de piedra, las glicinas caían en cascada sobre los porches blancos y el perfume de los naranjos en flor se mezclaba con el de los viñedos que despertaban bajo el sol andaluz.

La finca había recuperado poco a poco las risas, el bullicio de las visitas y el sonido de las copas brindando al atardecer, como si la propia tierra se hubiera empeñado en demostrar que, por muy duro que hubiera sido el pasado, la vida siempre encontraba el modo de florecer.

Aquella mañana, además, Montealto amaneció especialmente hermoso.

Desde primera hora, jardineros, cocineros, músicos y camareros recorrían los jardines ultimando cada detalle mientras las campanas de la pequeña capilla familiar sonaban sobre las encinas anunciando un día destinado a quedarse para siempre en la memoria de todos.

Porque, por fin, llegaba mi turno.

Nunca soñé con un vestido espectacular ni con una cola interminable. Mi madre siempre decía que la elegancia no necesitaba exageraciones y, mientras Irene terminaba de colocar el velo sobre mi cabello, comprendí que había acertado. El vestido abrazaba mi silueta con una sencillez casi perfecta, caía limpio hasta el suelo y dejaba la espalda cubierta únicamente por un delicado encaje que parecía dibujado sobre la piel. Era exactamente el vestido que ella habría querido verme llevar algún día.

Cuando levanté la vista hacia el espejo, nadie habló.

Irene empezó a llorar.

Sonia la imitó apenas unos segundos después.

Hasta Rodolfo carraspeó varias veces mientras fingía revisar el nudo de su corbata.

—Como sigáis así, llegaré al altar llorando con hipo.

Entonces apareció Lucía.

Se quedó petrificada junto a la puerta.

Me observó unos segundos.

Y terminó echándose a llorar igual que el resto.

Corrimos a abrazarnos.

—Papá estaría tan orgulloso...

Nos abrazamos largo rato hasta que Sonia protestó.

—Como no salgáis ya, Hugo va a desmayarse antes del sí quiero.

La pequeña capilla de Montealto estaba abarrotada.

Las flores blancas cubrían el altar y el aroma del azahar se mezclaba con el incienso que comenzaba a llenar el templo. Familias enteras, amigos, trabajadores de la finca y medio Jerez ocupaban los bancos mientras un cuarteto de cuerda interpretaba una melodía suave que hacía todavía más difícil contener la emoción.

Hugo esperaba junto al sacerdote.

Nunca le había visto tan nervioso.

Movía una mano dentro del bolsillo de la chaqueta de su frac, una y otra vez, respiraba más deprisa de lo normal y no dejaba de mirar hacia la puerta.

Hasta que se percató de mi presencia.

Nuestros ojos se encontraron.

Y el tiempo dejó de existir.

Vi cómo tragaba saliva.

Vi cómo sonreía.

Y vi también cómo una lágrima escapaba sin permiso por su mejilla.

Cuando llegué hasta él, tomó mis manos con una delicadeza conmovedora.

—Me acabo de enamorar más.

Sonreí.

—Era lo previsible.

Él soltó una pequeña risa.

Y los nervios desaparecieron.

La ceremonia transcurrió envuelta en una emoción constante hasta que el sacerdote nos invitó a dirigir unas palabras.

Respiré profundamente.

Miré el pequeño ramo de azucenas colocado junto al altar.

Allí descansaban dos fotografías discretas.

Mi madre.

Ignacio.

Noté cómo el corazón se aceleraba.

—Siempre soñé con que este día llegaría del brazo de mi padre.

Mi voz comenzó a temblar.

—Y la vida quiso que lo encontrara demasiado tarde.

El silencio era absoluto.

—Pero también quiso regalarme el tiempo suficiente para descubrir quién era realmente, para llamarlo papá y para decirle que lo quería antes de despedirnos.

Las lágrimas corrían ya sin remedio.

—Y a ti, mamá... gracias por enseñarme que la bondad siempre termina encontrando su recompensa. Este vestido era el que soñabas para mí y hoy siento que me acompañas en cada paso que doy.

No pude seguir.

Hugo me apretó la mano.

El aplauso que llenó la capilla consiguió que sonriera entre lágrimas.

La celebración comenzó apenas salimos al jardín.

Mesas interminables decoradas con buganvillas y olivos, guitarras, cajones, palmas y un ejército de cocineros que llenaban el aire de olor a jamón, queso curado, *pescaíto frito* y vino de nuestras bodegas componían una escena que parecía sacada de un sueño.

Hubo sevillanas.

Hubo risas.

Hubo niños corriendo entre los árboles.

Hasta Rodolfo terminó bailando con Irene mientras Sonia afirmaba que aquello merecía retransmisión nacional.

Hugo no dejó de besarme en toda la tarde.

En la frente.

En la mejilla.

En la mano.

En el pelo.

Cada pocos minutos encontraba una excusa distinta para acercarse.

—¿Piensas dejarme respirar?

Él negó muy serio.

—No entra en mis planes.

—Qué pesado eres.

—Ahora soy tu marido. Tengo licencia oficial.

Caía ya la tarde cuando un pequeño detalle llamó mi atención.

Lucía seguía sosteniendo la misma copa.

Llena.

No había probado ni una gota de vino.

Ella.

La mujer que discutía con los enólogos sobre el mejor fino de la bodega.

Esperé hasta encontrarla sola junto a la fuente.

La tomé del brazo.

—¿Qué pasa contigo?

Me miró fingiendo inocencia.

—¿Conmigo?

Señalé la copa.

—No has bebido nada y siempre me advertiste que te emborracharías como un piojo el día que me casara.

Sus ojos comenzaron a brillar.

Después bajó lentamente la vista hacia su vientre.

Y sonrió.

Sentí que el aire desaparecía.

—No...

Asintió muy despacio.

—Dos meses.

Las dos rompimos a llorar en mitad del jardín.

Nos abrazamos tan fuerte que casi perdimos el equilibrio mientras las guitarras seguían sonando y las palmas acompañaban un cante por alegrías a pocos metros.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Lucía soltó una pequeña risa.

—Porque hoy era tu día.

Apoyé una mano sobre su vientre.

Y volví a abrazarla.

En ese instante, Hugo y Jacobo llegaron hasta nosotras.

Bastó ver nuestras caras para comprender que algo maravilloso acababa de suceder.

Un minuto después los cuatro llorábamos y reíamos al mismo tiempo bajo la sombra de los naranjos.

Al levantar la vista hacia la casa, vi las ventanas abiertas, las flores, las luces encendidas y los viñedos perdiéndose en el horizonte.

Y tuve la certeza de que Ignacio y mi madre, dondequiera que estuvieran, sonreían contemplando aquella escena.

Porque Montealto volvía a estar lleno de amor.

Y porque la siguiente generación ya venía de camino para seguir escribiendo la historia de aquella familia que el destino rompió durante años y que, al final, terminó encontrando el modo más hermoso de volver a unirse.

RRSS:
Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
X: @ChicasTribu
